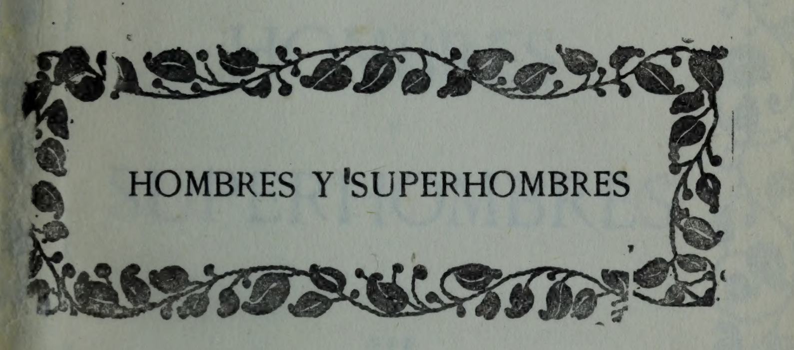
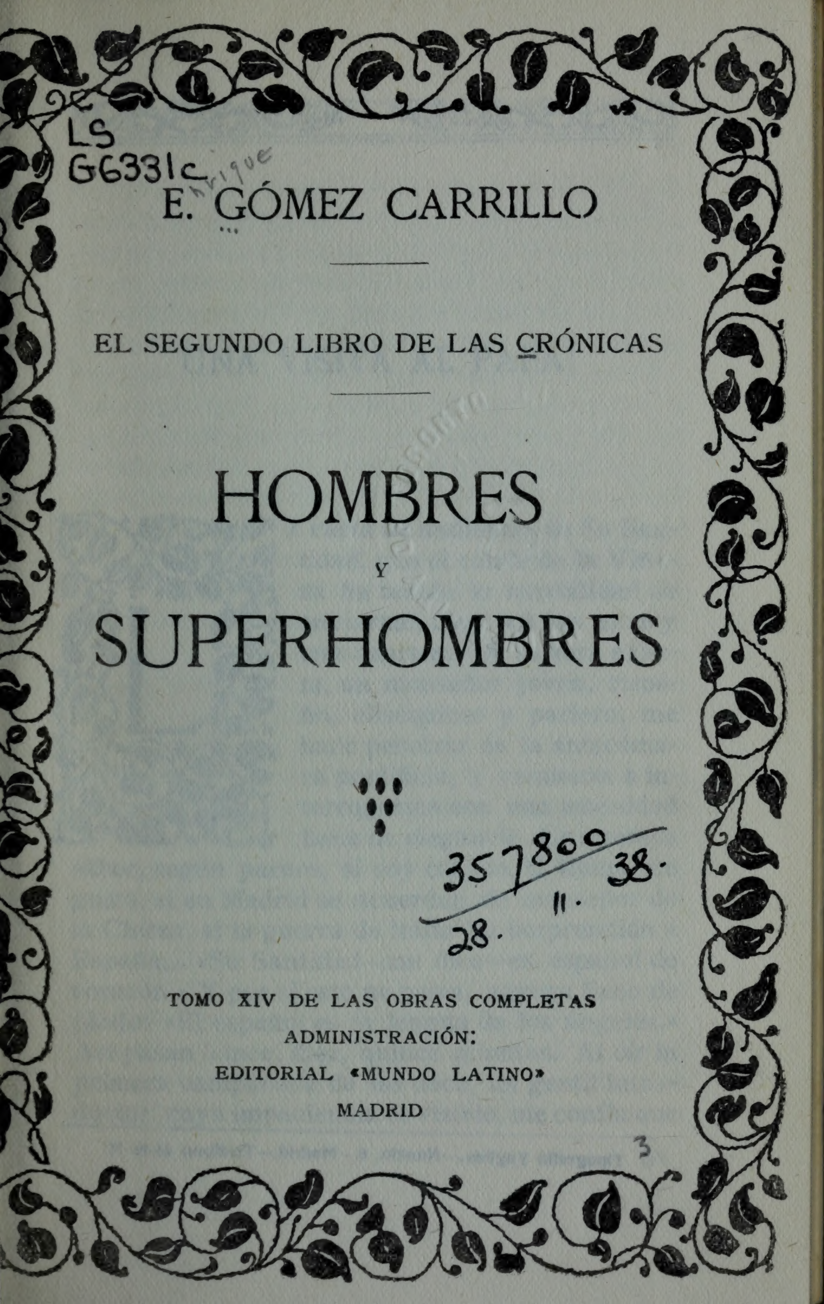

3 1761 09544623 3



HOMBRES Y SUPERHOMBRES



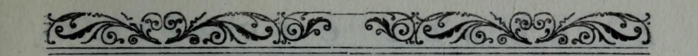
E. GÓMEZ CARRILLO

EL SEGUNDO LIBRO DE LAS CRÓNICAS

HOMBRES
Y
SUPERHOMBRES

TOMO XIV DE LAS OBRAS COMPLETAS
ADMINISTRACIÓN:
EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

Tipografía Yagües.—Nuncio, 8.—Madrid.—Teléfono 44-99 M



UNA VISITA AL PAPA



La carta de audiencia de Su Santidad, que el conde de la Viñaza ha tenido la amabilidad de enviarme, dice: «A las once y tres cuartos.» A la hora exacta, un monseñor joven, risueño, obsequioso y parlero, me hace penetrar en la antecámara pontificia, y comienza a interrogarme con una amenidad llena de elegancia. Le interesa saber, según parece, si soy casado, si Roma me gusta, si en Madrid se acuerdan de monseñor de la Chiesa, si la guerra de Italia ha sorprendido a España... «Su Santidad—me dice—es español de corazón.» Y por si esto no basta, agrega lleno de júbilo: «El español es la lengua de los ángeles.» Así pasan cinco, diez, quince minutos. Al oír la primera campanada de las doce, un gentil introductor cuya impaciencia es visible, me confía que

la sua santitá recibe a un francés. Sus labios no agregan nada más; pero sus ojos murmuran: «Los franceses son muy charlatanes», y su rostro se ilumina de malicia. En ese mismo instante una puertecilla se entreabre y Benedicto XV aparece en el umbral de la vasta sala de audiencias privadas.

Yo me lo figuraba más pequeño, menos fuerte, y, ¿cómo decirlo sin irreverencia?, también más feo. En Roma, donde la hermosura física tiene mayor importancia que en el resto del mundo, la mueca y la joroba del Santo Padre son populares. No hay fotógrafo del Corso que no exponga en su escaparate una imagen papal que tiene algo de goyesca por lo crispada y lo contrahecha. Pero más que estas fotografías, es el retrato que Bernard acaba de pintar, *d'aprés nature*, el que me había obligado a formarme una idea tristísima de la envoltura carnal del Vicario de Cristo. ¡Ah, el enano raquítico, envuelto en su manto rojo, que el gran artista nos enseñaba ayer en la villa Médicis! Aún oigo a Gabriel d'Annunzio murmurar entre irónico y extasiado: «¡Es mucho más feo que yo!» Y aún recuerdo el tono grave, triste, respetuoso con que el pintor de las desnudeces paganas explicábanos la imposible tarea de reunir en un rostro armónico los contrastes de las facciones pontificias. «El lado derecho de la cara—decíanos—no corresponde al lado izquierdo... Los ojos, detrás de los lentes espesos, son inexpresivos y enigmáticos. Además, he tenido que ocultar el cuerpecillo dentro de este amplio manto.» Yo bus-

co ahora en el original lo que vi en el retrato, y no lo encuentro. La estatura es corta, sin duda, pero los hombros son anchos y fuertes. Los rasgos carecen de pureza y las pupilas de vivacidad; pero en la faz terrosa hay, animando el conjunto y dándole un sello inolvidable, una boca que habla más con la sonrisa sinuosa, tortuosa y enorme, que con las palabras.

—Usted es muy joven—me dice, haciéndome levantar del suelo, donde permanezco de hinojos al lado del *cameriere*—. Usted es muy joven... Unos treinta años... ¿verdad?...

Y cuando le digo «cuarenta», me examina, sonríe, y luego comienza a andar por la inmensa sala y me pregunta, antes de sentarse y de hacerme tomar asiento a su lado:

—¿Qué periódico es el de usted en Madrid?

—*El Liberal*—le contesto.

Entonces su boca se alarga hacia la derecha, entreabriéndose, y oigo que susurra con una voz muy suave:

—Un periódico malo... No, malo no; malito... malito... Yo lo veía cuando estaba en España... ¿Quién es el director?... Al que recuerdo es a Gasset, el de *El Imparcial*... Ahora yo no sé cómo está la Prensa española... Ausente muchos años he estado encargado de los asuntos de España en el Vaticano, y todo lo de allá me interesa mucho, mucho... En medio de los acontecimientos que ahora embargan mi mente, no pierdo nunca de vista a aquel país tan fiel a la Iglesia.

Su Santidad se pone, de pronto, muy serio, y como si recordara algo grave, me dice colocando su diestra sobre mi brazo.

—¿Es verdad que usted ha escrito contra el dogma?... El dogma es cosa muy grave... No... No debe ser contra el dogma...

Yo pienso en los datos que la embajada debe haberle dado al solicitar esta audiencia, y confieso que, en efecto, algunos canónigos han publicado contra mí, no sólo artículos, sino hasta un libro.

—¡Un libro!—exclama el Papa, retirando la mano y levantando la cabeza.

—Sí—agrego—, un libro... Pero Vuestra Santidad me permitirá que le diga que si algunos sacerdotes me han atacado, otros me han defendido. Yo he escrito con todo mi corazón, no contra el dogma, sino tal vez fuera del dogma...

Benedicto XV parece no oírme. Con la mirada ausente y los labios cerrados, sigue, sin duda, el curso de alguna idea que no tiene nada que ver ni conmigo ni con mis herejías. Sus ojos miopes contemplan el techo, y sus manos se han juntado en un ademán de rezo. El silencio pesa en mi alma inquieta. «¿Va a despedirme?—me pregunto—. ¿Va a negarme su bendición apostólica?...» Y más que por mí mismo y por el reposo eterno de mi alma, tiemblo por los rosarios de coral que traigo en el bolsillo y que no constituirán un regalo precioso sino cuando el representante de Dios en la Tierra los santifique bendiciéndolos.

De pronto, la boca sinuosa se estira de nuevo y oigo que me dice:

—Bueno... el fondo es bueno... Sólo que no hay que dar importancia a los que nos defienden, sino a los que nos censuran... Los que nos censuran son los que nos dicen la verdad...

El Papa, que se expresa en castellano con gran facilidad, habla muy despacio, buscando las frases, recortándolas lapidariamente, animándolas con exclamaciones ligeras. Se ve, desde luego, a pesar de la insignificancia de una audiencia de pura fórmula, que debe ser uno de los conversadores más interesantes y más amenos de nuestro tiempo. Mejor que convencer, dijérase que lo que se propone es agradar. Sus maneras, sus miradas, sus gestos, todo halaga en él, y al observarlo, me explico sin dificultad que en los salones de la aristocracia romana, lo mismo que en los de la aristocracia madrileña, el recuerdo de monseñor de la Chiesa sea imperecedero. Con una sencillez que ni siquiera se empeña en ser paternal, sino que es familiar y campechana, trata de hacer olvidar que el trono que ocupa es el más glorioso de la Tierra. Sus comentadores pretenden que uno de sus mayores deseos consiste en devolver al Vaticano algo de su antiguo esplendor del Renacimiento, llenándolo de guardias, de cortejos, de ceremonias solemnes. El, en todo caso, lejos de imitar a Pío X, que obligaba a sus visitantes a permanecer de hinojos a sus pies durante las audiencias, recibe a todos los que le visitan con una

amabilidad que podría servir de ejemplo a los señores obispos. Un compañero madrileño decíame ayer que, en el curso de su conversación con el Papa, le había ocurrido llamarle dos veces de «usted», como a cualquier mortal, y que al pedirle perdón por tamaño desacato, oyó que le contestaba: «Eso no tiene importancia, hijo.» No es de asuntos de protocolo y de pragmáticas, en efecto, de lo que este Pontífice parece preocupado. Su manto de lana blanca es de una simplicidad monástica. Su existencia privada, según sus biógrafos, es hoy lo que era ayer, lo que, de seguro, será siempre: un modelo de suaves virtudes y de hábitos modestos.

Que todo esto no tenga sino una importancia muy secundaria, y que lo único que debe interesarnos a la cristiandad es el fondo de las ideas y de los proyectos del nuevo Pontífice, claro que lo comprendo. Con maneras muy aristocráticas, León XIII fué un Papa demócrata. ¿Qué será éste, con sus maneras democráticas?... La única indicación que parece clara a los que sondean el porvenir de la Iglesia, es la del nombre que Su Santidad ha escogido. «Si Giacomo della Chiesa hubiese querido continuar la tradición política de Rampolla—escribe el conde de Colleville—habría tomado el nombre de León XIV; si hubiera pensado seguir las huellas de su predecesor, se llamaría Pío XI. Al escoger el nombre del cardenal Lambertini, es porque se propone imitarle.»

Gran Papa fué, sin duda ninguna, el cardenal

Lambertini, y hasta sus adversarios reconocen en él un espíritu activo y una inteligencia asombrosa. «Su tono—dice uno de sus historiadores—era afectuoso; sus modales, familiares; su buen humor, invariable, y su franqueza, tan distinguida que cautivaba siempre. Su favorito, el padre Montfaucon, le atribuía dos almas: una, científica y eclesiástica; otra, mundana. Escritor eminente y político habilísimo, supo no mezclarse en la lucha de la sucesión de Austria y permanecer neutral entre María Teresa y el duque Carlos Alberto de Baviera.» Todo esto, Benedicto XV tiene que haberlo meditado antes de escoger su nombre. Y todo esto parece profético, si hemos de creer a los que aseguran que, a pesar de pertenecer a una familia de patriotas ardientes, a pesar de sentirse personalmente muy latino, el Pontífice actual considera con el mismo amor de padre a los diferentes pueblos que combaten, sin atreverse siquiera a pedir a Dios, en sus preces íntimas, que su patria salga vencedora. Los protestantes mismos le inspiran una simpatía que choca a algunos de sus cardenales; pero que está de acuerdo con las enseñanzas de su modelo. «Una vez la paz establecida—continúa el biógrafo de Benedicto XIV—trató Su Santidad de ganar la amistad de la reina María Teresa, y la autorizó a tolerar el culto luterano en sus Estados, diciendo que es mejor convencer a los cismáticos que perseguirlos. Para con Federico II de Prusia mostróse también afectuoso y conciliante hasta el

punto de permitirle que nombrara obispo de Breslau a un clérigo idiota.» Si estos actos de condescendencia pueden parecer reprensibles a los católicos, hay otro que, en la vida de Benedicto XIV, nos encanta a los cristianos que no somos ni apostólicos ni romanos. Me refiero a su amistad por Voltaire. El filósofo de Ferney tuvo un día la peregrina ocurrencia de dedicar su tragedia *Formalismo* al Sumo Pontífice. ¿Era ironía?... Nadie ha podido averiguarlo. Pero lo cierto es que el Papa no sólo aceptó aquel homenaje, con gran escándalo de los jesuítas, sino que entabló con el autor de *Cándido* una correspondencia que llegó a ser afectuosa. Para demostrarle, más tarde, su gratitud, Voltaire le regaló el manuscrito de *Mahomet*, y Su Santidad le correspondió enviándole una medalla de oro con una inscripción paternal.

¿Será el actual Vicario de Cristo capaz de imitar en todo a su modelo? Una simple frase suya me hace dudarlo. Hablándole yo de D'Annunzio, me interrumpe, y con una sequedad que me choca en sus labios, exclama:

—No... a ese no hay que nombrarlo...

En seguida, para demostrarme que si yo no conozco sino a un mal poeta italiano, él conoce a muchos egregios escritores españoles, me cita, con aire de satisfacción, a Selgas, a Mariano Catalina, a Cañete...

—En mi tiempo eran los más conocidos—agrega.

Monseñor de la Chiesa, que entonces no era sino un joven prelado aristocrático, llegó a Madrid,

como secretario de la Nunciatura, en 1887, y permaneció en aquel puesto hasta que el cardenal Rampolla volvió a Roma. La acogida que la alta sociedad española dispensó al diplomático pontificio debe de haber sido extraordinariamente halagadora, pues nunca, desde entonces, el que hoy es jefe de la Iglesia ha podido olvidar a sus buenas amigas las marquesas y las duquesas del barrio de Salamanca.

—¿Conoce usted a la señora tal... y a tal otra... y a la de más allá?—me pregunta.

Humildemente le confieso que tengo muy pocas relaciones entre la aristocracia, y él, que atribuye de seguro esto a las ideas democráticas de *El Liberal*—murmura paternalmente:

—Hay que rodear a la nobleza española, que merece mucho respeto... Es una nobleza como no hay otra en Europa... Muy religiosa... muy pura... Yo no la olvido nunca en mis oraciones... España me es muy cara... carísima... A menudo pienso, con pena, en su posición actual, tan difícil, entre Portugal impío y Francia. Pero Francia no es impía...

—Vuestra Santidad sabe—me permito decirle—que en España se habla muy seriamente del traslado de la Santa Sede al Escorial... El pueblo entero recibiría con entusiasmo a Vuestra Santidad... En estos últimos días, sobre todo, los obispos han hecho creer que Vuestra Santidad se encuentra en peligro en Roma y que en España estaría mejor...

Benedicto XV inclina la cabeza, y durante algunos instantes parece meditar u orar. A través de sus gafas espesas, sus ojos aparecen como envueltos en una nube azul. En sus labios hay un ligero temblor de palabras contenidas.

Yo agrego:

—Todos sabemos que Vuestra Santidad no puede abandonar el Vaticano.

Entonces la cabeza pálida y crispada se yergue, y de la boca misteriosa brotan estas palabras:

—Yo he vivido largos años en España... Usted lo sabe... España es para mí, personalmente, el país que más amo... Si un día fuese necesario salir por algún tiempo de Roma, no hay duda de que mi primer pensamiento sería para España, que por gracia de la Virgen María, conserva su neutralidad, *lo mismo que debió haberla conservado Italia*... Ahora, sin embargo, no se piensa en eso... El Gobierno italiano hace todo lo que puede por demostrar su buena voluntad al Vaticano... Pero mientras duren las circunstancias creadas por los acontecimientos de estos últimos cincuenta años, no es fácil... Una vez Italia en guerra, el Vaticano se halla aislado de una buena porción del mundo, cuyo dominio espiritual está a su cargo... ¿Cómo comunicar con Austria con Baviera, con Hungría?... Yo sé que las administraciones romanas harán lo que les sea posible... La buena voluntad, sí... La buena voluntad no falta... La buena voluntad no siempre basta... Y, además, ¿quién puede estar seguro en medio

de la Roma actual, en donde las pasiones más ciegas parecen desencadenarse como tempestades al menor cambio de tiempo?... ¡Oh! No hablo de los romanos cristianos, del fondo noble y puro de la ciudad santa, no, sino de los elementos creados por los odios políticos y que forman como una espuma envenenada en la ola de esta existencia... El Gobierno protegerá siempre al Vaticano... No hay duda... Y, sin embargo, en este tiempo en que vivimos, ¿quién puede responder de lo que va a pasar?...

El Santo Padre apoya sus sienes en las palmas de sus manos, y durante algunos instantes su rostro toma un aspecto grave y preocupado. Pero no es sino un relámpago, o mejor dicho, una nube, en la serenidad habitual de su figura. En seguida la sinuosa sonrisa vuelve a animar el conjunto de las facciones pontificias, dándoles ese encanto especial de frialdad y de dulzura, de ironía y de familiaridad, que nadie puede olvidar cuando ha visto de cerca a Benedicto XV.

Yo aprovecho la coyuntura para hablar de la guerra.

—Lo que mayor impresión ha causado en el alma del pueblo español—le digo—, son los horrores cometidos en Bélgica... las iglesias incendiadas... los sacerdotes fusilados... las monjas violadas...

El Papa calla. Su boca enigmática se alarga en un pliegue que puede ser doloroso, pero que también puede ser irónico. ¿Duda el Sumo Pontífice,

como los obispos carlistas, de los horrores de Flandes? No; no es posible. Cuando el rey Alberto le escribió, hace meses, expresándole su dolorosa indignación ante los atropellos de la horda germánica, Benedicto XV rogó a los que habían ocupado territorios ajenos que «no hiriesen sin una necesidad absoluta a los habitantes en lo que tienen de más sagrado, en sus templos, en los ministros de su Dios, en los derechos de la Fe», y recordó a Guillermo II que «no le es permitido a nadie, con ningún pretexto ni motivo, ofender a la Justicia». Cierto que aquellas palabras provocaron en Alemania una irritación que llegó hasta hacer germinar en la mente de los pangermanistas el proyecto de una nueva cruzada contra el catolicismo en todas las tierras sometidas al dominio del kaiser. Pero pensar que la amenaza de un nuevo cisma haya influído en la política del Vaticano, es absurdo. Lo que a los patriotas italianos les parecía hace pocas semanas una «conspiración austriaca en plena Roma», no era, realmente, sino la expresión de los sentimientos neutralistas de la Iglesia. Apenas declarada la guerra en la famosa sesión del Montecitorio, Su Santidad escribió al decano del Sacro Colegio: «E quasi ció non bastasse, il terribile incendio si é esteso anche alla Nostra diletta Italia, facendo pur troppo temere anche per essa quella sequela di lagrime e di disastri che suole accompagnare ogni guerra, sia pur fortunata.» Pero si Benedicto XV llora en sus encíclicas los horrores de

la tragedia actual y aconseja que «nos refugiemos todos en el seno de María dulcísima, madre de Jesús», en sus conversaciones particulares muéstrase poco aficionado a hablar de política internacional. Lo que piensa de Francia, de Alemania, de Austria, de la misma Italia, sólo él lo sabe a punto fijo. Sus frases, a este respecto, son siempre vagas. «Todos los cristianos son mis hijos», dice. Y para no indisponerse con nadie, agrega: «Aun aquellos que, de más o menos lejos, se proclaman servidores de Jesús, tienen derecho a la solicitud del padre común de la Iglesia.» Sólo que tratar de extraer de estas fórmulas diplomáticas la esencia de la futura norma de la política vaticana, es un simple juego de arriesgadas hipótesis.

Como hablando con sigo mismo, en voz velada y baja, murmura sin parecer notar mi presencia:

—En esta tragedia espantosa, más grande que todas las que ha visto la Humanidad en el transcurso de los siglos—díjome—lo que mayor pena causa en mi ánimo es notar que los instintos feroces de los hombres parecen exasperarse cada día más, en vez de calmarse... Todos los pueblos que luchan se llaman hijos de Nuestro Señor Jesús Cristo... Yo ruego a Dios por todos, sin preferencias, y lejos de anhelar la victoria de los unos contra los otros, lo que deseo es la paz... Como si la Santa Sede fuera un tribunal de arbitrajes políticos, los personajes más ilustres de las diversas naciones beligerantes vienen a mí des-

de el principio de mi pontificado, no para hacerme notar lo bueno, sino para pedirme que examine lo malo. Lo mismo dicen los unos contra los otros que los otros contra los unos. No hay crueldad, no hay crimen, no hay sacrilegio que no se atribuyan mutuamente los países que debieran ser hermanos y que son enemigos. Contra la misma Italia, que apenas ha entrado en el círculo de fuego, ya comienzan las acusaciones. Los obispos me escriben que más de cincuenta sacerdotes austriacos han sido tomados como rehenes en el Trentino, y que ahora se hallan prisioneros en tierra italiana... Esto no es nada comparado con las terribles acusaciones de Bélgica. Pero, ¿hasta dónde llega la realidad y dónde comienza la fantasía?... Con el modo que tiene el mundo de apreciar estas cosas, se advierte que el mayor resorte de los juicios es la simpatía de cada uno... Yo no puedo tener simpatías... Para mí no hay hijas predilectas... Todas son predilectas... Todas son mis hijas.

De pronto, volviendo hacia mí sus ojos miopes, sonríe de nuevo y me dice:

—Madrid... España... no la olvido...

¿Qué será Benedicto XV?...

El conde de Colleville, su biógrafo oficial, lo llama el Papa Esfinge. Y a fe mía, a medida que más observo su rostro, que más examino la sonrisa de sus labios, más me convenzo de que esta es, hasta hoy, la única definición que de él puede aceptarse.

Un reloj, a lo lejos, da una campanada. ¿Es ya la una?... No; más bien deben ser las doce y media.

Su Santidad se pone de pie, yo me arrodillo y oigo las palabras que me bendicen, que bendicen a mi familia. La voz es suave, grave, queda. La mano, muy blanca, se alza sobre mi cabeza. Entonces, ante esta santa esfinge, yo querría, como los caminantes de Tebas, descifrar algunos de los arcanos que atormentan mi mente de cristiano... Querría preguntarle si la terrible profecía de San Malaquías, el *religio des populate* que corresponde a su reino, no le quita el sueño... Querría saber si la voz quejumbrosa de aquel sublime loco de Benedetto, que se postró una noche ante León XIII para hablarle de los dolores del pueblo que sufre oprimido por una Iglesia que debiera salvarlo de la miseria moral y que sólo lo tiraniza con vanas fórmulas, ha llegado hasta sus oídos... Querría penetrar en su alma para leer la sentencia que ahí hay escrita y que puede ser la resurrección de una religión de bondad fundada en el Evangelio y no en los actos del Concilio de Trento... Un vértigo de misticismo me invade. La política, la diplomacia, las reivindicaciones temporales, todo eso me parece tan miserable que apenas me explico que el representante de Cristo Nuestro Señor, todo misericordioso, que murió en la Cruz y que vivió despreciando a los poderosos, pueda rebajarse hasta vivir pensando en ello.

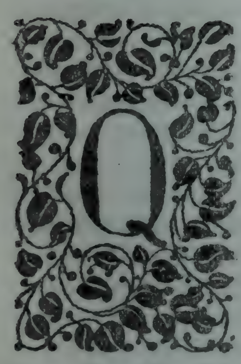
—Santo Padre...—murmuro.

El cree, sin duda, que voy a darle las gracias, y me tapa la boca con su mano, en la cual brilla el anillo pontificio. Luego, sonriendo de nuevo, con su sonrisa que no tiene nada de mística, con su insondable sonrisa de bondad y de misterio humano, termina:

—Adiós, hijo... Hay que ser creyente... El dogma... Adiós...

Roma, 7 de Junio, 1915

EL ÚLTIMO KAISER



UE desde el día en que estalló la guerra Guillermo II sea la figura que más preocupa al mundo, se comprende. Pero la verdad es que no data de ayer su prestigio algo misterioso. En tiempo de paz, como en tiempo de lucha, su figura se yergue ante el mundo cual una estatua de piedra tallada en una época muy lejana. Ponedlo al lado de los demás soberanos europeos, y veréis cuán poco se les parece. A pesar del parlamentarismo y de la Constitución, más que un príncipe de esos que, según frase algo ridícula, *reinan y no gobiernan*, es un soberano medieval, místico y absoluto, omnipotente y patriarcal, más remoto que Carlos V, que casi hace pensar en aquel magnífico Federico Barbarroja que, en plena Edad Media, supo, lo mismo vence-

dor que vencido, conservar la confianza en su propia misión divina y en su propio poder sobrenatural para imponerlo a su pueblo y a su siglo.

Y no me refiero únicamente a sus brillantes cascos de plata, en cuyas cimeras abren las alas las águilas simbólicas, ni a su entusiasmo por los mantos de armiño, ni a su deseo de organizar a cada instante cortejos arcaicos. No. Hay algo más profundo en lo que puede llamarse su absolutismo; hay en su alma un sentimiento que nada logra destruir y que le hace considerarse a sí mismo como el sucesor de Carlomagno con todo su poderío, con toda su grandeza, con todo su esplendor. De pie frente al sepulcro del fundador del Imperio de Occidente, evoca el pasado más remoto, y luego, rudamente, dice: «Ahora un segundo Imperio ha nacido y el pueblo alemán tiene de nuevo un Emperador » Este Emperador que, saltando por encima de los Habsburgos, pretende reanudar la cadena de hierro de los Hohenstauffen, no es una figura meramente representativa. El protocolo moderno no lo inmoviliza. Las leyes mismas de su monarquía apenas parecen existir para él. Sus actos y sus palabras son de un señor de la Edad Media, seguro de sí mismo y seguro de su pueblo. La observación ha sido hecha cada vez que las circunstancias han obligado al Kaiser a pronunciar algunas palabras espontáneas. Sin embargo, la Prensa oficiosa de Alemania ha podido casi siempre paliar los efectos de la elocuencia imperial, atribuyendo a malas interpretacio-

nes las frases demasiado soberbias. Mas hoy que, gracias a Jules Arreu, poseemos el texto exacto de los principales discursos del Soberano, la realidad de la imagen que el mundo tiene formada de Guillermo II se confirma y precisa.

Sin miedo del espíritu moderno, el Kaiser habla muy a menudo, expresando sus ideas sobre sí mismo, sobre su poder y sobre su pueblo, con una franqueza singular y magnífica. Los que han dicho que si no fuera lo que es sería el primer poeta de Alemania, no están muy alejados de la verdad. Con frases vibrantes sabe evocar figuras remotas, sabe trazar cuadros épicos, sabe dar lecciones de moral, sabe hacer sermones, sabe pronunciar arengas, sabe improvisar filípicas. Y tal es la magia de sus palabras, que sin necesidad de escribir tragedias en colaboración con poetas oficiales, ni de pintar lienzos simbólicos ayudado por profesores de la Academia de Munich, ni de inspirar a los escultores que pueblan de fantasmas blancos las avenidas del Tiergarten, puede perfectamente, con sólo sus discursos, presentarse ante el mundo como un gran artista.

Pero la elocuencia no es su única virtud. Más que un artista de la palabra, es artista de sí mismo. Es Rey. Es el único Rey verdadero, puesto que es el único que cree en sus derechos sagrados y en su poder tradicional. En efecto: a pesar de la Prensa y de la opinión pública y del Parlamento, aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para proclamar su origen divino y su

realeza omnipotente. En la ceremonia de la inauguración de uno los innumerables monumentos erigidos a la gloria de su inolvidable abuelo, dice en 1890: «Si hemos podido alcanzar lo que hoy existe, es, ante todo, porque una tradición de nuestra familia nos hace considerarnos como designados por Dios para gobernar a todos aquellos pueblos cuyos destinos nos han sido confiados, y para guiarlos por la ruta del desarrollo de sus intereses espirituales y materiales.» Y como si esto no fuera bastante categórico, cuatro años más tarde, en una fiesta de Brandeburgo, agrega con voz imponente: «La Casa de los Hohenzollern tiene un sentimiento de su deber, y ese sentimiento le viene de la conciencia de que Dios la ha colocado en el puesto que ocupa y de que sólo a Dios le debe cuentas de lo que hace por el bien del país.» Y ¡ay de los que pretenden oponerse a su obra! ¡Ay de los que creen que es posible luchar contra la voluntad imperial! El místico Soberano no tiene inconveniente ninguno en amenazarlos con su bota. Recordad, si no, la frase célebre de su discurso del 5 de Marzo de 1890: «Los que quieran contrarrestrar mis esfuerzos—dice aquel día memorable—, deben saber que los aplastaré.» Que estas palabras, acompañadas de una terrible patada en el suelo, hayan producido más indignación que espanto, no lo podemos dudar. Durante algunas semanas no hubo caricaturista en Europa que no representara al Kaiser en actitud de aplastar toda clase de dragones fabulosos. Pero lejos

de parecer intimidado por la avalancha de burlas, el Soberano multiplica sus discursos, sus amenazas, sus maldiciones y sus lirismos. En una serie de banquetes y de ceremonias oficiales, explica entonces su concepción de la Monarquía tal como la han ejercido sus fieros antepasados. La base de esta concepción es la esencia divina del Príncipe y su misión sobrenatural. Entre el escogido por el Señor para gobernar un pueblo y los demás mortales hay una diferencia absoluta. El primero es un soberano. Los demás son los súbditos. El deber del soberano es mandar. El deber de los súbditos, obedecer. Y en vano la vanidad de los hombres ha inventado los Parlamentos, los Ministerios, las Constituciones, las Leyes. En realidad, éstas no son más que palabras, palabras, palabras. Lo único cierto, lo único durable, lo único indestructible, lo único insustituíble, es el poder imperial. El 31 de Agosto de 1897, en una fiesta municipal de Coblentz, dejándose llevar de su franqueza oratoria, exclama Guillermo al terminar su discurso: «La Monarquía de derecho divino, la Monarquía con sus penosos deberes, la Monarquía con sus fatigas, que no terminan nunca, con su responsabilidad ante Dios y sólo ante Dios, de las cuales ningún hombre, ningún Ministro, ningún Parlamento puede librarnos.» Esta es una confesión que probablemente Bismarck no hubiera oído con calma. Pero Bismarck mismo habría tenido que admirar la energía impecable de quien tan altamente proclama derechos inauditos, po-

niéndose por encima de los principios fundamentales de su Reino. Porque no hay duda de que el poder real, tal cual Guillermo lo comprende y ejerce, es perfectamente inconstitucional. Los radicales lo dicen siempre, desde hace muchos años, y el Reichstag tiene un día que reconocerlo con inquietud.

* * *

¿Os acordáis? Es en Octubre de 1908. Un redactor del *Daily Telegraph* ha logrado que Su Majestad lo reciba oficialmente para hacerle algunas declaraciones políticas de gran importancia. Con una campechanería patriarcal, Su Majestad le habla de sus simpatías por el pueblo inglés, de su origen inglés, de sus esfuerzos por conquistar el cariño del pueblo inglés. «Vosotros, ingleses—le dice—, estáis locos, locos como las liebres en Marzo, puesto que os dejáis dominar por desconfianzas indignas de una gran nación.» En seguida, suave, agrega: «En mi discurso del Gidhall aseguré que soy el mejor amigo de Inglaterra. ¿No lo he probado luego? Todos mis actos están ahí para responder.» Y luego, como la cosa más natural del mundo, refiere la historia extraordinaria relativa a la guerra angloboer, que tanta indignación ha de causar en el mundo entero.

«En 1899—dice—, en los días mismos de vuestra semana negra, cuando los desastres sucedían a los desastres, rápidamente recibí de la reina Vic-

toria, mi abuela venerada, una carta de duelo y de aflicción, y que traía las huellas de las ansiedades que devoraba su espíritu y su salud. En el acto le contesté de una manera cariñosa. No me contenté con eso. Rogué a uno de mis generales que determinara el efectivo de los dos ejércitos que combatían en el Sur de África, y, con los datos que me dió, yo mismo hice un plan de campaña, que mandé a Inglaterra, y que figura entre los documentos de Windsor, esperando el veredicto imparcial de la Historia. ¡Coincidencia curiosa: el plan por mí trazado es igual que el que dió al fin la victoria a lord Roberts! Todo Guillermo II está en esta *interview* famosa y desgraciada, con su espontaneidad casi infantil, con su conciencia de un poder absoluto, con su deseo de probar lo mucho que vale su simpatía, con su perpetua vanidad militar, con su desdén por todas las pragmáticas constitucionales, con su facultad de olvidar y de variar también. Porque no podemos perder de vista que si hay en Europa un príncipe responsable de que los boers se decidieran a emprender la épica lucha contra Inglaterra, es este mismo Guillermo II que luego prepara planes de guerra para lord Roberts. Su telegrama a Krüger felicitándole por haber derrotado a los soldados de la Chartered Company, que eran las avanzadas de las fuerzas británicas, provocan en 1896 una tempestad en Inglaterra y llenan de esperanzas el alma de los rudos ciudadanos del Transvaal.

Por todos estos motivos la publicación de la *interview* del *Daily Telegraph* causa tal emoción en Alemania, que por primera vez el Kaiser se siente amenazado en su trono. -La Prensa, hasta entonces tímida y respetuosa, declara altamente que la copa de la omnipotencia ha desbordado. La opinión pública no se contenta con murmurar, sino que pone el grito en el cielo. En el Reichstag las minorías piden cuenta al Gobierno de la conducta anticonstitucional del Emperador. Y es en vano que el Canciller, viendo la necesidad de salvar el principio de la Monarquía constitucional, se declare responsable de las palabras publicadas en el *Daily Telegraph*, asegurando que el Kaiser le sometió el manuscristo antes de aprobarlo. Todo el mundo sabe que el Kaiser no acostumbra a obrar así. Y, por otra parte, si realmente la *interview* fué sometida al Gobierno de Berlín antes de ser enviada a Londres, ¿por qué míster de Bülow cree necesario poner su renuncia apenas los periódicos berlineses reciben los primeros telegramas con extractos de las frases relativas al plan de campaña inglés? «Porque — explica el Canciller—yo debí haber hecho las observaciones del caso a mi Soberano, y no pude hacérselas por no haber leído personalmente el manuscrito del famoso artículo. Mi culpa consiste en haberme confiado en la inteligencia de un empleado subalterno que dejó pasar todo.» Esto, naturalmente, no provoca sino risas sarcásticas. ¿Qué Canciller es ese que confía los más graves documentos, las

más confidenciales consultas a un funcionario? «Es necesario que el Emperador se incline ante la Constitución» — dicen los representantes del pueblo. Y por más que el orgullo de los Hohenzollern es formidable; por más que Guillermo II ha jurado en mil ocasiones que sólo a Dios le debe cuenta de sus actos; por más que en dos discursos muy recientes ha dicho que ni el Parlamento, ni el Gabinete, ni el pueblo mismo tiene el poder de hacerle cambiar de ideas sobre su omnipotencia, acaba por inclinarse y firma una declaración categórica asegurando que reconoce que «su deber más elevado consiste en garantizar el respeto político del Imperio y en respetar las responsabilidades constitucionales». Lo que su susceptibilidad y su soberbia sufren en este momento, sus familiares lo han dicho luego muy a menudo. Con su sincero ardor de siempre quéjase amargamente, durante las veladas íntimas, de la ingratitud y de la ceguedad de su pueblo, que no quiere darse cuenta de los sacrificios que por él hace y del amor que por él tiene. Porque este soberano extraño que se proclama dueño de su Imperio, se cree padre de sus súbditos.

* * *

Hay que leer los discursos patriarcales de Guillermo para comprender cuán paternal es su concepción de la tiranía. «Soy el tirano — parece decir a cada momento—, pero soy el buen tirano.»

Federico II pensaba lo mismo cuando, en plena Edad Media, creía trabajar por la felicidad de su pueblo imponiéndose por el terror a los duques, a los condes y a los Margraves. Y lo inaudito es que, en pleno siglo xx, Guillermo encuentra quien le apoye francamente en su obra de omnipotencia. En efecto: no sólo los más leales de sus servidores, los más tradicionalistas de sus cortesanos, sino también los profesores, los sabios, los poetas se proclaman altamente los vasallos humildes del rey místico. ¡Los tiempos actuales son, no obstante, tan poco propicios a las grandes energías individuales!... El Poder, en nuestro siglo, es un mecanismo de cien mil ruedas. El Sultán mismo, y el mismo Zar, antes de ser prisioneros de la Constitución, eran ya esclavos del funcionarismo y del militarismo. El sueño de Guillermo II, sueño paternal y absoluto, no puede, pues, en la vida práctica de los tiempos de paz y de trabajo administrativo, ser sino un sueño. Pero, eso sí, es un sueño constante.

Desde el día en que la muerte de su padre pone en sus manos juveniles el cetro imperial, sus palabras revelan una concepción medieval del Gobierno. «Llamado a ocupar el trono de mis padres—dice — acudo con los ojos puestos en el Rey de los reyes, prometiendo a Dios que seré, como el ejemplo de mis abuelos me lo ordena, un príncipe justo y suave para mi pueblo; que sabré temer al Señor; que trataré de mantener la paz; que trabajaré por la prosperidad del país; que so-

correré a los pobres y a los oprimidos.» ¿Qué más puede pedir el pueblo a un señor todopoderoso? El Soberano le ofrece bondad y justicia, ni más ni menos que los conquistadores de otros tiempos. El Soberano les da una garantía mística de su futura conducta. El Soberano se presenta como un intermediario entre Dios y los hombres. El Soberano se humilla ante el Rey de los reyes, que está en el cielo. El Soberano se declara superior a los mortales. La idea del Poder absoluto no ha sido jamás expuesta con mayor claridad. Y para evitar que se le pueda preguntar en dónde se encuentra trazada su moral de Soberano, el Emperador explica, cada vez que se le presenta la oportunidad de hacerlo, la gran lección que, a través de los siglos, le han dado sus antepasados, y en la cual se hallan todos sus principios. «Gran virtud de mis ascendientes— dice — ha sido siempre la de no pertenecer a ningún partido, y la de sentirse superiores a todos los partidos para hacerlos cooperar al bien del pueblo.» «Vuestro rey—agrega en otra ocasión—no puede dejar de ser feliz.» Todas sus penas y todos sus trabajos, en efecto, le son dulces, puesto que son por sus súbditos. Después de Dios, nada le parece tan sagrado como su pueblo. Sus ambiciones no son individuales. ¿Qué puede desear él? ¿Qué puede necesitar él? Lo único que desea, lo único que necesita, es que su pueblo se engrandezca, que se fortalezca, que se enriquezca, que se ennoblezca. Por conseguirlo se halla siempre dispuesto al

mayor sacrificio, y lentamente, sabiamente, prepara la guerra que debe ser el místico y sanguinario *coronat* de su obra. Pero, en cambio, exige la mayor obediencia. Desde sus condes más poderosos hasta sus más humildes trabajadores, todos deben inclinarse ante la voluntad del Gran Pastor nacional. Hablando en septiembre de 1894 ante la aristocracia, dice: «Tengo el profundo dolor de ver que en los círculos de la Nobleza, que me rodean, mis mejores intenciones han sido desconocidas, que algunas de mis ideas han sido combatidas, que hasta se ha llegado a pronunciar la palabra oposición. Señores: una oposición de Nobles alemanes contra su Emperador, es una cosa monstruosa. ¡Cuántas veces mis abuelos han tenido que imponerse a los que se salían del redil! El sucesor de aquellos príncipes seguirá su ejemplo y asegurará su autoridad como una roca de bronce. Señores: como mis abuelos, yo represento la Monarquía de derecho divino. Lo que vosotros sufrís yo lo sufro también, pues yo soy el mayor propietario del Estado.» Nada de extraño, pues, que después de haber hablado así a sus barones, se muestre igualmente terrible para con los plebeyos socialistas que no ocultan su odio contra el Poder imperial. A éstos, en efecto, no se contenta con dirigirles graves observaciones, sino que les amenaza de un modo categórico. «Ese partido —dice—osa atacar los fundamentos mismos del Estado y de la Religión, y no se detiene ni ante la persona del Soberano supremo, por lo cual debe

ser reducido a la impotencia.» Y poco después agrega: «Yo considero el socialismo como una enfermedad pasajera; si no fuera así, os convoco a un combate contra esa banda de traidores para desembarazarnos de semejantes elementos.» Me diréis que desde que estas palabras fueron pronunciadas en el vigésimoquinto aniversario de la batalla de Sedán, el socialismo, lejos de desaparecer cual una epidemia o de ser barrido como una calamidad, no ha hecho más que crecer y fortificarse en Alemania. Cierto. Pero si el Kaiser no ha logrado vencerlo, no por eso se ha resignado, al igual de los demás soberanos, a considerarlo como un mal necesario. ¡Ah, no! En el alma de Guillermo II no caben ni la resignación, ni la disimulación, ni la humillación.

Toda su existencia ha sido una lucha por las ideas y los principios tradicionales. Cuando más escarmentado lo creen los hombres políticos, es cuando más formidable y más inesperadamente estalla el trueno de su elocuencia. Dos años apenas después de haber declarado de un modo solemne, en los días del escándalo de la *interview* del *Daily Telegraph*, que nada le parecía tan respetable como las responsabilidades parlamentarias, pronuncia en Koenigsberg uno de sus más fogosos y terribles discursos. «Aquí — dice—fué donde mi abuelo puso en su cabeza la corona, haciendo ver de un modo claro y preciso que la recibía de la gracia de Dios. Sólo de la gracia de Dios y no de las asambleas, de los Parlamentos,

ni de los plebiscitos, de modo que pudo considerarse el instrumento elegido del cielo para cumplir como tal sus deberes.» Y como alguien en aquel momento le hace notar la impresión que sus palabras causan en el ánimo de los hombres políticos en general, conténtase con recordar que toda la existencia de Guillermo I no fué sino una lucha contra el Parlamento y contra la opinión pública: «Si hubiera querido ser un rey popular—dice en confianza a uno de sus consejeros—, mi abuelo no habría jamás llevado a cabo su obra cíclica. Los grandes reyes tienen que imponer la grandeza a sus pueblos.» ¡Palabras terribles y peligrosas! Pero palabras admirables, sin duda, y que demuestran una comprensión personal del papel que la Providencia le ha asignado.

* * *

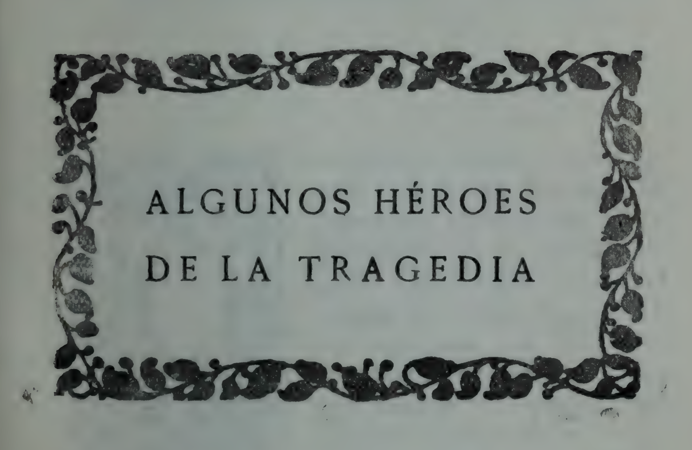
El pueblo alemán no ha dejado jamás de reconocer el patriotismo ardiente, el amor místico de su raza que anima el alma de Guillermo II. En este punto, ni aun los pangermanistas más fogosos tienen nada que censurarle. En todas partes, a todas horas, con todos los pretextos, el Kaiser repite desde hace más de veinte años su himno religioso a la grandeza alemana, a la ingenuidad alemana, al heroísmo alemán, a la magnificencia alemana, al esfuerzo alemán, al entusiasmo alemán, a la inteligencia alemana, a la fe alemana, al porvenir alemán. Con frases verdaderamente

bellas, dice y redice su convicción de que la noble Germania es hoy el pueblo de Dios, como el Kaiser es el Emperador de Dios. Una revista berlinesa publica algunas páginas sacadas de discursos imperiales sobre lo que Guillermo II llama «la misión sobrenatural de Alemania», páginas que podrán siempre figurar en las antologías patrióticas al lado de las estrofas de Píndaro y de las arengas de Bonaparte. «Orgullosamente erguido dentro de su armadura nueva—dice una de esas páginas—el pueblo alemán monta la guardia, velando por la paz del mundo como en otro tiempo el dios Heimdal, que no se separaba de la puerta del templo de la paz, y permite dormir con tranquilidad, no sólo a Europa, sino al Universo entero.» Pero la paz adorada no puede existir sino mientras el honor del país se halle a salvo. En este punto, Guillermo II se envanece en no tener ideas modernas, sino muy antiguas, muy anacrónicas y muy sublimes. Que otros pueblos piensen en preferir la paz y la riqueza a la guerra arriesgada. La vieja Germania está siempre dispuesta, no sólo a luchar con seguridad de vencer, lo que no es una virtud, ni siquiera con esperanza de vencer, lo que tampoco es una virtud completa, sino a luchar para morir. «La idea de ver mis cuerpos de ejército despedazados en los campos de batalla y mis millones de súbditos muertos por la metralla—dice en 1888—me es menos cruel que la de pensar en abandonar las conquistas de mi inolvidable abuelo, fundador de mi Imperio.»

¿Decís que el tono mismo de esta frase es hiriente? Es un tono natural. Aceptadlo como lo acepta el pueblo tudesco. Luego, ved en las palabras imperiales, no la superficie, sino el fondo, y notaréis que éste es digno del más grande respeto; sobre todo cuando se considera que no es una simple fanfarronada de militar exaltado, sino la expresión seria y sincera de un orgullo secular.

Mas, ¿qué no es serio, qué no es sincero en este Príncipe? Su religiosidad misma, que a primera vista parece exagerada, es un sentimiento hondamente arraigado en su alma. Porque un ser como Guillermo II no podría existir si no hubiera una terrible lógica en sus ideas y en sus fanatismos. Quitadle su fe de fraile, y su misión divina desaparece. Disminuid su fuego patriótico, y su soberbia palidece. Conmoved su confianza en la superioridad de su pueblo, y su seguridad en el porvenir se derrumba. Pero no; no temáis ninguna de esas catástrofes morales. Tal como vive, tal morirá Guillermo II, vencido o vencedor, a pesar de la democracia y del socialismo. Mil anécdotas auténticas demuestran que desde la adolescencia su alma ha vivido en un ensueño romántico de esplendores medievales. Su imagen más durable será la que él mismo considera como la más verídica. Me refiero a la estatua del nuevo pórtico gótico de la catedral de Metz, en la cual un escultor ideólogo le ha representado como un monje guerrero.

Octubre de 1914.

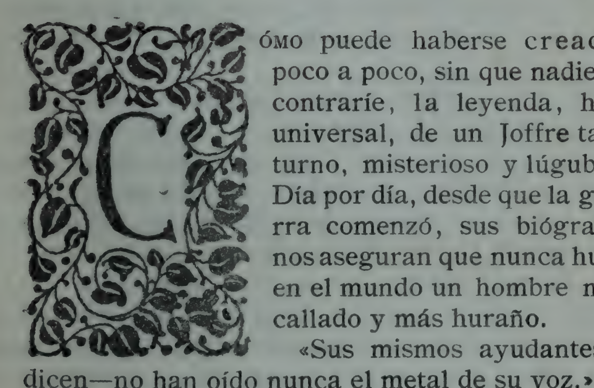


ALGUNOS HÉROES DE LA TRAGEDIA



UNA VISITA AL GENERALÍSIMO JOFFRE

(EN 1915)



Cómo puede haberse creado, poco a poco, sin que nadie la contraríe, la leyenda, hoy universal, de un Joffre taciturno, misterioso y lúgubre? Día por día, desde que la guerra comenzó, sus biógrafos nos aseguran que nunca hubo en el mundo un hombre más callado y más huraño.

«Sus mismos ayudantes—dicen—no han oído nunca el metal de su voz.»

Y luego, para poner un velo novelesco alrededor de la figura muda, hablan de un idilio roto, de una mujer muerta, de un corazón perennemente sangrante. Todo esto yo lo he repetido lo mismo que los demás. Pero ahora que me encuentro ante el original de la extraña imagen sombría, siento impulsos de reírme de mí y de mis inspiradores,

al ver la buena, y franca; y campechana estampa que tengo ante la vista. De hosco no hay en ella sino las cejas, las terribles cejas blancas, frondosas e hirsutas, que hubieran bastado a Raffet para hacerle un soberbio par de mostachos al más fiero de sus granaderos. Lo demás es fino y robusto a la vez: finas y casi femeninas las manos, de uñas de nácar pulidas meticulosamente; finos los ojos verdes, finos y maliciosos, con sus reflejos de esmeralda, suavizados por un fondo húmedo de infinita ternura; fino el perfil, a pesar de la gordura púrpura del rostro y de la espesura alba de los bigotes. Y las maneras también son finas.

Al vernos entrar, precedidos por el coronel que va a presentarnos, abandona su butaca y se adelanta hacia nosotros. Para cada uno tiene una frase agradable. A nuestro decano, el director del *Journal de Genève*, le habla de los artículos del coronel Feyler, diciéndole que son los mejores, los más exactos que se han escrito sobre la situación de los ejércitos beligerantes; a Sims, el americano, le dice algunas palabras sobre la energía yanqui; luego se detiene ante mí, y en el acento con que murmura «España» se nota su origen casi español.

«Cuando oigo hablar catalán o castellano—había dicho la víspera al coronel Echagüe—me parece que me hablan la lengua de mi alma.»

A mí me dice de nuevo «España», y no sé por qué me figuro que hay en su voz algo de pena,

como si los clamores del clericalismo antifrancés le parecieran una traición de hermanos. Pero lo que se me antoja melancolía no dura sino un instante. En un hombre de este temple y de esta fuerza, el rasgo que domina es siempre la confianza. Volviéndose hacia el ilustre periodista escandinavo M. de Jessen, me permite observar su atlética complexión de cuerpo, y entonces admiro sus espaldas cuadradas, su torso de luchador, su cuello de toro: todo lo que constituye, en fin, junto a la delicadeza de sus facciones, el contraste característico de su raza. Porque no hay duda de que el generalísimo de los aliados representa el tipo perfecto del montañés de los Pirineos, capaz, como los vencedores de Rolando, de lanzar peñascos enteros con los brazos, y capaz también de inclinarse galantemente ante una dama que recita, a la sombra de un muro almenado, las historietas picarescas de los heptamerones. Contemplándole, no es en los generales que ya he visto en quienes pienso, ni es siquiera en los mayores guerreros de nuestra época, sino en los buenos hidalgos del conde de Foix, en los Ernaton Bourg d'Espagne, en los Guillonet de Salenges, en los Barbazan, en los Montang de Saint-Basile, en todos aquellos magníficos soldados que, uniendo la astucia al arrojo, se entretenían, después de un día de batalla, en cargar haces de leña que un asno no podía llevar.

«Lo estupendo—repiten a cada instante los oficiales que le acompañan—es su resistencia.»

El viejo consejero Pedro de Marca, que escribió la *Historia de los héroes pirenaicos*, no se habría asombrado de ver sus constantes *randonées* en una línea de combate de 500 kilómetros. Los montañeses, en efecto, parecen tallados en las piedras de sus desfiladeros. Ahora mismo, Dios sabe de dónde viene y adónde va el bravo general que cambia de residencia cada tres días. Los caballos que hemos visto a la puerta, y que deben ser los suyos, están cubiertos de sudor y de espuma. Sus oficiales, a pesar de ser jóvenes, parecen fatigados. El, en cambio, se pasea ante nosotros de un extremo de la estancia a otro, hablando y gesticulando, tan fresco cual si saliera de la cama.

Hablando con un periodista de Burdeos, la hermana del generalísimo, que vive siempre en su casita de Rivesaltes, contemplando como la madre de Monluc «dos grandes reinos hermanos, el de Francia y el de España», le dijo pocos días ha:

—Somos de una noble familia española.

Y unos instantes después agregó:

—Nuestro padre era tonelero.

Estas palabras, que al bordelés se le antojan contradictorias, explican el contraste que todos notamos en la figura del gran jefe. Hay algo de noble, de noble español, altivo, adusto, fiero, en su porte y en su mirada. Sus manos hacen pensar en las de ciertos hidalgos del Greco, que buscan en sus ropas de terciopelo un fondo obscuro para que se destaque la blancura de la diestra. Sus pupilas tienen una profundidad extraordinaria, de

esas que, en las razas antiguas, parecen venir del fondo de los siglos. Pero, al mismo tiempo, su andar pesado, su cuello apoplético, sus hombros enormes, son plebeyos hasta la exageración.

Y si no nos engañan los que le conocen, esta doble naturaleza se descubre también en su alma, muy sencilla en apariencia y hasta algo ruda y algo rudimentaria, pero con matices inesperados de una delicadeza y de una ternura infinitas. Su hermana habla de él, y de su sencillez, y de su bondad, y de su fama, con un entusiasmo en que se nota algo de sorpresa. «¡Cómo — parece decir—, nuestro buen José, que viene aquí todos los años a jugar a las cartas con nosotros, a ayudarnos a cuidar las viñas y a contarnos historias de Africa, es el más grande hombre de Francia!... ¡Quién lo hubiera pensado!» Menos brillantes, en efecto, pocos generales deben serlo. Cuando Pau aconsejó que se le nombrase vicepresidente del Consejo Superior de la Guerra, el Presidente de la República no conocía su nombre siquiera. Más tarde, al estallar el conflicto europeo, el mundo entero se preguntó, oyéndolo nombrar: «¿Quién es ése?» Porque su vida, en la que hay algo de esfuerzo constante y obscuro de obrero y algo de aislamiento aristocrático, ha transcurrido sin hacer el menor ruido. Como subteniente, en la guerra de 1870, trabajó en los fuertes de París, y al firmarse la paz volvió a la Escuela Politécnica para completar sus estudios de ingeniero. Al salir, con los dos galones de teniente, comenzó su

carrera de fortificador universal. En Africa, en Asia, en todas partes donde Francia ha edificado fortalezas, la voluntad paciente y robusta del gran catalán ha dejado su huella.

—Las trincheras—dijo su hermana—nadie las hace como él... En el huerto de nuestro padre existen siempre las que abrió José con sus propias manos para evitar que las viñas se inundaran...

En seguida agregó:

—Cuando vino ya de general—el más joven general de Francia—, sus amigos no se atrevieron a tutearlo...

Siempre el contraste entre la altivez y la campechanería.

Naturalmente, Joffre nos habla de la guerra:

—Nosotros no la deseábamos—exclama—, no; no creíamos que fuera posible siquiera... La responsabilidad ante el mundo es terrible... No hay un solo francés que hubiera sido capaz de desencadenar tamaña tormenta... La Historia no había ni previsto una lucha tan gigantesca... Pero, puesto que se nos ha obligado, peor para nuestros enemigos... El país hará todo lo necesario para alcanzar el triunfo...

Un corto silencio... Un gesto enérgico de la diestra, que parece buscar un punto para asestar el puño... Luego, una mirada clara que nos envuelve a todos, y, al fin, una frase seca y vibrante:

—Ese triunfo lo tenemos...

Sí; lo que nos dijo no fué «lo tendremos», como lo han escrito algunos de mis compañeros; no fué

nous l'aurons, no, sino *nous l'avons.* Aún oigo las sílabas, aún noto el tono, aún veo el fuego de las pupilas verdes. Con su fe de roca, impasible e inconmovible, el generalísimo abarca de antemano el conjunto gigantesco de la pelea. Los reveses del principio los había previsto, y, aunque no lo dice, se adivina que, al hablar de que Francia no quería la guerra, ni siquiera preveía la guerra, piensa también que no estaba enteramente preparada para la guerra. Una democracia no puede, cual un imperio, fabricar cañones sin que el pueblo se entere, ni crear regimientos y más regimientos sin que las Cámaras lo autoricen, ni fijar de antemano fechas fatales para una acometida sin que la conciencia nacional se subleve. Mas cuando esa democracia es Francia, encuentra en el minuto supremo del peligro los elementos morales y materiales que otras naciones más fuertes en apariencia no podrían nunca improvisar. En el año 70, que no se parece a éste sino en lo sangriento, el país, sin armas, sin jefes, logró, cuando Metz y París habían ya sucumbido, organizar aquel ejército de Loira que, en medio del desastre, alcanzó el triunfo de Coulmiers. Hoy, después de una retirada estratégica durante la cual iba formándose el formidable núcleo de defensa, el primer gran choque en territorio francés fué un triunfo magnífico. El mundo entero, después del Marne, ha comenzado a creer en la posibilidad de un desastre germánico y en la perspectiva de una Europa nueva, que ya no vivirá con la obse-

sión de aquella amenaza guerrera que subía y bajaba cual una ola, según el capricho de dos emperadores. Pero Joffre no esperó el primer éxito visible para tener confianza. La movilización y la unión de las almas habíale bastado. Y por eso, cuando otros dudaban, cuando los nervios del pueblo vibraban, él, siempre tranquilo, siempre sereno, seguía diciendo:

—La victoria, la tenemos...

Ni siquiera hay en él la inquietud que hace desear a los aliados en general que los acontecimientos de las fronteras rusas precipiten la marcha de la guerra, debilitando a los alemanes, a los austriacos y a los turcos.

El capitán Margueritte, redactor de *L'Illustration*, le dice:

— La necesidad de reforzar su línea oriental obligará a Alemania a retirar algunas tropas de Francia.

Sin vacilar, Joffre le contesta:

—No tengo ningún empeño en que disminuyan los elementos contra los cuales luchamos nosotros. Los rusos avanzarán más de prisa si todo sigue como ahora. Lo que yo tengo delante de mí, yo me encargo de hacerlo retroceder. No hay que tener prisas inútiles.

En todas las circunstancias, el generalísimo demuestra la misma confianza, sin impaciencias. Hace pocos días, cuando fué a Alsacia para dar posesión de sus puestos a los funcionarios franceses encargados de organizar la administración de

los territorios reconquistados, pronunció las palabras siguientes, dirigiéndose a los representantantes de la población alsaciana:

—Nuestro regreso a esta tierra, que durante cuarenta y cuatro años ha estado en poder de Alemania, es definitivo. Estamos de nuevo unidos para siempre. Francia os trae, con las libertades que siempre ha representado, el respeto de vuestros fueros morales, de vuestras tradiciones, de vuestras creencias, de vuestras costumbres. Yo soy la Francia y vosotros sois la Alsacia. Yo os traigo el beso de Francia.

Decir que hay elocuencia en sus palabras sería exagerado. Sin ser taciturno, sin ser silencioso, tampoco da a las frases una gran importancia. Habla claro, buscando los términos precisos, y apoya con ademanes enérgicos y elegantes sus discursos. Su mano derecha parece apoderarse de las ideas y estrecharlas, exprimiéndoles el jugo para ofrecerlo, al fin, con un gesto neto a los que le escuchan. Todo es acción en él. En sus pupilas vivaces las luces pasan, brillan, iluminan el pensamiento, y luego se desvanecen como para ir a alumbrar el foco interior de las meditaciones. Su semblante serio dijérase que casi desconoce el suave descanso de las sonrisas.

Durante la visita que le hicieron los periodistas parisienses ayer, un fotógrafo pidióle permiso para retratarle.

—No me gusta eso—contestóle—; pero me resigno... Apresúrese usted...

El fotógrafo, algo turbado, no lograba poner en batería su aparato.

—Es usted menos hábil que la reina de Bélgica—le dijo el general, al ver su torpeza—. Ella me retrató en un instante... Pídale una lección...

Todo el mundo se echó a reír, menos el generalísimo, que seguía serio y paciente, aguardando el fogonazo.

Cuando la operación estuvo terminada, temeroso, sin duda, de haber molestado con sus bromas al pobre reportero, acercóse a él y le hizo prometer que le mandaría una *éppreuve*.

Entre nosotros, es el director del *Journal de Genéve*, con su noble seriedad de pastor protestante y su elocuencia precisa, quien más parece interesarle. A él se dirige en particular, preguntándole si nos ha sido agradable nuestro paseo por los campos de batalla.

Yo aprovecho un instante de silencio para decirle que, según he leído en los periódicos americanos, los españoles de Montevideo y Buenos Aires hacen una suscripción para ofrecerle una espada.

—Habrán notado en mis fotografías que no la llevo—exclama.

Algo como una sombra de sonrisa, un cuarto de sonrisa, asoma bajo su bigote blanco.

En seguida, volviéndose de nuevo hacia el periodista suizo, le asegura que tiene el mayor empeño en que lo veamos todo, en que nos enteremos de todo.

— Nosotros — agrega — no tememos la plena luz... Lo que hacemos se puede publicar... Debe publicarse... El país entero ha tomado las armas con un entusiasmo admirable, y si encontramos algunas dificultades, son las que nos causa el número infinito de hombres viejos o débiles que nos piden que los tomemos como soldados, y a quienes tenemos que decirles que no es posible... Digan ustedes lo que han visto, y ese será el mayor servicio que podrán hacernos... Las fuerzas morales son enormes... y ya Bonaparte aseguró que la batalla es cuestión de fuerzas morales... El mundo no conoce bien a Francia...

Al pronunciar estas últimas palabras, Joffre se vuelve hacia los que estamos a su derecha: Sims, un escandinavo y yo. Y como no puede ser por mis amigos, cuyos países rinden un homenaje constante al heroísmo francés, al entusiasmo francés, a la solidaridad francesa, me figuro que es por España, «su» España, por la que así habla. Y recordando las frases que le dirigió al general Echagüe, comprendo la melancolía que debe apoderarse de este hombre, que no representa un partido político, sino una raza y un ideal, al acordarse de que los hombres del país que más cerca se halla de su alma, sus «compatriotas» puede decirse, no están de acuerdo para sostener, no con las armas sino con las simpatías, la causa que sus tropas defienden. Viendo su rostro severo, yo querría hablarle francamente, lealmente. Querría decirle: «La gran España liberal, la España que

piensa, la de Pérez Galdós, la de Blasco Ibáñez, la de Romanones, la de Melquiades Alvarez, la que no es ni *snob* ni carlista, la que encarna el alma verdadera de hoy y mañana, no puede dejar de ver en la Francia eterna, sobre todo cuando lucha con el cesarismo, a la hermana de su corazón.» Pero ni tengo derecho ni tengo tiempo de hacer declaraciones solemnes.

Dirigiéndose de nuevo al director del *Journal de Genéve*, el jefe ilustre continúa hablando con entusiasmo de los soldados, de los oficiales, de los simples ciudadanos.

—Esos son los que ganan las batallas—dice—, y no yo... El papel del general en jefe casi termina cuando ha establecido su línea de ataque y ha dispuesto en orden las fuerzas que deben pelear... Ahora se trata de ver cuáles son las tropas que demuestran más resistencia, más tenacidad, más fe en el triunfo...

Y después de hacer de nuevo su gesto familiar con la mano derecha, exclama:

—El triunfo es nuestro, no hay duda...

Uno de mis compañeros, refiriéndose a la batalla del Marne, cuyo teatro acabamos de visitar, dice:

—Usted sabe, mi general, que ha ganado la más gran acción de guerra de todos los tiempos.

—Lo que sé—contesta—es que pronto habré ganado un reposo difinitivo en una casita de los Pirineos...

Esta frase, en que los periódicos de París no

han descubierto sino un signo de sencillez y de modestia, tiene para mí una significación más trascendental. Yo no veo, en efecto, su «casita» soñada como un retiro tibio y tranquilo, sino como un nido de águila en una roca. Una vez la paz establecida, ¿qué podría desear en París el victorioso?... Los honores no son de su reino. Sin espada, cual me lo ha hecho notar él mismo; sin entorchados, sin cruces, sin nada que indique vanidad, adivínase que toda su energía se concentra en su vida interior, y que sus únicas necesidades materiales son la actividad, el movimiento y el esfuerzo muscular. Hace cuatro siglos, habría vuelto, al final de las batallas, a un castillo hosco, para rivalizar en gallardía con sus compañeros de penas y de glorias. Ahora, que tras la pelea ha de venir una era de tranquilo ímpetu laborioso, su único ideal es regresar a las campiñas nativas para guardar, cual un tesoro, en el fondo de su corazón, los recuerdos de las horas sublimes. Y tal vez entonces, no pudiendo imitar a los Ernaton Bourg d'Espagne y a los Montang de Saint-Basile, se entretendrá, entre dos cabalgatas por los montes, en redactar, como su otro paisano, el gran Montluc, los «Comentarios» de su propia existencia.

EL MARISCAL FOCH



N nuestra terrible desgracia—ha dicho Erzberger — es un consuelo tener que tratar con un hombre como el marical Foch.» Para sentir todo el valor de estas palabras, hay que recordar el tono insolente y despiadado con que el príncipe de Bismarck trató, en 1877, al pobre Julio Faure. «Cuando le hablé de los niños muertos de hambre durante el sitio—asegura el plenipotenciario parisiense—me contestó con una carcajada.» El generalísimo aliado, en cambio, muéstrase, en las entrevistas de Tréveris, profundamente respetuoso de los vencidos. Los que conocen el alma de los jefes franceses, saben que no hay entre ellos uno solo que hubiera sido capaz de imitar los modales humillantes del canciller de hierro. Pero, al mismo tiempo, se puede convenir en

que ningún otro le ganaría en suavidad, en elegancia, en cortesía, al vencedor de Ludendorff. En el curso de muchos meses pasados en las trincheras, yo tuve, como tantos otros periodistas, ocasión de ver de cerca a los generales de la Entente. Las impresiones que me produjeron los más ilustres de entre ellos me han quedado muy grabadas en la memoria. Veo aún la fina silueta de Sarrail, siempre risueño; la poderosa imagen de Joffre, impasible e insondable; la estampa menuda, gris y misteriosa de Castelnau; la franca faz de Gouraud; el rostro tuerto de Maunoury; la esbeltez juvenil y la expresión mefistofélica de Gallieni. Mas entre todas las siluetas heroicas, la única que, además de respeto y admiración, me ha dejado un recuerdo de familiaridad campechana, es la de Foch. Yo le vi cuando no era sino el vencedor del Iser. Luego, aunque no volví a verle en la época de su esplendor, sé por todo lo que de él dicen sus amigos que ni el mariscalato ni el mando supremo han hecho cambiar su carácter jovial y afectuoso, su profunda bondad, su odio de las matanzas inútiles, su sentimiento de la Justicia.

Poco ha un corresponsal americano preguntaba al generalísimo si no hubiera sido preferible continuar la guerra hasta imponer al enemigo la paz en su propia capital.

—Sin duda—contestóle—, como general, yo hubiese preferido continuar la lucha en momentos en que la batalla se presentaba llena de promesas halagadoras; pero, además de general, soy el pa-

dre de mis soldados, y no puedo dejar de pensar en la sangre que habría sido necesario derramar aún. Una victoria, por fácil que sea, cuesta muchas vidas. Por una satisfacción de puro amor propio, no; yo no podría, sobre todo sabiendo que los alemanes estaban dispuestos a aceptar nuestras condiciones.

¿Hay en el mundo muchos jefes militares capaces de pensar así, de sentir así?

Lo ignoro. Pero lo que sí sabemos todos es que en el famoso almuerzo de Doulleus, al cual asistían Clemenceau, Poincaré, Lloyd George y varios generales, el presidente del Consejo de Francia, después de hablar del armisticio qúe el enemigo pedía, dirigióse al generalísimo inglés y le preguntó:

—¿Quiere usted la paz hoy mismo, o el aplastamiento de los alemanes dentro de unos meses?

—Prefiero lo segundo—contestó Haig.

—Eso es la continuación de los esfuerzos, de los sacrificios, de las hecatombes—murmuró el tigre.

—Es la guerra—terminó secamente el mariscal de la Gran Bretaña.

Afortunadamente, Lloyd George, con su autoridad, intervino, opinando en favor del armisticio. Y pocos días después, en recuerdo de las palabras que supo pronunciar entonces, el jefe del Gabinete inglés recibió un retrato con esta dedicatoria: «A Mr. Lloyd George, au premier ministre qui chassa les nuages d'un ciel fort nuageux, cordialement.—*F. Foch*.»

Su carácter, pues; su horror de las matanzas inútiles; su entusiasmo sincero por la paz durable, basada en un estatuto de justicia internacional, designaban para sentarse en la Conferencia de Versalles, al lado de los más pacifistas diplomáticos, al gran Foch.

«Entre M. Bourgeois y yo—aseguran que dijo un día—no hay más que una diferencia: y es que mientras él perora contra la guerra, yo hago la guerra contra la guerra...

Nadie, en efecto, es, desde este punto de vista, más francés que él; quiero decir más adversario de las empresas militares, más enemigo del militarismo amenazador, más respetuoso de la vida de sus semejantes. Uno de sus biógrafos escribe con razón: «Su gran virtud consiste en no dejar de ser un hombre, un ser preocupado de problemas morales y sentimentales, ni aun en medio de las más terribles tormentas.» Sus panegiristas militares, en cambio, a fuerza de elogiar su ciencia, querrían hacer de él una especie de superestratega incapaz de conmoverse o de equivocarse. «En su curso profesado en la Escuela de Guerra de París—dicen—estaban ya todas las novedades que los alemanes nos han revelado.» Y puede que sea exacto. Pero la verdad es que en Agosto de 1914, al tomar el mando de su ejército, reunió a los oficiales que antes habían sido sus discípulos, y les dijo con estremecimientos en la voz:

—Señores: ha llegado el momento de olvidar todo lo que os enseñé en la Academia... Ahora las

lecciones nos las va a dar la realidad, que es una maestra implacable...

Ya en su libro famoso titulado *La conduite de la guerre* había comenzado por declarar que para ser una ciencia exacta de la estrategia tendría que estar basada en la adivinación. Hay que adivinar, en efecto, lo que han de hacer las tropas del adversario para preparar contra ellas el ataque o la defensa. Así, de 1872 a 1914, los franceses emplearon en vano sus energías, por no querer comprender que la embestida alemana vendría por el Norte más bien que por el Este. «No podíamos aceptar la idea de que un gran Imperio tomara la responsabilidad moral de violar el territorio de un país neutral al lanzarse contra sus enemigos», escriben, para defender su imprevisión, los ex ministros de la República. Los hombres de la escuela fochiana les contestan: «Un Estado Mayor no tiene derecho a razonar así.» Pero esto mismo demuestra la profunda verdad de la teoría del general Foch, y hace ver que, por bien preparado que un Ejército se halle, todos sus planes son vanos si no aciertan a concordar con los del enemigo. «Los ataques y las defensas—escribe Morland—se preparan de un modo hipotético y lógico, suponiendo, por medio de un trabajo del espíritu, las maniobras futuras del adversario. Si se atina en lo que se supone, el proyecto es eficaz; pero si, por razones difíciles de conocerse, sucede lo contrario, el desastre es casi seguro, aun en el caso de disponer de fuerzas considerables.» Para

ver lo que hay de profético en las obras del general Foch, basta con recordar que, en momentos en que los demás jefes franceses consideraban las fortalezas de Toul, Brifort y Verdún como una coraza inexpugnable, él fué el único que se atrevió a decir que «la invención de la melinita había destruído las defensas fijas».

Pero no por haber sido profeta el generalísimo siente un orgullo militar comparable al que tanto nos choca en los grandes estrategas alemanes, que se dan aires de infalibilidad.

—¿Cómo hace usted para ganar batallas?—preguntóle un obispo últimamente.

—No sé—contestóle—. Atacando...

Su telegrama del 9 de Septiembre de 1914 es una obra maestra en dos líneas:

«Mi centro cede; mi derecha retrocede. Situación excelente. Ataco.»

Todas sus frases son así: geniales y espontáneas. Hace poco, al verle pasar por frente a la Escuela Militar, los parisienses le reconocieron y le acompañaron hasta su casa, vitoreándole. Era ya entrada la noche, y el generalísimo venía muy cansado. Sus admiradores, sin embargo, no se alejaban de la Avenida de Sajonia y pedían a gritos que el gran jefe se asomara a su ventana. Al fin la ventana abrióse, y Foch, en camisa, les dijo:

—Puesto que me tenéis cariño, dejadme dormir... Me estoy muriendo de sueño...

Aun en los momentos más graves, aun evocan-

do sus horas más patéticas, la sonrisa irónica juguetea siempre bajo su bigote entrecano. Me acuerdo de nuestra primera visita a su Cuartel general, allá a mediados de 1915. Era una mañana espléndida. El sol penetraba a raudales en la estancia. Sobre una mesa veíase un mapa y un ramo de rosas. El general iba y venía, nervioso. De pronto, deteniéndose ante un reloj de bronce que adornaba la chimenea, exclamó:

—Este ha sido mi único confidente durante las horas trágicas e inciertas de la batalla... Yo mandaba mis órdenes y me quedaba solo, y entonces la palpitación de este péndulo me daba consejos de tranquilidad rítmica y me ayudaba a esperar... ¡Eran siglos los que marcaban estas agujas!... Yo solía maldecirlas, hallándolas lentas... Pero otras veces hubiera querido detenerlas con la mano para poder esperar... Valía mucho una hora en aquellos días...

Volvió a pasearse... Luego, riendo, exclamó:

—No es mío ese reloj... Pero no importa... Imitando a los soldados alemanes, que no pueden ver una *pendule* sin meterla en sus sacos, yo pienso llevármelo cuando me marche...

—¿Cree usted, mi general, que los alemanes se consideran completamente derrotados en el Iser? —preguntéle.

Hubo en sus ojos vivos, brillantes, expresivos, algo de asombro y algo de ironía, ante aquella tentativa ingenua de *interview*. Sus labios, que hasta entonces nos habían hablado con abun-

dancia de vaguedades estratégicas, enmudecieron de pronto. Y cuando volvió a dirigirnos la palabra, fué para continuar el discurso interrumpido, pero sin hacer la más ligera alusión a su victoria.

—Los alemanes—nos dijo entre risueño y exaltado—, los alemanes tienen un apetito insaciable... ¿Creen ustedes que si lograran quedarse en Bélgica se contentarían con eso?... No, señor... ¡Qué iban a contentarse!... Europa entera no les bastaría... Quieren el Mundo... ¡Ah! Y hay que convenir en que se habían preparado para devorarlo... No es posible imaginar la fuerza que lograron reunir en cuarenta años de preparación metódica... Son terriblemente voraces... Pero son también unos extraordinarios organizadores... Es preciso reconocerle a cada uno lo suyo... Al enemigo lo mismo que a los demás... ¿No es verdad?... Ustedes son neutrales... Bueno... Pero para los alemanes no hay neutralidad que valga... También Bélgica era neutral...

Luego nos habló de los cañones, de los grandes cañones que hoy se necesitan en tan gran cantidad como los fusiles en otro tiempo... Luego nos aseguró que la victoria era una cuestión de tiempo, nada más que de tiempo y de cañones... Luego nos hizo algunas preguntas sobre nuestras impresiones del frente...

De él, de su victoria magnífica, de su epopeya, ni una sola palabra.

Hay que recurrir a French, en efecto, y a sus

rapports oficiales, para darse cuenta de la obra épica del vencedor del Iser.

¿Habéis oído contar la trágica anécdota del 1.º de Noviembre de 1914? Las masas alemanas habían logrado, en una serie de ataques gigantescos, ocupar los puntos estratégicos más fuertes de la llanura flamenca. La batalla parecía perdida para los aliados y el gobernador de Calais preparábase a resistir a un sitio. El mariscal French dió orden a sus cuerpos de ejército de retirarse hacia el Sur para buscar una nueva línea de defensa. Entonces, cuando el movimiento iba a comenzar, Foch presentóse en el Cuartel general del jefe británico, y le dijo:

—Si usted retrocede, las fuerzas que me quedan para resistir se hallarán en una proporción de inferioridad numérica tan grande, que cada uno de mis soldados tendrá que luchar contra diez alemanes. Pero no importa. Aquí estamos, y antes de dar un paso atrás, aquí sucumbiremos todos.

El mariscal inglés se contentó con dar un abrazo al general francés, y en seguida ordenó que no se llevara a cabo la retirada. Al día siguiente lo que se temía que fuese una derrota comenzó a ser una victoria.

¿Quién ha contado esta anécdota? El general inglés mismo.

Y el telegrama famoso del 6 de Septiembre, ¿quién lo ha hecho conocer? Los ingleses también. Helo aquí como uno de los más heroicos modelos de la elocuencia militar:

«Al general Joffre: Desbordado a la derecha; desbordado a la izquierda; imposible moverme; en suma, situación excelente para ir hacia el frente; ataco.—*Foch*.»

Y todo Foch está en esas líneas; todo el Foch sonriente, temerario, algo irónico, y tan francés, que parece una reencarnación del gentil caballero Bayardo.

Un Bayard qui serait un Moltke, ha dicho de él alguien, sin duda para indicar que, a pesar de su carácter caballeresco, a pesar de su ardoroso temperamento, a pesar de su ímpetu de jinete intrépido, tiene una noción tan personal y científica de la estrategia moderna, que hasta sus mismos enemigos la admiran. Sus dos obras famosas, *Les principes de la guerre* y *Le conduite de la guerre*, son tratados en los cuales se encuentra, ya anunciada y analizada en 1900, la campaña europea de 1915. Pero no hay que confundir tales libros con los que sobre el mismo tema han escrito von der Golz y von Bernhardi. Mientras los dos generales alemanes se contentan, voluntariamente, con la estrategia, el francés se eleva hasta la filosofía. Él mismo lo dice con una magnífica inmodestia. «Mis páginas—escribe—son hogueras encendidas en las cimas para guiar al navegante en la tempestad.» En esta labor lo primero que se necesita es saber todo lo que han hecho antes los grandes pilotos, y luego tener un espíritu bastante libre para no inclinarse ante ningún prejuicio.

Pero más que un teórico, más que un filósofo,

más que un «sabio guerrero», como alguien lo llama, Foch es un hombre de acción a la manera de otro tiempo. Nadie mejor que él conoce el secreto de comunicar el soplo épico de su alma a las masas que se hallan bajo sus órdenes. Habiendo comenzado su carrera en 1870, como voluntario, ha conservado siempre, en los momentos graves, la *fière allure* del que pelea, no por deber profesional, sino por entusiasmo instintivo, casi puede decirse por amor voluptuoso del peligro. Sus ayudantes cuentan rasgos suyos extraordinarios de arrojo caballeresco, y los ingleses le llaman *el invulnerable*. Un día, según parece, Joffre, que le quiere como a un hermano, le hizo, en medio de su Estado Mayor, algunas observaciones severas a propósito de sus actos arriesgados.

—Si yo muero — contestóle —, cualquiera de estos oficiales puede reemplazarme ventajosamente.

Esto no es una frase vana, sino la expresión del convencimiento que Foch tiene de haber creado con su ejemplo y con su enseñanza un núcleo de jefes capaces de las mayores empresas. Muy francés, muy latino, muy meridional y hasta algo español como el generalísimo, une al ardor activo una fe religiosa en el triunfo final de su raza. «Un país que se llama la Francia —dice a menudo— no puede desaparecer.» Y agrega: «Ser vencidos equivaldría a dejar de existir.» Por eso, desde el principio de la guerra, su optimismo ha sido siempre el mismo: un optimismo sonriente, sereno, in-

variable. Por eso, durante la retirada de Charleroi, cuando muchos de sus compañeros murmuraban palabras de desaliento, él, siempre alegre, siempre seguro de sí mismo, hablaba en alta voz, con su acento pirenaico, de una victoria que entonces parecía imposible y que fué luego una realidad. Yo le visité en 1916.

En aquel momento nadie tenía la idea de que aquel hombre, convertido en generalísimo de las fuerzas aliadas, había de ser el que impusiera la paz a Alemania. Era uno de los grandes colaboradores de Joffre; era uno de los que habían contenido el alud enemigo; nada más. Dos años después, ya no era ni eso. Recordadlo para tener una idea de las vueltas inexplicables que da la rueda de la Fortuna. Petain reemplazaba a Joffre, y Foch había sido despojado de su mando para ir a ocupar, en las oficinas del Ministerio, un puesto eminente sin duda, pero obscuro y poco eficaz. Si entonces alguien hubiera dicho: «Este será el que, al frente de sus tropas, vencerá en el campo de batalla», todo el mundo se habría echado a reír. Como Castelnau, como Dubail, como otros héroes del Marne, Foch parecía «fatigado»... Por fortuna, Clemenceau, que tampoco era el personaje en quien los franceses veían al organizador de la futura victoria, supo, a fuerza de energía, arrebatar el Poder a los Painlevé y a los Viviani. Y con Clemenceau, Foch, por arte mágico, recobró su aspecto juvenil, su sonrisa, su mirar malicioso, su actividad febril y su optimismo.

—Ahora—dijo el ministro—vamos a hacer la guerra de veras...

—Entonces—contestóle el militar—lo que vamos a hacer es el triunfo.

Y los dos viejos amigos se abrazaron, recordando otra entrevista muy antigua, de la época en que todo estaba supeditado a las opiniones religiosas en Francia.

Clemenceau, que gobernaba por primera vez, llamó a Foch y le nombró miembro del Consejo Superior.

—Vuestra excelencia ignora—observóle el general—que tengo un hermano jesuíta.

El tigre se echó a reír, diciendo:

—¿Y a mí qué me cuenta usted?... Yo también tengo un hermano abogado... Que su familia sea lo que sea, poco importa... Usted es un militar' un soldado; eso me basta...

El tiempo ha demostrado que el tigre no se equivocaba.

EL DEFENSOR DE PARÍS



N general en el Ministerio de la Guerra!...

¡Y qué general!

Más enérgico que él, más partidario que él de la acción y de la ofensiva, más decidido que él a ir de prisa, no lo hay en Europa. Sus mismos amigos declaran que, cuando se trata de la guerra, parece un teniente recién salido de la Escuela y sediento de correr hacia los campos de batalla. En cuanto a sus enemigos... ¿qué no dicen sus enemigos de su ambición, de su carácter autoritario, de su orgullo desmedido?...

Cuando estalló la guerra, no obstante, su única ambición consistía en terminar su vida en la granja que posee en las inmediaciones de San Rafael. Nacido en 1849 (en la frontera de España, lo mismo que Joffre), abandonó sus funciones de miem-

bro del Consejo Superior de Guerra al cumplir los sesenta y cinco años, y se consagró a plantar viñas en sus tierras. Los que iban a verlo, hace poco más de un año, lo encontraban siempre activo, siempre esbelto, siempre lleno de vida, y le preguntaban por qué, dada su inmensa popularidad, no se dejaba tentar por el Senado y por la política. Entonces el viejo militar fruncía el ceño y murmuraba:

—A mi edad, todo eso no sirve para nada... Yo no estoy bueno ya sino para curarme mis fiebres palúdicas... La política no es del dominio de los militares... Hablemos de otra cosa...

Y en cuanto se tocaban los problemas agrícolas, el hombre viejo desaparecía, y un joven ardiente, entusiasta, comenzaba a explicar los métodos nuevos de cultura y las grandes luchas de la ciencia contra la tierra.

Fuera de la Agricultura, lo único que parecía interesarle era la Literatura, el Arte, la Música.

—Si yo no hubiera sido soldado—le dijo un día a D'Annunzio—, habría sido escritor.

Al principio de su vida, durante los años que pasó en la Escuela de Saint-Cyr, aprovechaba las vacaciones para vivir en el Barrio Latino entre jóvenes melenudos y soñadores. Aún existe, en la rue Saint-Jacques, el obscuro restaurante de estudiantes en el cual el *jeune Gallieni* comía mal y discutía bien. Alfonso Daudet solía ir allí, ya coronado de juveniles laureles. Pero su mentor, su compañero, era Jean Richepin, con quien había

estado en su niñez en la Escuela de la Flèche y a quien siempre le ha conservado un cariño estudiantil.

—Cuando le veo—dice—, me siento rejuvenecer de cincuenta años.

Allá hacia 1869, los dos amigos, estudiando el uno en la Escuela Normal y el otro en Saint-Cyr, hacían proyectos maravillosos. La guerra del 70 desbarató aquellos castillos en el aire. Nombrado subteniente a los veintiún años, Gallieni tomó parte en la campaña. Y si me preguntáis lo que hizo, os preguntaré yo a mi vez:

—¿Os acordáis de aquel cromo célebre que todos hemos admirado en nuestra infancia y que se titula *Los últimos cartuchos?*... Parapetados en una casa de campo, un grupo de héroes de pantalón encarnado resisten a fuerzas enormes del enemigo. En una ventana, un zuavo apunta... Detrás de él distínguense los perfiles de unos pocos soldados... En el fondo, un oficial...

Ya os oigo exclamar:

—Sí... Sí... Sí recordamos aquel cuadro.

Pues bien, el oficial del fondo es Gallieni.

—Con esta aureola legendaria en la aurora de su carrera—dice uno de sus biógrafos—, habría podido en la Metrópoli hacer una carrera extraordinaria.

No obstante, el joven héroe, comprendiendo desde luego que el campo de la acción francesa tendría durante muchos años que reducirse a las conquistas lejanas, pidió que se le incorporase en

las tropas de Africa, y comenzó su admirable, su incomparable carrera colonial. Todos sus galones, todos sus entorchados, todas sus cruces, en las colonias los ha ganado. En el Senegal fué nombrado capitán, en 1878. En Madagascar, en 1900, recibió las estrellas de general. Y entre una y otra fecha, es todo el imperio francés, es toda la epopeya francesa, es un mundo nuevo que surge, que se organiza, que se desarrolla. Mucho se ha hablado últimamente del método de Lyautey en Marruecos. En realidad, este método debiera llamarse *de Gallieni*, ya que, desde hace medio siglo, el actual gobernador de París lo implantó en sus primeras expediciones. Leed sus libros sobre el Tonkín, y encontraréis en ellos frases cual éstas: «Todo movimiento de tropas debe tener por objeto la ocupación pacífica y efectiva del terreno conquistado... La organización administrativa de un territorio debe estar en relación con la naturaleza de ese territorio y de sus habitantes... Toda organización de una colonia tiene que seguir la línea natural del carácter local.» ¿No están en estas líneas los grandes principios de la actual colonización marroquí? Y hay que notar que en Madagascar, la isla enorme que hoy es un emporio de trabajo y de paz, el conquistador francés no tuvo a su servicio ni los hombres ni los elementos de que disponen sus sucesores del Mogreb. «Para aplicar su programa en una tierra mayor que la de Francia—dice M. Miller—, Gallieni no disponía sino de 12.000 soldados, casi todos mili-

cianos negros.» Con estas tropas, no obstante, llevó a cabo una obra que debió haberlo hecho popular en su patria. Pero en aquella ocasión, como en la presente, un acto secundario tuvo más resonancia que su labor real. «Es el que desterró a la reina», dijo la gente; lo mismo que hoy dice: «Es el que ha prohibido los aperitivos.»

¡Extraño destino el de este hombre, que conquista territorios inmensos, que organiza colonias, que prepara batallas, que interviene en todos los actos históricos de su época, y del cual tal vez lo único que se recordará más tarde es el par de decretos casi cómicos prohibiendo alcoholes y transportando a Argel a una princesa *malgache*.

Los que le tratan íntimamente aseguran que nada le sorprende y que nada le desalienta. Con un sentido agudísimo de las realidades justas o injustas, siempre se da cuenta, antes de llevar a cabo algún acto, de la resonancia que ha de tener. En muy grandes ocasiones ha murmurado sin amargura:

—Esto no lo notará nadie...

En otras circunstancias poco gratas ha dicho riendo:

—Esto dará que hablar...

Hay que oír a Gabriel D'Annunzio, refiriendo intimidades de Gallieni, el «general intelectual», como le llama. Nadie, según parece, comprende mejor que él la vasta filosofía algo irónica, y algo trágica, y algo grotesca, y algo religiosa, de la existencia. Nadie sabe resignarse con tan noble

gracia en los momentos desgraciados. Nadie se envanece menos con sus éxitos. Nadie examina más fría y sutilmente los azares de la suerte. Nadie, en suma, está más cerca de no creer en nada, creyendo en todo. Últimamente, los que se figuran que Joffre debiera «ir más de prisa» formaron una especie de complot moral para pedir al país que se nombrara generalísimo a Gallieni. En los pasillos del Congreso, los amigos de Doumer peroraban asegurando que con Gallieni la guerra acabaría en un mes. Los periódicos, impacientes, publicaban artículos llenos de alusiones a la futura labor de Gallieni. En los cafés, los «inmovilizados» explicaban el plan de Gallieni. Y mientras tanto, sólo Gallieni no sabía nada. Cuando alguien le explicó lo que pasaba, echóse a reír y dijo:

—Joffre me debe sus galones de coronel, y también, en parte, sus estrellas de general... Dicen que me estima, que me venera, que me admira... Pues bien: si continúan ustedes hablando de que yo le reemplace, voy a pedirle que me tome en su Estado Mayor... Así, la gente que le quiere mal a él dirá que yo lo hago todo... y todo seguirá como hasta ahora...

¿Modestia?... No. No hay hombre menos modesto, lo que no significa que sea un hombre vanidoso. Es sencillamente un militar seguro de su ciencia, de su experiencia y de su energía. Es un soldado que piensa, que medita, que estudia y que, al mismo tiempo, está siempre dispuesto, como el

más joven teniente de su guardia, a exponer su vida.

Hace poco le decían:

—General, esos sacerdotes que mueren son sublimes.

—Sí—contestó—, sí... Pero verán ustedes... Un sacerdote no tiene hijos... Un sacerdote está seguro de que en el otro mundo recibirá una recompensa... En cambio, un buen territorial laico, que deja una familia y que no cree en el Cielo ni en el Infierno... Es como un viejo... Yo, por ejemplo... ¿qué pierdo si me voy?... Unos pocos años de reumatismos y de fiebres... Mientras un capitán de cuarenta años... un teniente recién casado...

Y después de un largo silencio, agregó:

—Para un viejo... para mí... la muerte en la guerra sería un premio... Yo habría muerto defendiendo París con un entusiasmo de cadete.

Hay quien asegura que Gallieni no les perdona a los alemanes que no hayan atacado a París. Esto es tanto más absurdo, cuanto que entre los grandes factores de la victoria del Marne hállanse las famosas brigadas parisienses enviadas en los automóviles de alquiler hacia los campos de Meaux el 4 de Septiembre. Pero no hay duda de que, inconscientemente, el gobernador actual de la metrópoli debe pensar de vez en cuando en el papel que la suerte le habría deparado si los hombres del Norte hubieran realmente puesto un nuevo sitio ante Lutecia. Su proclama publicada el día en que M. Poincaré tomó el tren para Burdeos,

es el modelo más perfecto de laconismo heroico. «He recibido — dice — orden de defender París. Esta orden la cumpliré hasta la muerte.» Nada más. ¿Pero qué más?... El hombre que así habla, cuando se llama Gallieni, cuando tiene un pasado de arrojo legendario, cuando es de un temple de alma que el mundo entero admira, sabe que sus palabras significan para la Historia una nueva Troya o una gigantesca Sagunto.

EL DEFENSOR DE VERDÚN



L general Sarrail acaba de ser nombrado comandante de las tropas francesas de Oriente. ¿Constituye este nombramiento un favor? Sus amigos creen lo contrario. «Después de haber defendido a Verdún—dicen—; después de haber derrotado al Kronprinz en el Argona; después de haber organizado la resistencia en una de las fronteras más peligrosas, su puesto estaba indicado en Francia misma, no en Salónica.» Y algunos hablan de rencores políticos, de luchas entre radicales y moderados, de intrigas reaccionarias. Porque, desgraciadamente, el admirable estratega no ha querido siempre vivir, como sus compañeros en general, alejado de la política, y más de una vez ha proclamado, con una energía que tiene que haber herido numero-

sas susceptibilidades, su entusiasmo por los principios de la extrema izquierda.

¿Por qué la unión sagrada que ha hecho olvidar las opiniones de Castelnau, de Foch, de otros muchos, se empeña en conservar el recuerdo de los años de luchas políticas de este republicano? Todos saben, empero, que desde el día en que fué necesario pensar en la patria, y no en los partidos, nadie ha demostrado un desdén más absoluto que él por la política.

—La política—le dijo a un amigo—ya no existe para mí, y creo que no existirá nunca más.

—Debiera usted explicar que en el momento en que usted estaba con André...

El general interrumpió al que así le aconsejaba, y le dijo:

—Ante todo, detesto las injusticias y las cobardías. Amigo de André fuí, amigo de su memoria soy. Ni de él ni de nadie que merezca respeto me oirán nunca mis compatriotas hablar mal. Mis enemigos mismos saben que soy incapaz de una bajeza. Ahora, por lo demás, yo no soy sino un militar, nada más que un militar.

Esto que todos los franceses no quieren reconocer, los alemanes lo saben y lo proclaman.

Interrogado por un periodista norteamericano sobre el valor militar de sus adversarios, el general von Bülow citó, entre los jefes más eminentes de Francia, a Sarrail, y dijo:

—Ese no es de los que hacen la guerra por el teléfono... Ese conoce a sus hombres, vive la vida

del soldado, estudia el terreno palmo a palmo, y cuando da un paso no ignora adónde va y con quiénes marcha.

Los que recuerdan las teorías profesadas hace treinta años por el capitán Sarrail, saben, en efecto, que una de las ideas más constantes del jefe actual de las fuerzas francesas de Oriente es la de la comunicación del general y sus tropas en campaña. Los hilos telefónicos—según él—no deben servir sino para transmitir las órdenes que se preparan en el terreno mismo del combate. Y si es cierto que con los actuales «frentes» de treinta o cuarenta kilómetros que cada ejército ocupa, resulta imposible a un general ver, día por día y hora por hora, los movimientos de sus fuerzas, en cambio puede muy bien, gracias a sus ayudantes, estar siempre en contacto directo y vivo con las avanzadas.

—¿No es, acaso, más directo y más rápido el teléfono?—preguntóle cierto día un partidario de las doctrinas contrarias.

—Tal vez—contestóle Sarrail—; pero no es tan vivo, tan viviente... No hay que contentarse con lo que nos dicen los que mandan los batallones o las baterías en el ardor de la pelea. Hay que hacer observar las primeras líneas por oficiales acostumbrados a estudiar el plan de batalla a nuestro lado, y, sobre todo, hay que tratar de estar personalmente en todas partes durante los instantes que el estudio y la preparación de los planes nos dejan libres.

Cuando yo tuve el honor de ser recibido por el defensor de Verdún, a fines del año pasado, sus tropas luchaban aún por impedir que los alemanes se acercasen hasta ciertos lugares en los cuales les habría sido posible bombardear los grandes fuertes del Este. La Agencia Wolff, no obstante, pretendía entonces todas las semanas que las baterías prusianas habían ya destruído las defensas de la gran ciudadela y que en breve la comarca entera sería ocupada.

—Hay jefes, sobre todo en Alemania—nos dijo el general—, que no se enteran de que han perdido una posición sino cuando sus subordinados se lo quieren decir... Yo no soy de esos... Mi manía de verlo todo me hace ser un curioso insoportable, y creo que no pasa un día sin que yo visite las avanzadas. Así, pues, puedo asegurarle que, hasta ayer tarde, ninguna granada enemiga había caído en nuestras fortificaciones, y que ningún alemán se encontraba en nuestra plaza.

En seguida, riendo, concluyó:

—Pero vamos juntos, si usted quiere, a ver si encontramos algún enemigo en las fortalezas...

Durante tres horas, siempre amable, siempre bondadoso, me acompañó por las líneas de su «frente», haciéndome ver las fortificaciones y las trincheras del Norte. Su charla fina, suave, ingeniosa, animaba aquellos lugares en los cuales tantas veces se han encontrado frente a frente los guerreros de las Galias y de la Germania. Con una elegancia caballeresca elogiaba el heroísmo,

la tenacidad, el espíritu de método de sus adversarios. «Esa gente nace con el casco en la cabeza», decía riendo. Yo contemplaba su noble rostro aguileño, su barba florida, sus labios francos; y creyéndole feliz en medio de sus triunfos recientes, trataba de mostrarme regocijado y parlero. De pronto, aprovechando un instante en que el general penetró en un reducto para dar algunas órdenes, el capitán que nos acompañaba díjome al oído:

—Este hombre acaba de sufrir una de las mayores penas de su vida.. Su mujer, de quien no tenía noticias desde el principio de la guerra, murió la semana pasada, y ayer, al abrir un número de *Le Matin*, uno de sus ayudantes leyó la noticia en alta voz. Un instante los ojos se le llenaron de lágrimas. En seguida, sobreponiéndose a su dolor, exclamó: «No hay que pensar en nuestras penas mientras la patria está en peligro.» Y desde entonces no ha vuelto a dar el menor signo de dolor, a pesar de que idolatraba a su esposa.

Cuando Sarrail volvió a colocarse a mi lado en el automóvil, sus labios sonreían aún. Pero en sus pupilas azules, muy claras, muy tiernas, había algo que me conmovió profundamente. Aquel rostro, en apariencia feliz, era el teatro de una lucha más terrible que la del campo de batalla. De vez en cuando una crispación denotaba el dolor. En el acto, como para castigarse a sí mismo, el hombre sonreía.

—Ya ve usted que no estamos sitiados—mur-

muró cuando emprendimos el regreso hacia la ciudad—. Ni aun en los días aciagos de la retirada de Charleroi, cuando todas nuestras fuerzas parecían ceder ante el empuje formidable del enemigo, esta plaza estuvo amenazada. Con las fuerzas aquí reunidas, aunque inferiores en número a las del Kronprinz, fué posible defender el Mosa para permitir que los ejércitos de Foch en el centro, y los de Maunoury en el ala izquierda, ganaran la batalla del Marne... Aquí estuvo, por decirlo así, el eje en el cual se apoyaron las demás tropas para la formidable maniobra de Septiembre.

Con una impersonalidad absoluta, hablaba de su gran empresa guerrera como de un acto realizado por otro jefe, Y, sin embargo, entre todas las operaciones que determinaron el triunfo magnífico que salvó a París y que salvó a la Francia entera, puede que la más original, la más individual, la menos prevista, haya sido la de Sarrail. Cuando se dieron cuenta los estrategas del poder increíble y del alcance fantástico de los monstruosos cañones de 420, lo primero que declararon es que resultaba inútil sacrificar regimientos enteros para defender, sin esperanza de éxito, las plazas fortificadas. «Un solo cañón de esos —aseguró en Agosto un crítico militar—puede destruir todas las fortalezas de Verdún y de Toul.» Sarrail, sin embargo, logró no sólo defender la plaza, sino ensanchar la línea de movimientos estratégicos que la rodea, y esto hasta el punto de que ahora

los alemanes ya han renunciado a dirigir sus ataques por ese lado.

¿Logrará en Oriente éxitos iguales a los que ha obtenido en Francia? Sus amigos, que son tan apasionados como sus enemigos, dicen:

—Lo que nadie ha hecho, él lo hará.

EL VENCEDOR DEL OURC



L día en que el general Maunoury cayó herido en una trinchera del Norte, los oficiales que le rodeaban no pudieron ocultar su inquietud y su angustia. Aquel hombre de cerca de se tenta años, con la frente atravesada por una bala, parecía condenado a una muerte inmediata. Él mismo no tuvo, de seguro, en los primeros momentos, la menor esperanza de salvarse. Y, sin embargo, él fué quien supo tranquilizar a los demás con su imperturbable serenidad. Sucumbir así, en pleno campo de batalla, cuando después de un peligro terrible, conjurado gracias a sus esfuerzos, la estrella de la victoria comenzaba a brillar en el horizonte, era realizar el ensueño de toda su existencia. Porque este soldado no ha sido nunca sino un soldado en la más bella, en la más

generosa acepción de la palabra. Así, algún tiempo después, al oír que los médicos respondían de su vida, lo único que preguntó fué si le sería posible, una vez curado, volver a servir a su patria. La respuesta de los facultativos fué, naturalmente, afirmativa. Aun tuerto; en efecto, un jefe de tal temple es siempre necesario en momentos como los que ahora atraviesa Francia.

Pero en Maunoury el heroísmo y la energía no son virtudes únicas. Con su inteligencia extraordinaria y con su amor al trabajo, en cualquier ramo de la actividad humana a que hubiera querido consagrarse habría llegado a los más altos destinos. Sus amigos le aconsejaban hace cuatro años, cuando el inexorable «límite de edad» le obligó a pedir su retiro, que se dejase elegir diputado. «En el Congreso—asegurábanle con razón—los ciudadanos que desdeñan las luchas de partido y que saben no pensar sino en el país, son más necesarios que los políticos profesionales.» Él se contentaba con sonreír, negándose a solicitar sufragios. Los aires que entonces se respiraban en el Parlamento no eran los que más convenían a sus pulmones. ¿De qué iba él a hablar, puesto que su único ideal estaba concentrado en una palabra que no podía pronunciarse? En su magnífica orden del día que coronó la batalla del Marne, la posteridad leerá siempre con respeto las palabras siguientes: «Je vous dois ce vers quoi etaient tendus depuis quarante quatre ans tous mes efforts et toutes mes energies: la revanche.»

«¡La revancha!...» Por haber invocado su nombre en una proclama dirigida a las tropas de Lorena, el general Bailloud fué *blammé* por el Gobierno; y por evocar periódicamente su fantasma ante la estatua de Strasburgo, Paul Deroulède fué considerado, durante cerca de medio siglo, en las esferas oficiales, como un peligro nacional.

Nada más lógico, después de todo, puesto que el deber de los Ministerios y de los Parlamentos, en épocas normales, es conservar la paz.

Pero para un soldado de 1870, la normalidad no podía ser compatible con la humillación del Tratado de Francfort.

—Yo estaba en Metz cuando Bismarck nos declaró la guerra—suele decir Maunoury.

Y esta simple frase, en sus labios, es más elocuente que todos los discursos de la Liga de Patriotas.

En Metz, en efecto, terminaba sus estudios militares el futuro vencedor del Ourc, hace cuarenta y cinco años, y al oír el primer cañonazo, alistóse como teniente en un regimiento de Artillería. Lo que hizo durante la campaña lo demuestran la cruz de la Legión de Honor que desde entonces lleva al pecho y la cicatriz que aún conserva. Su hoja de servicios es una de las más brillantes. «Afectado al décimocuarto cuerpo de ejército—dice—, luchó, a las órdenes del general Ducrot, en las batallas alrededor de París, como teniente, y se distinguió en Champigny, donde, único superviviente de su batería, fué encargado

de mandarla hasta el fin del sitio. El 18 de Marzo, cuando las tropas regulares se retiran ante la insurrección triunfante, las órdenes de partida no le son comunicadas, y tiene que permanecer en su puesto, aislado, durante diez días. Luego, demostrando cualidades admirables de iniciativa, viste a sus hombres de paisanos, les ordena que salgan separados por diferentes puertas de la capital, y que al día siguiente se reunan en Versalles, en un punto determinado. Así logró presentar a sus jefes una batería completa, reconstituída con el mayor cuidado.» Para lo que sirvió su heroísmo y el de sus compañeros en aquella tormenta desastrosa, nadie lo ignora. La capitulación... la mutilación.... la humillación...

Pero su alma grande no se dejó abatir estérilmente, y apenas la paz concluída, su único ideal consistió en contribuir a preparar la guerra reparadora y vengadora. Ni un solo día este patriota exaltado perdió de vista que un país digno no puede vivir eternamente bajo el peso de una derrota. Con un optimismo sereno, puso su inteligencia y su energía al servicio de los que tienen el deber de pensar en el futuro triunfo. Especializándose en el estudio de los problemas de su Arma, y seguro de que si los alemanes habían obtenido un éxito fácil lo debían a la superioridad de sus cañones, contribuyó en la medida de su influencia a fortalecer el partido de los que, desde el año 1980, gritaban, sin lograr hacerse oír: «Cañones, municiones, grandes cañones.» La tenden-

cia general entonces era favorable a las piezas ligeras. Con razones en apariencia suficientes, los jefes del Estado Mayor demostraban que la más apreciable cualidad de una batería, dadas las nuevas condiciones de la guerra, tendría que ser la movilidad. El «75», a pesar de que en un principio no disponía de granadas explosivas, parecía realizar el tipo del arma impecable. Sólo Maunoury, como profesor de Artillería en la Escuela de Saint-Cyr, y otros pocos oficiales en sus diferentes esferas, seguían defendiendo el principio de los cañones poderosos, principio hoy aceptado por todos. Su opinión no fué, por desgracia, bastante decisiva en este sentido. Pero no por eso su obra de preparador de la victoria es menos importante.

Basta recordar, en efecto, las etapas de su carrera, para percibir su huella en la formación del ejército francés, que hoy admira el mundo entero. Como catedrático de Saint-Cyr primero, y después como director de la Escuela de Guerra, cansagróse a formar las generaciones de oficiales que luchan contra Alemania. Esto puede llamarse la faz teórica de su apostolado. La otra, la práctica, la que ha influído, no en las líneas generales de la táctica, sino en las realizaciones, la encontramos en su mando activo de varios cuerpos de ejército. En Nancy, sobre todo, en las marcas del territorio enemigo, con la vista siempre puesta en las líneas azules de los Vosgos, llevó a cabo una tarea de «entrenamiento» que los ale-

manes mismos observaron con respetuosa inquietud.

Mas dijérase que la comarca de sus primeras hazañas guerreras estaba señalada en su horóscopo para serle siempre propicia. Nombrado gobernador de París en 1910, no tardó en notar lo que había de defectuoso en la disciplina de las tropas del campo atrincherado de la capital, y en el acto dedicóse, sin miramientos de ninguna especie, a la tarea de vivificar en ellas el espíritu militar. «Avec une fermeté qui fit alors sensation—dice uno de sus comentadores—il eut tot fait de reagir. Et quand il sentit que de simples conseils pourraient ne pas suffire, il n'hésita pas à l'imposer, en donnant tous ses soins à faire respecter ce qui en est, à tout prendre, la manifestation la plus tangible: la tenue même de la troupe. Il la voulut soignée, pour qu'il fût bien établi qu'aucun relâchement n'était plus toléré, et surtout strictement réglementaire, pour qu'il fût bien entendu que, du haut en bas de la hiérarchie, chacun désormais savait obéir et se soumettre aux ordres reçus. Ce que l'on a pu croire n'être chez lui qu'une pure manifestation de «cocarde» était, en réalité, la résultante de tout un système de discipline.»

¿Pensaba entonces el enérgico soldado que cuatro años más tarde había de capitanear a aquellas mismas tropas para salvar a París de un sitio y a Francia de un desastre?... No es probable. El «límite de edad» que debía fatalmente poner térmi-

no a su carrera aproximábase ya, y en el horizonte sereno de Europa no se vislumbraba ningún relámpago precursor de la tormenta.

En 1912, en efecto, retiróse a sus tierras para consagrarse a la melancólica labor de cultivar sus viñas y sus recuerdos.

Todo había acabado para él.

¿Todo? No... La página más gloriosa de su existencia quedaba aún por escribir.

El día mismo de la movilización, el ministro de la Guerra vió aparecer en su despacho a un oficial ya cano, pero siempre esbelto y siempre fuerte, que con la mayor sencillez puso a sus órdenes su espada. A fines de Agosto aquel oficial recibía el mando de un ejército formado en el Este, y partía hacia las regiones en las cuales se daban los grandes combates. Los que tuvieron entonces el honor de verle, hablan con entusiasmo de su confianza, de su ardor, de su brío juvenil. Y, sin embargo, los días no parecían favorables a las radiosas ilusiones de victoria. Franceses e ingleses replegábanse a marchas forzadas, seguidos de cerca por fuerzas alemanas muy superiores en número. El ala derecha enemiga, mandada por el famoso von Klück, constituía una amenaza terrible contra la región de París y contra París mismo. En los círculos oficiales hablábase ya del éxodo próximo del Gobierno hacia Burdeos. Los partes de Berlín anunciaban cada mañana la toma de una ciudad. A pesar de su espíritu de magnífica energía, el pueblo francés comenzaba a sentirse in-

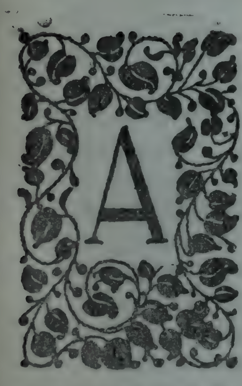
quieto. ¡Ah, las tristes, las trágicas horas!... Y sin embargo, Maunoury, como los demás jefes, conservaba su serena confianza. El 27, Joffre creó el sexto ejército, «con objeto de defender la capital». Este cuerpo, mandado por Maunoury, tenía como jefe supremo al general Gallieni, en su calidad de gobernador del campo atrincherado de París. El 4 de Septiembre, Gallieni escribió a Maunoury: «Conviene aprovechar la situación aventurada del primer ejército alemán, para concentrar contra él los esfuerzos de las tropas francoinglesas de la extrema izquierda. Todas las disposiciones serán tomadas el 5, para partir al ataque el 6.» Lo que fué aquel ataque, el mundo entero lo sabe: fué la batalla del Ourc, es decir, el ataque inicial que determinó la victoria del Marne, la salvación del país, el camino abierto a las mayores esperanzas, lo que se llama el «milagro», en fin.

¡El milagro!... Hay que leer la orden del día que Maunoury dirigió el 10 de Septiembre a sus tropas, para comprender lo que un milagro militar representa de esfuerzos, de sacrificios y de heroísmo metódico. «El sexto ejército—dice este soberbio documento—acaba de sostener durante cinco días enteros, sin ninguna interrupción, la lucha contra un adversario numeroso y que hasta ahora había tenido los éxitos que exaltan el ánimo. La pelea ha sido dura; las pérdidas debidas a las balas, a las fatigas, a las privaciones de sueño y a veces de alimentos, son superiores a todo lo que se podía imaginar. Todo lo habéis soportado con

un valor y una firmeza que las palabras son incapaces de enaltecerlo bastante. Camaradas: el general en jefe os ha pedido en nombre de la patria que hagáis más de lo que es vuestro deber; todos habéis respondido a su voz con esfuerzos que parecían imposibles. Gracias a vosotros, la victoria ha venido a coronar nuestros estandartes. Ahora que conocéis sus satisfacciones, no dejaréis que se os escape de nuevo. En cuanto a mí, si algún bien he hecho, he sido más que recompensado por el mayor honor de mi carrera: el de mandar a guerreros como vosotros. Con muy viva emoción os doy las gracias por lo que habéis hecho, pues os debo aquello que desde hace cuarenta y cuatro años es el único objeto de mis esfuerzos y mis energías: la revancha.»

¿Podrá Maunoury mandar de nuevo un ejército frente al enemigo y contemplar de cerca la realización completa de su ensueño de patriota y de soldado? Lo ignoro. Con un ojo de menos, con un maxilar roto, tal vez tendrá que contentarse con permanecer en su despacho de París, gobernando un campo atrincherado que ya no está expuesto a ningún ataque. Pero en cualquier puesto su labor será siempre fecunda, y su voluntad de cooperar al rescate de las provincias prisioneras, irreductible. Los hombres de este temple de alma no descansan sino en la tumba.

EL HÉROE DE DIXMUDE



L verlos aparecer, un año ha, en las llanuras inundadas de Flandes, los alemanes los bautizaron con el nombre de *les demoiselles au pompon rouge*. Y ciertamente hay en estos muchachos afeitados que en la vida marina aprendieron a andar contoneándose y que conservan en sus pupilas el reflejo verde del Océano, algo de femenino y de infantil. En su existencia ordinaria, lejos de alegrar sus ocios con violentos juegos y con bromas sonoras, como los meridionales, cantan canciones muy suaves al son de la gaita o se cuentan viejas leyendas bretonas. Pero cuando llega la hora del combate, no existen ni cazadores alpinos ni *lascars* africanos que les ganen en arrojo.

—Esa ha sido nuestra mayor sorpresa—dijo un

oficial prusiano herido, señalando a los fusileros marinos, después de una de las últimas batallas de Dixmude.

Y los belgas, convencidos de que en gran parte es a estas tropas a las que les deben el haber podido conservar el jirón de patria que aún poseen, proclaman que no hay un jefe comparable al almirante Ronarch.

Preguntad, sin embargo, en París quién es tal hombre, y probablemente no habrá muchas personas que puedan contestaros. Con su carácter silencioso de celta y de marino, con su horror de los bellos discursos, con sus maneras hoscas y su amor de la sombra, este guerrero ha conseguido ser menos popular que cualquier coronel afortunado. No hay una sola anécdota sobre él. No se conoce ninguna frase suya. En las galerías de retratos que se publican, nunca se ve su rostro. Uno de sus paisanos, que escribió hace tiempo su biografía, lo pintaba de la manera siguiente: «En un cuerpo pequeño, recio, ancho de hombros, una cabeza muy fina, con ojos de mujer, siempre velados por una ligera melancolía. Y si así es en lo físico, en lo moral resulta un taciturno, tranquilo, reflexivo, algo triste.»

En cuanto a su historia, es la de todos los marinos: una historia lejana, entre los confines del mundo; una historia que comienza en la China, a bordo de un crucero, y que continúa luego en mares remotos.

Su biógrafo, que es su amigo, termina ase-

gurando que casi no le ha oído hablar nunca.

Sus soldados, tampoco. No es un jefe de los que saben hacerse admirar por las tropas con esa familiaridad elegante que tanto seduce en un Sarrail o en un Foch. Pero como el fondo de su alma es de una dulzura infantil, todos los que sirven a sus órdenes saben que en los momentos graves se puede siempre contar con su ayuda incondicional. Sin hablar, entérase de todo lo que pasa a su derredor, y, sin que nadie lo note, socorre al que necesita ser socorrido. Eso sí, cuidado con tratar de darle las gracias...

Cuando, en Octubre del año pasado, se ordenó a los fusileros marinos que defendieran Dixmude, la empresa parecía una locura. Con tropas numerosas y admirables, los alemanes ejecutaban su famosa «marcha hacia el mar», en busca de Calais. La artillería francesa, entonces, era incapaz de resistir al fuego de las baterías de gran calibre del adversario. El ejército belga, derrotado en Amberes, trataba en vano de mantenerse en las bocas del Escalda, y al fin se replegaba hacia posiciones más abrigadas, buscando el apoyo de las fuerzas inglesas y francesas. Sus transportes, que caminaban con dificultad por terrenos inundados, no podían seguir a los regimientos. La situación, en suma, parecía desesperada. No obstante, el almirante Ronarch, que disponía ya de su brigada de marinos, contestó:

—Yo respondo de Dixmude.

Y la terrible defensa que más tarde en las pá-

ginas de la Historia aparecerá cual una hazaña fantástica, comenzó. Día y noche los alemanes bombardeaban la ciudad, destruyendo otro relicario del arte flamenco, otro reposorio de ensueño, menos importante sin duda que Ypres, pero no menos digno de admiración y de cariño. *Tout est fini*—me dijo llorando Dumod Wilden, en Enero, cuando volvió de su excursión por las tierras del Iser. Y yo evoqué, lleno de dolor, las horas pasadas en el Viejo Puente de Dixmude, ante el panorama enternecedor de aquellas casitas menudas como juguetes y labradas como joyas, que miraban sus pórticos puntiagudos en las aguas quietas del río. ¡Ah, la antiquísima hostería del Papagayo, con sus famosas ventanas de convento! ¡Ah, la maravillosa iglesia de San Nicolás, con su *Adoración de los Reyes Magos*, de Jordaens! ¡Ah, las tapias grises por encima de las cuales se veían las rosas de los rosales centenarios! ¡Ah, el beaterio, el célebre beaterio murmurante de rezos, el beaterio más famoso de Flandes, después del de Brujas!

—*Tout fini*...

Pero los bretones, testarudos, seguían defendiendo las ruinas. El almirante Ronarch disponía, para luchar contra el asalto alemán, de su brigada marina, de dos batallones belgas y de algunas compañías de senegaleses. Todos fueron igualmente heroicos, y el jefe de los belgas, el general Meyser, adquirió ahí la fama casi legendaria de que ahora disfruta entre sus compatriotas.

Pero los que con más ardor lucharon, según el testimonio de los mismos enemigos, fueron los fusileros bretones, las *demoiselles au pompon rouge*, los muchachos rubios, imberbes, con ojos de mujer.

Un día, el rey de los belgas fué a visitar aquella ciudad mártir, y no ocultó a los que le acompañaban que era una despedida lo que quería hacer a las viejas piedras flamencas. Su rostro parecía tan triste, que nadie se atrevió a dirigirle la palabra durante su peregrinación a los santuarios arruinados. Su alma sufría al ver aquellos jirones del alma de su patria. Al fin, el coronel Wleschoumer le dijo:

—Señor, hay que ir hasta las trincheras de los marinos.

La suerte quiso que en aquel instante se librase un combate de patrullas avanzadas en el cual Alberto I vió a los celtas pelear cuerpo a cuerpo contra los ulanos. En el acto su rostro cambió de expresión, y al marcharse dijo a Ronarch:

—Ahora estoy seguro de que los prusianos no pasarán nunca por aquí.

Y así fué. Por más esfuerzos que las hordas del Kaiser hicieron, por más tropas que amontonaron, por más tempestades de metralla que desencadenaron, las señoritas del *pompon rouge* no retrocedieron un solo día. ¡Qué digo! En cierto momento, allá hacia fines de Octubre de 1914, uno de los batallones del almirante, mandado por el comandante Mauros, tuvo la osadía de marchar, en tie-

rra belga, en la dirección de Brujas. Lo que fué tal aventura, digna de las antiguas guerras caballerescas, los cronistas berlineses lo han contado con admirativo asombro. Aprovechando un triunfo obtenido en las inmediaciones de Dixmude, Mauros avanzó, precedido por dos automóviles blindados, y llegó hasta Eessen, donde el enemigo se hallaba aún la víspera. Ahí la gran dificultad del héroe francés consistía en averiguar por cuál de las rutas habíanse retirado los alemanes. Los pocos habitantes que aún quedaban no podían darle ningún dato preciso. Al fin de una larga encuesta infructuosa, los marinos se decidieron a organizar un *raid* por la carretera de Vladsloo, cuando, apenas en las afueras de Eessen, fueron sorprendidos por dos regimientos, que los obligaron a retroceder, en busca del apoyo del resto de la brigada, que se hallaba en Beerst.

¿Y Dixmude?... Un oficial, en sus notas íntimas dice que desde el principio del bombardeo, el alcalde, seguido de toda la población civil de la ciudad, se retiró hacia el Sur, no dejando sino a los carmelitas, que se habían encargado de una ambulancia. Y agrega: «Sólo un hombre se ha empeñado en quedarse, y no hay medio de hacer que se marche: es el sacristán de la iglesia, viejo flamenco que parece escapado de un cuadro de Teniers, y que viene todas las tardes, muy tranquilo, a fumarse su pipa en la Grand Place sin dar la menor importancia a las granadas que estallan a su derredor. Ayer un fragmento de bomba pasó a po-

cos centímetros de su rostro rubicundo, y el buen tipo, volviéndose hacia nosotros, nos dijo: «Esos diablos quieren romperme mi pipa.» Luegó echó una bocanada de humo y se puso a reír. Un día u otro, alguien escribirá la historia de estos héroes anónimos, y entonces se verá hasta dónde puede llegar el desprecio de la Muerte. Yo recuerdo una escena que presencié en Arras y que me conmovió más que cualquier combate. Nos hallábamos en las cercanías del Hôtel-de-Ville, en compañía de dos periodistas: el inglés Allen y el norteamericano Harris. El bombardeo era relativamente insignificante, pero de vez en cuando algún obús estallaba entre las ruinas. Una mujer dormía bajo una de las arcadas de la Petite Place, y a su lado hallábase un perro. De pronto, una piedra arrancada del muro cercano por una bala de schrapnell hirió al perro, que se puso a aullar. Entonces la mujer despertóse, examinó la herida del animal, y después de convencerse de que era poca cosa, volvió a acostarse, gritando: «¡Perro cobarde, te quejas por un rasguño!» Mis compañeros se pusieron a reír, mientras yo ocultaba las lágrimas que me humedecían los párpados.

En Dixmude, los bretones del almirante llegaron a tomarle tal cariño al sacristán, que le obligaban a comer siempre con ellos. Pero lo que el sacristán quería era asistir a un combate para ver de cerca a los *boches*; y tanto insistió, que una mañana, al fin, una patrulla avanzada llevóle a un reconocimiento peligroso por las inmediacio-

nes. Ronarch, que no es amigo de bromas, llamó al viejo con intenciones de obligarle a marcharse de la ciudad, después de regañarle. Pero ante aquella cara tan plácida no tuvo valor para mostrarse severo, y acabó por regalarle su propia pipa.

Al lado de detalles como éste, hay en la epopeya de los fusileros marinos episodios que parecen arrancados de los Anales de las campañas napoleónicas. Así, una tarde, después de un combate espantoso, el capitán Serieys vió a un sargento que parecía buscar en la Grand Place algo que no encontraba:

—¿Qué se te ha perdido?—preguntóle.

—Mis hombres—le contestó—, se me han perdido mis hombres; no sé qué se han hecho...

—Ya vendrán aquí los que queden vivos.

Por la noche, el sargento volvió adonde estaba el capitán y con la mayor sencillez le dijo:

—No queda más que uno.

—¿Quién?

—Yo.

Los demás, en efecto, habían muerto. «En los instantes graves—escribe un oficial—, después de alguna pelea seria, no nos atrevíamos a contar el número de los que regresaban con vida, por miedo de saber el número de los muertos.» Y lo que más emociona en las cartas de estos hombres es el tono siempre serio, siempre suave. No hay en ellos nada de ciranesco, nada de penacho, nada de fanfarrón. Ninguno de los que escriben habla

de sí mismo. Nadie hace frases de efecto. Lo que más parece impresionarles es la muerte de sus jefes. «Querida hermana—dice un cabo—: hoy, de mi compañía, no hemos vuelto sino treinta, y lo más triste es que nuestro capitán, que era como un padre para todos, se ha quedado allá en el campo, tendido para siempre, y por eso todos lloramos.» La familiaridad gentil y risueña que existe en el ejército francés, en general, entre bretones se convierte en un tierno cariño de hermanos. El jefe es el hermano mayor, y, como tal, el que más se expone, el que mayores responsabilidades tiene. «No sé si aún quedan bastantes capitanes para que cada uno mande un batallón», confiesa, hacia fin de la batalla del Iser, uno de los ayudantes del almirante. Y Pierre Loti escribe: «La brigada marina ha perdido la mitad de sus efectivos y el ochenta por ciento de sus oficiales.» Esto es tan cierto, que cuando Ronarch se alejó de Dixmude, murmuró, viendo el desfile de sus tropas:

—*Voilà mes rescapés.*

Y es que, realmente, cada uno de esos bretones melancólicos y rubios, de andares femeninos y de boina de borla roja, es un «escapado de la muerte».

EL HÉROE DE LA BASSÉE



NTES de penetrar en territorio alsaciano, el capitán que dirigía nuestra pequeña tropa de periodistas nos hizo detenernos en Remiremont.

—¿Para qué?—preguntábanse algo inquietos mis compañeros yanquis, siempre inpacientes de llegar a las trincheras y siempre desdeñosos de las ciudades en las cuales no se nota ningún movimiento bélico.

—Para visitar la calle de las arcadas—contestábales con ironía un escritor italiano.

Y lo cierto es que bien merece la pena de ser vista la humilde y vetusta villa lorenesa que conserva aún, como reliquias de tiempos mejores, sus viejos palacios abaciales, sus viejos paseos umbrosos y sus viejos templos carcomidos. Toda la Edad Media palpita entre aquellas nobles piedras

sin ostentación. Y lo que uno se pregunta, después de pasearse algunas horas entre sus muros, es por qué en una época de turismo exasperado los parisienses que hacen largos viajes para ir hasta Sena o hasta Toledo no van nunca allí.

Pero a los corresponsales de guerra, que tienen poco amor por las piedras antiguas y también, aunque sea triste confesarlo, pocas nociones de lo que es el pasado, Remiremont no les inspira la menor curiosidad.

—Para venir aquí—decía con franqueza el neoyorkino—, más hubiera valido no salir de París.

Al fin, nuestro guía calmó sus impaciencias, contestándole:

—Aquí va a recibirnos esta misma tarde el general de Maud'huy.

Esta sola promesa bastó para transfigurar el aspecto de Remiremont, que dejó de ser un simple pueblo viejo para convertirse, a los ojos de mis amigos, en uno de esos antros misteriosos y formidables que se llaman *sieges des grands états majors*, y de los cuales salen, hora por hora, las órdenes que animan la batalla.

—¿Ha visitado ya usted un Estado Mayor?—preguntóme alguien.

—Sí—le contesté—, he visitado el del generalísimo en una sala de alcaldía, y le aseguro a usted que más bien me pareció una apacible oficina provinciana que un mecanismo tenebroso y formidable.

Pocas horas después, al penetrar en el despacho

del jefe de las fuerzas que llevan a cabo en Alsacia la obra sagrada de la reconquista, volví a experimentar la misma sensación. Alrededor de una mesa redonda, diez o doce oficiales trabajaban, en silencio, como buenos oficinistas. En una pared veíase una carta geográfica cubierta de cifras enigmáticas. Un armario lleno de legajos y un aparato telefónico colocado sobre una consola, completaban el mobilario.

—Mi general—exclamó el capitán, presentándonos—, aquí tiene usted a los representantes de la Prensa extranjera.

Entonces un hombrecito risueño adelantóse hacia nosotros, con la diestra tendida, y en frases muy sencillas nos dió la bienvenida.

—Van ustedes a ver tropas magníficas—nos dijo—y a oír hermosas fanfarrias... Lo indispensable es que haga buen tiempo... ¿No han estado ustedes nunca en Alsacia?... Es una tierra bellísima que bien merece todos los sacrificios que por ella se hacen... En Thann verán ustedes las escuelas francesas y los Tribunales franceses funcionando cual antes del año 70... No teman ser indiscretos... Pregunten lo que quieran, vayan adonde les parezca... El capitán que les acompaña es un hombre que lo sabe todo.

Mientras el general hablaba, lentamente, suavemente, yo examinaba su rostro, sin lograr descubrir en él el menor signo de energía o de fiereza. Un bigote blanco, no erguido, no, sino muy modesto y muy caído, daba sombra a la boca expresiva.

En los ojos claros brillaba la malicia. Las mejillas hundidas denotaban el cansancio.

—¿Fuman ustedes?—nos dijo al fin, ofreciéndonos una cajetilla de cigarrillos a cada uno—. Este tabaco nos viene de Méjico, enviado por un general revolucionario...

Al mismo tiempo él sacó de su faltriquera una pipa enorme, la llenó, la encendió, y se envolvió en una nube de humo.

La audiencia, muy corta y muy cordial, como las de todos los generales franceses, había terminado.

Una vez en la calle, la frase única que pronunciaron mis compañeros fué: «amable». El héroe del Iser, el gran organizador, el gran jefe, el gran estratega, no nos había dejado, en efecto, sino la impresión de una buena y campechana y cordial amabilidad. De militar, en el sentido antiguo de la palabra, nada habíamos descubierto en él. Su palabra no tenía el acento autoritario que por lo común se les supone a los hombres acostumbrados al mando. Su ronrisa era una gentil sonrisa de gentilhombre francés, agradable y discreta.

—¡Y pensar que éste es el soldado que más estupenda carrera ha hecho durante los meses que llevamos de guerra!—murmuró el italino.

Coronel poco antes de estallar el conflicto, Maud'huy ha llegado, realmente, en menos de un año, a la cima de la jerarquía. Las estrellas de general las obtuvo en los primeros días de la lucha. Pero una división era poco para él. Se le dió, pues, un

cuerpo de ejército. Luego, un ejército entero. Ahora, todas las fuerzas que operan en Alsacia están bajo sus órdenes. Los críticos militares le llaman «el héroe de la Bassèe», y cuando recuerdan sus proezas durante los días trágicos de la batalla del Iser, no pueden resistir a la tentación del estilo lírico. Y es que si hay alguien que en nuestra época, en medio de una pelea obscura, científica, subterránea y triste, haga pensar, no con su exterior, sino con su conducta, en las egregias figuras de otro tiempo, es este guerrero, que sabe, en los momentos supremos, comunicar a sus hombres el fuego sagrado del entusiasmo y el divino desprecio de la muerte. La primera vez que los parisienses tuvieron noticia de su existencia fué cuando, en 13 de Septiembre del año pasado, en plena lucha del Marne, leyeron en el parte oficial del Ministerio de Guerra las líneas siguientes:

«El general de Maud'huy manda la décima división; este oficial, de un vigor y de una energía incomparables, se distingue desde el comienzo de las operaciones, y principalmente merece citarse su conducta en la noche del 15 de Agosto, en que llevó a cabo personalmente un ataque con un vigor admirable, así como sus actos del 18, 19 y 20 del mismo mes, en que su arrojo soberbio ha servido de ejemplo a todos.»

La imagen que esta *citation* hizo surgir de las imaginaciones, la hemos visto más de una vez en las estampas populares. Montado en un corcel fogoso, el general aparece cual un magnífico *sa-*

breur, algo teatral y algo anacrónico. Y lo curioso es que aquellos que le conocen íntimamente y que han estado a su lado en los instantes graves, aseguran que no es enteramente falsa esta pintura. *Il se transfigure quan il le faut*, escribe el comandante Brunet. Y el capitán Margueritte agrega: *Il est des heures dans lesquelles on ne le reconnait pas*. Yo, a decir verdad, para verle tal cual la leyenda y la imaginación populares le representan, tengo que olvidar, no sólo su figura verdadera, como la vi en Remiremont, sino también sus palabras, su tono, sus modales, su sonrisa. Sin la menor jactancia, en efecto, sin elevar la voz, hablando como de un país que no fuese el suyo y de actos en los que él no hubiera intervenido, explicónos brevemente por qué razones el triunfo tenía que coronar los esfuerzos de Francia.

—Los alemanes—nos decía—poseen en su carácter metódico un gran instrumento de guerra, cuando logran desde un principio llevar a cabo sus operaciones de la manera que su Estado Mayor las ha previsto y organizado. Si en vez de ser para ellos un desastre la batalla del Marne, hubiese sido una victoria, nadie puede calcular hasta dónde hubieran llegado. Pero al sentir que, en el momento culminante de la gran maniobra comenzada en Bélgica, la suerte les era contraria, encontráronse sin saber a punto fijo qué hacer. De no haber faltado municiones y caballos frescos en el campo nuestro, los germanos habrían

retrocedido hasta más allá de sus fronteras. Francia, en cambio, sabe, en los instantes graves, encontrar soluciones salvadoras, y una vez que se siente segura de sí misma, nada ni nadie puede detenerla. El Marne es, para mí, el punto culminante de la guerra, antes del cual los alemanes eran superiores, y después del cual son inferiores. Para hacer que el fiel de la balanza se incline completamente de nuestro lado, de un modo rápido, sería necesario una nueva batalla campal en el frente de Lorena o de Flandes. Sólo que, o mucho me equivoco, o los alemanes no saldrán de sus trincheras para pelear en campo raso, como a nosotros nos convendría.

Y después de meditar un instante, terminó:

—El resultado final no tiene duda posible... Los vencedores serán los franceses... En Rusia, los alemanes pueden aprovecharse de una pobreza pasajera de municiones y cañones... Aquí, no... Aquí el general Joffre los tiene dominados y nunca lograrán levantar cabeza.

Que estas palabras revelan una fe ardiente, una energía indómita, es indudable. Mas el tono con que el general las pronunciaba resultaba tan suave, tan modesto, que no producían en nuestro ánimo una impresión de tragedia actual, sino de lejano recuerdo. Y era necesario que, cerrando los ojos para no ver la figura desgarbada del soldado que nos hablaba, evocáramos su historia magnífica, sus proezas épicas, sus soberbias cabalgatas a la cabeza de sus regimientos, para verle tal cual

sus admiradores le pintan, y para sentir la profunda palpitación de su discurso.

Si en el rostro de Maud'huy no se ven sus grandes virtudes y su gran energía, en cambio se refleja su exquisita bondad. No hay en Francia, donde los jefes son paternales en general, uno que lo sea más y más tiernamente que el comandante de Alsacia. Sus oficiales, cual sus soldados, sienten por él una devoción ferviente, hecha en parte de entusiasmo y en parte de gratitud. Hasta el último *troupiers* sabe que, teniendo a tal hombre como general, no debe temer ni injusticias, ni negligencias. Viéndolo todo, enterándose personalmente de todo, metiéndose por todas partes, el ilustre guerrero conoce a sus hombres admirablemente, y lo mismo da a un *peludo* sin galones un abrazo en pleno campo de batalla, cuando descubre en él algún rasgo sublime, que reprende con dureza a un general que no ha sabido tratar bien a sus subordinados.

Es un gran jefe, en suma, y al mismo tiempo un gran corazón.

EL VENCEDOR DE NANCY



ESPUÉS de habernos dado, con la más exquisita amabilidad, los salvoconductos necesarios para visitar las trincheras del norte de Albert, en las cuales los franceses se hallan a seis metros de los alemanes, el general Castelnau nos preguntó:

—¿Quieren ustedes algo más?... Todo lo que yo pueda lo haré con gusto, en obsequio de la Prensa.

El decano de nuestra tropa periodística, hablando en nuestro nombre, contestóle:

—Estos señores querrían asistir mañana, domingo, a una misa de campaña.

—¡Ah!...—exclamó el general con tono brusco—. ¡Ah, no!...

Y después de reflexionar un instante, agregó al oído de nuestro decano algo que éste nos tra-

dujo luego en una frase que por lo gráfica nos hizo sonreír y que yo reconstruyo de este modo:

—¿No vé usted que si le doy esta autorización, los periódicos de París van a decir que les he obligado a comulgar?...

Lo único que sus enemigos reprochan al vencedor de Nancy, en efecto, son sus ideas políticas y religiosas, las cuales, en tiempo del Ministerio André, durante el año de las «fichas», estuvieron a punto de interrumpir bruscamente su carrera, obligándole a retirarse a la vida civil. «Es un reaccionario», dicen los radicales. Y los socialistas van más lejos aún, llamándole «monárquico, peligro para la República y hombre de golpe de Estado». Pero, para ser justo, tenemos que confesar que no son estos ataques los que más daño le han hecho, sino los elogios de sus amigos los *camelots du roi*. Día por día, hora por hora, desde hace diez años, Charles Maurras, León Daudet y Maurice Pujo se empeñaron, antes de que sonara la hora de la unión sagrada, en hacer de tan leal soldado de la nación una especie de espantajo para aterrorizar a los republicanos...

— ¿Qué culpa tenía él? — preguntan sus oficiales.

Su culpa consistía en pertenecer a una familia de aristócratas, en haber sido educado por los jesuítas, en oír misa todos los domingos y en evocar a menudo los fantasmas del antiguo régimen. Pero todo esto, sus jefes sabían que no era nada de peligroso. Joffre, cuyo republicanismo nadie

ha puesto nunca en duda, lo escogió, en 1913, para dirigir el Estado Mayor general, y cuando algunos diputados le hicieron observaciones sobre aquel nombramiento, contestóles:

—Yo no sé lo que Castelnau es como ciudadano, ni me importa saberlo. Como soldado, en cambio, es uno de los mejores que tenemos. Busquen ustedes en su carrera algo que pueda censurarse, y entonces hablaremos.

Los diputados buscaron y, si no descubrieron nada para hacer cambiar de opinión al generalísimo, siempre tuvieron el gusto de hallar detalles para alimentar una campaña de Prensa. Su origen, su educación, sus gustos, su carácter, todo parecía a los jacobinos odioso y peligroso en Castelnau. «Es el símbolo del militar aristócrata y reaccionario, decía *L'Humanité* cuando hablaba de él.

Lo de su aristocracia es algo exagerado. Hijo de un burgués de Auvernia que no tuvo más honores que los de ser alcalde de su pueblo, ni más patrimonio que el que ganó como abogado, no puede, por el lado paterno, reivindicar ningún pergamino. Su madre, en cambio, fué marquesa, según algunos; condesa, según otros; simple rica hembra, según unos cuantos, y, en todo caso, perteneció a una linajuda familia llena de sacerdotes y de oficiales. «Al principio de su vida—dice uno de sus biógrafos—el actual general no se distinguió sino por su fuerza física y por su carácter violento. En la escuela, dirigida por las monjas

de Cluny, mostrábase activo, travieso y peleador. De manos de las monjas pasó a la de los jesuítas del colegio de San Gabriel, que no lograron despertar en él la afición del estudio. En suma: discípulo poco aplicado. Pero supo distinguirse al fin un día, organizando, para celebrar la visita del obispo, una fiesta militar que tuvo un gran éxito y que hizo comprender al buen abogado de Auvernia la vocación de su hijo.»

A los diez y ocho años, Castelnau entró en la Escuela de Saint-Cyr para seguir, con entusiasmo, la carrera de las armas. Desde un principio, sus profesores presagiáronle exámenes brillantes y rápidos ascensos. Todo en él estaba hecho para la acción, para la lucha, para la energía, para la vida intensa. Así, el día en que la guerra fué declarada, el primero en pedir que se le permitiera alistarse como voluntario fué el joven cadete de diez y nueve años. Sus jefes le concedieron el galón de subteniente y le incorporaron a un regimiento de Infantería. Pocos meses después, en pleno campo de batalla, fué nombrado capitán—el más joven capitán de Francia—. Como capitán hizo todo el resto de la campaña, en aquel terrible invierno de 1870 en que los soldados se morían de frío y hambre, y en que los oficiales, comprendiendo que la derrota era inevitable, se morían de vergüenza y de rabia.

Pero lo extraño es que, una vez la guerra terminada, Castelnau, que hasta entonces había dado más pruebas de heroísmo que de amor al es-

tudio, apareció, de pronto, transformado. Su clara inteligencia había comprendido, ante la terrible lección de los desastres de su patria, que ya el tiempo de las épicas cabalgatas estaba terminado, y que de entonces en adelante lo indispensable para formar un ejército fuerte era crear una verdadera escuela científica de guerra. En Tolosa, donde fué enviado en 1880, pidió que se le permitiese servir en el Estado Mayor para comenzar a estudiar a fondo la parte técnica de su carrera. Su aplicación resultó tan grande cual su desaplicación lo había sido en el colegio. Día y noche leía, calculaba, escribía. Al ser nombrado comandante, en 1889, fué llamado al Ministerio de Guerra por un general conocedor de sus méritos, que lo afectó, en el acto, al servicio de la organización y movilización. Diez años después, siendo ya coronel y en vísperas de ascender a general, pidió que se le enviara a Nancy con objeto de estudiar a fondo aquella frontera. «Nancy — decían entonces los estrategas — es un punto que no podrá ser defendido en caso de una guerra.» Castelnau, que creía lo mismo en un principio, cambió de opinión apenas hubo examinado las rutas militares del Grand Couronné.

¿Se debe a esto que Joffre haya confiado la defensa de la frontera nanceana al jefe a quien tanto atacaban los radicales y de quien tanto desconfiaban los jacobinos?... Probablemente. En su noble desdén de las luchas políticas, el generalísimo estima lo mismo a un «hereje masón»

como Sarrail, que a un «reaccionario jesuíta» como Castelnau. «Lo que quiero — dice — es que sean militares y que triunfen.» Y para hacer ver cuánta razón tiene el gran jefe al hablar así, la suerte hizo que al mismo tiempo que Sarrail triunfaba del Kronprinz en Verdún, Castelnau triunfara del Kaiser en el bosque de Champenoux.

¡Ah! Tal vez no hay en la guerra actual una acción tan admirable cual aquella que salvó a Nancy. Es el 7 de Septiembre, en plena pelea del Marne. En la mañana las tropas germánicas que reciben la orden de tomar la capital de la Lorena para que el Emperador pueda entrar en ella solemnemente, atraviesan el río Seille y comienzan el ataque general. Ganando terreno poco a poco, logran colocar sus cañones de sitio en las alturas de Doncourt y en Rozebois. En pocas horas, el fuego de la artillería incendia las aldeas de los alrededores, abriendo una enorme ruta de escombros a la infantería imperial, que sigue avanzando. El clamor grave del *Deutschland über Alles*, entonado por millares de bocas, llena el espacio de una melopea lúgubre que el rugido del cañón interrumpe y acentúa. El alud humano parece irresistible. Uno tras otro, los puestos fortificados de Bourthecourt, Santa Genoveva y Amance caen en poder del invasor. Amance abre el camino de Nancy. El Kaiser, rodeado de 10.000 jinetes de su Guardia, encuéntrase en el bosque de Morel, esperando la señal convenida para emprender la cabalgata que debe llevarle hasta el palacio del

rey René. Los generales franceses no tienen ya esperanza de poder resistir, y piden al Estado Mayor instrucciones para salvar lo que les queda de artillería. Castelnau, siempre tranquilo, les contesta: «No déis un paso hacia atrás, no dudéis un instante del éxito final.» Resignados, todos siguen resistiendo al choque de fuerzas muy superiores en número. Y el milagro se realiza cuando, al caer la tarde, los alemanes cesan el fuego y permiten que los franceses puedan recibir refuerzos. El día 8, al amanecer, la lucha continúa, pero ya no en las mismas condiciones. Un movimiento atrevido salva a Amance del poder alemán y los obuses de 75 pueden comenzar a llevar a cabo por ese lado, que es el más débil de las líneas invasoras, su obra de exterminio. Las compañías frescas se adelantan llenas de ardor y escalan las alturas, contestando al *Deutschland über Alles* grave y triste con los alegres acentos de *La Marsellesa*. El Emperador en persona dirige el ataque de las reservas y durante horas enteras se multiplica, yendo de un punto a otro, animando a sus oficiales, diciendo siempre: «¡Adelante! ¡Adelante!» Su voz no basta para hacer avanzar la masa de sus ejércitos, que el tiro francés diezma de minuto en minuto. Al fin, después de un último esfuerzo vano, la horda teutónica retrocede llevándose en su retirada, cual una ola, a los 10.000 jinetes de la Guardia, que galopan hasta Metz en desorden. Lo que la noche del 7 era una victoria alemana, se cambia en una victoria francesa la noche del 8.

El 9, cuando Castelnau se prepara a continuar la pelea, un parlamentario se presenta y en nombre del Emperador pide veinticuatro horas para enterrar a los muertos. «Os las concedo», contesta el general. El parlamentario da las gracias, y dice: «Tenemos más de 30.000 cadáveres.» Al día siguiente, al final del armisticio, las avanzadas anuncian que los alemanes se han retirado, abandonando sus cañones.

—Desde entonces — nos dijo el general Castelnau después de hablarnos de esta batalla—no han vuelto a amenazar a Nancy.

Y agregó riendo:

—¡Pensar que nadie creía en la posibilidad de defender la capital de Lorena!... Pero la verdad es que todo se puede defender... De lo que se trata es de conocer bien el terreno...

Castelnau tendrá siempre la gloria de llamarse, como le llama Joffre, el vencedor del Grand Couronné. Y eso hará olvidar los motes injustos que los radicales le han puesto.

EL GENERALÍSIMO INGLÉS



N la época no muy lejana en que tuve el honor de ser presentado a sir Douglas Haig, las circunstancias no se prestaban a que en sus ojos claros brillase el resplandor de justa alegría que hoy los anima. Fué en Flandes, muy cerca de Ypres, en medio de una campiña asolada por la metralla. El castillo en el cual había asentado sus reales, parecía una viñeta romántica con sus torreones en ruina y sus negras murallas agrietadas. En su despacho, entre butacas góticas, veíase una inmensa mesa de pino cubierta de cartas geográficas. Al presentarme, el general Butler, jefe del *Intelligence Office*, murmuró:

—El presidente de la Asociación de Corresponsales de guerra.

El generalísimo saludóme con un ligero movimiento de cabeza, sin pronunciar una palabra.

Había algo tan grave en aquella atmósfera, que yo pensé marcharme en el acto para dejar al guerrero entregado a sus arduas labores. La situación entonces no parecía risueña. Atacados por fuerzas muy superiores en número, los ingleses obedecían estoicamente a la consigna de formar con sus pechos un dique contra el alud enemigo. Y los cañones no eran los únicos que con sus fauces vomitaban día y noche fuego sobre aquella masa silenciosa y heroica. Otras bocas, allá en Berlín, complacíanse en bombardear con injurias al ejército británico, preguntando todos los días a los franceses para qué les servían sus famosos aliados. No sé por qué figurábaseme ver reflejado en el rostro enérgico de aquel jefe una profunda tristeza y una terrible inquietud.

Sentado ante su mesa de trabajo, dejándome en pie frente a él, leía un telegrama, sin parecer siquiera notar mi presencia. Yo examinaba su figura, a la vez robusta y esbelta, admirándome de su aire juvenil y de su pureza de líneas. *C'est un bel homme*—dicen las francesas cuando le ven pasar a caballo por las ciudades de Flandes. Y sí que lo es. Es el tipo perfecto del gentil hombre anglo-sajón de otro tiempo: del buen tiempo en que no era obligatorio sacrificar un magnífico bigote a la lampiñomanía sportiva, del gran tiempo en que Van Dyck retrataba a los lores buscando en sus facciones los signos del linaje

normando. Un inmenso orgullo parecía animar su mirada clara. Sus manos finas destacábanse sobre el fondo azul de un mapa.

Al cabo de algunos minutos levantó la cabeza y me señaló una butaca a su izquierda.

—¿Ha visitado usted nuestro frente?—preguntóme.

—Algo—le contesté.

Hubo un nuevo silencio. Para romperlo, habléle de lo que había visto, de mis impresiones del sector de Nuestra Señora de Loreto, de mi entusiasmo por la bravura tranquila de sus soldados, de mi fe en la victoria. Él parecía no oírme, no verme, estar ausente, acariciar un sueño lejano y sombrío. Pero, de pronto, toda su fisonomía cambió. Cruzando los brazos sobre su ancho pecho, me dijo:

—No ha podido usted ver lo que hay de más extraordinario en nuestros hombres y en nuestra nación, que lo ha improvisado todo, lo ha creado todo: desde el alma guerrera, hasta los cañones de largo alcance. Esta campaña no se parece a ninguna de las que refiere la Historia: es una formidable operación, en la que el material ocupa el primer plan.

El Reino Unido entero trabaja día y noche para fabricarnos municiones, y nosotros gastamos en una hora el esfuerzo de un día. Esto es sobrehumano; pero lejos de desalentarnos, lo realizamos cada vez con más gusto y lo intensificamos de semana en semana. Todavía no tenemos los caño-

nes y las líneas férreas que necesitamos. Un cañón, que dura poco, requiere largo trabajo para nacer. Y no digo que no tengamos muchos... Lo que pasa es que muchos no basta; hay que tener demasiados, hay que fabricarlos a ultranza, no sólo para cubrir el frente, sino para llenar las retaguardias, para constituir reservas inagotables, para que toda nuestra zona parezca un depósito de artillería... Lo mismo pasa con los *rails*... Hay que tenderlos por todas partes, por todas partes...

Si fuera preciso, yo sé que mis compatriotas arrancarían los carriles de nuestras redes ferrocarrileras, aun a riesgo de no poder andar sino a pie, para mandarme lo que es indispensable a mis transportes de guerra... Inglaterra no se detiene ante ningún obstáculo, y puesto que ha emprendido un camino que debe llevarla al triunfo, irá hasta el fin, aunque tenga que dar su último hombre y su último chelín...

En un instante aquel jefe habíase transfigurado al resplandor fiero de su patriotismo. Ya yo no veía en él ni tristeza, ni inquietud, ni desconfianza. Había algo de granítico, algo de inconmovible en su actitud tranquila. Sin alterar la voz, hablando lentamente, en un francés muy puro y algo gorjeante, expresaba sentimientos fogosos con una frialdad de hielo. Siempre cruzado de brazos, no hacía un ademán. En su rostro impasible sólo los ojos brillaban con luces muy azules y muy claras, de un azul de acero limado.

—Para sentir bien la fe que nos anima—me

dijo—es mejor ir a Inglaterra que venir a las trincheras.

—He ido—le contesté.

—¡Ah!—exclamó.

Y por primera vez una ligera sonrisa entreabrió sus labios.

Evocando mis visiones de Londres y de sus vertiginosas manufacturas de artillería, en las cuales millares y millares de hombres y de mujeres hacen surgir en una atmósfera de llamas las armas que los guerreros británicos necesitan en su lucha contra los germanos, comprendí la satisfacción de aquel hombre. Pero recordando luego su historia de soldado, extrañéme de que no hubiera en su boca ninguna protesta contra los métodos nuevos. Nadie, en efecto, parecía menos preparado que sir Douglas Haig para una campaña de trincheras, lenta, obscura, subterránea, sin brillo exterior, sin nobles cabalgatas, sin gestos caballerescos. Su mejor amigo, lord Eshen, hablando de él, ha escrito: «Ha tenido siempre en el alma ese no sé qué de caballeresco que encanta a los franceses. Adora el penacho. Su elegancia física es igual a su elegancia moral de paladín. Jinete de instinto, adora los estudios militares prácticos, y en aras de su pasión dominante ha sacrificado todos los placeres que la existencia le bridaba.» Otro amigo suyo, en una carta del Transvaal, dice: «Es un centauro que no olvida nunca que sus abuelos, los arqueros de Escocia, sirvieron en Francia bajo el reinado de Luis XI, y se cu-

brieron de gloria legendaria con sus grandes correrías.» Desde que, en 1885, a los veinticuatro años, comenzó su carrera de oficial de un regimiento de húsares, no se había apeado del caballo sino en esta guerra de topos. Capitán en 1898, siguió a lord Kitchener al Sudán, y se distinguió cabalgando siempre con el sable en la diestra. En el Natal fué uno de los héroes de la magnífica algarada de Kimberley. En 1901, a la cabeza del décimoséptimo de lanceros, contribuyó a la ruda pacificación del Cabo. Inspector luego de la Caballería de la India, continuó durante varios años cabalgando bajo el sol de Oriente, hasta que llamado a la Metrópoli, ya con el grado de general, fué nombrado comandante del primer Cuerpo de ejército en el distrito de Aldershot. Ahí le sorprendió la guerra... Aunque, cuando digo sorprender, me expreso mal. Si hay en Inglaterra un hombre que haya anunciado claramente el futuro conflicto es este militar, enemigo del militarismo prusiano y entusiasta de la caballerosidad francesa. Aun en los momentos en que más agrias parecían las relaciones franco-británicas, allá en la época de Fashoda, sir Douglas Haig, nieto de un arquero de Luis XI, proclamaba en voz alta que un día cercano los dos grandes pueblos tendrían que unirse para luchar contra el teutón feudal. Así, no es de extrañarse que desde el primer momento de la guerra se haya esforzado por crear la fraternidad de las tropas que operan bajo su mando con las de los vecinos sectores ocupados

por los *peludos*. Hablando últimamente con un corresponsal de Londres, le dijo:

—Día por día se nota cuán hondo es el amor que nuestros hombres tienen por la tierra que defienden. Al principio puede que haya existido algo de frialdad. Yo, en todo caso, no lo noté nunca, pues desde luego dí el ejemplo admirando y queriendo a los oficiales de Joffre. Ahora ya la hermandad es general. El *tommy* tiene, además, por su compañero de Francia, la admiración que merecen esos héroes. Marchamos cogidos de las manos, animados por un solo corazón, mezclando nuestra sangre en el mismo suelo, que es un suelo sagrado, y vamos hacia el mismo ideal.

Yo no me atreví, el día que tuve el honor de ser recibido por él, a hacerle ninguna pregunta. Ante esos hombres, que son guardianes de infinitos secretos trágicos, las interrogaciones más insignificantes pueden a veces parecer indiscretas. Además, no hay nada tan inocente como creer que se les puede sacar con habilidades reporteriles una sola palabra que no haya sido pesada de antemano, cuando de la guerra misma se trata. Hasta el mariscal Foch, tan ardiente, tan campechano, tan latino, tan abundante de palabras, tórnase, si se habla de las operaciones militares, en el más callado de los jefes. Por otra parte, lo que me interesaba en aquellos días aciagos, en los cuales la fuerza germánica parecía invencible, era conocer el estado de alma de los guerreros ingleses. Y este

sentimiento íntimo, el generalísimo sucesor de French revelómelo, diciéndome:

—Hoy, cual ayer, nuestra confianza es absoluta. Ni el conocimiento de nuestros intentos, ni la preparación minuciosa, ni la enormidad de sus armamentos y de sus masas humanas, ni el valor y la constancia de sus guerreros, podrá salvar a Alemania de una derrota completa. Lo único que se trata de saber ahora es cuánto tiempo logrará aún resistir atacando o defendiéndose. Nosotros, en todo caso, no tenemos prisa. Lo que nos importa es llegar al punto que nos hemos señalado, aunque tengamos que esperar años y años.

¡Cuántos políticos, cuántos teóricos de la estrategia sonreían hace dos años al escuchar palabras como éstas! Lo más que se concedía entonces a los aliados era el poder conservar sus líneas para acabar aceptando una paz sin derrota, pero sin victoria.

«En esta guerra—decía el rey de Grecia—todos saldrán vencidos.» Sólo los soldados de Francia y de Inglaterra, los sublimes *peludos* de Joffre y los tenaces *tommys* de Haig, llevaban siempre la confianza absoluta en el fondo del alma y sentían que, aun retrocediendo a veces en el espacio avanzaban siempre en el tiempo, acercándose día por día al altar del Triunfo. Yo que conocía a fondo el carácter del francés y la filosofía heroica, que le permite no desesperar nunca, no desmayar nunca, no quejarse nunca en los casos graves y sonreír bajo la tormenta, sabía que en los Foch,

en los Sarrail, en los Castelnau, en los Marchand, en los Gouraud, la confianza era absoluta. Pero de los guerreros nuevos de Inglaterra, empeñados en una guerra contraria a sus hábitos de franca lucha a campo raso, no tenía sino una idea vaga. «¿Tendrán—preguntábame—una noción tan optimista de las circunstancias como sus compañeros de armas?» El generalísimo fué el primero que me contestó mágicamente:

—Sí.

Luego, en mis andanzas por los Flandes y por el Artois, siguiendo los pasos de los regimientos británicos, oí a cada instante la misma afirmación tranquila, austera, algo fría, sin adornos de lirismo, sin acompañamiento de gestos caballerescos, pero muy sincera, muy íntima, muy arraigada en el fondo del alma nacional.

—Sí, créemos; sí, estamos seguros de la victoria; sí...

Y sin duda por haber comenzado mi estudio de la psicología militar inglesa en el cuartel general de sir Douglas Haig y por haber descubierto ahí encarnado en un hombre la inflexible fe puritana, grave, casi religiosa de todo un pueblo que no ha dudado ni en los instantes más difíciles de la gran empresa trágica, he conservado siempre del ilustre mariscal de los ojos claros una imagen simbólica, que representa el alma entera de una raza de héroes.

KITCHENER



HACE pocos meses, a los postres de un almuerzo que lord Newton tuvo la amabilidad de ofrecernos a algunos periodistas extranjeros en el Claridges-Hotel, un anciano de rostro duro, de maneras breves, de estatura corpulenta, penetró en el comedor sin decir una palabra, nos estrechó la mano sin decir una palabra, y volvió a marcharse sin decir una palabra.

—Kitchener—murmuró a mi oído un vecino de mesa, con un acento en el cual se notaba ese tono convenido entre gente cortés para excusar la manera de los personajes taciturnos.

Luego la conversación general llenóse poco a poco del nombre de aquel hombre ilustre, entonces muy admirado, pero también muy discutido. Con un gran respeto, todos exponían su manera

de pensar sobre la dirección general de la guerra inglesa y sobre el ministro que de ella estaba encargado. Y todos, aun los que más partidarios se mostraban de una campaña muy activa, muy europea, muy moderna, menos *colonial*, tributaban alabanzas entusiastas a la buena voluntad y al tacto del gran organizador de las huestes británicas.

—En suma—dijo al fin alguien —: puede que lord Kitchener no sea el jefe que necesitamos en estos momentos. Pero, ¿dónde está el que pudiera reemplazarle?...

* * *

Estas palabras, envueltas en velos de luto y suavizadas por la sorpresa del dolor nacional, me parece encontrarlas de nuevo en los artículos que la prensa londinense consagra a la situación creada repentinamente por la catástrofe del *Hampshire*. ¿En dónde hallar, en efecto, al caudillo bastante fuerte para encargarse del mando de cuatro millones de guerreros? Y, sobre todo, ¿dónde está el que hubiera sido capaz, en un pueblo opuesto, por esencia y por carácter, a las obligaciones militares en gran escala, el que, en el espacio de dos años, no disponiendo sino de sistemas anticuados, hubiera logrado crear, equipar y animar la formidable falange que tanto pesa en la contienda?

En 1914, el Káiser podía decir, sin gentileza, pero no sin justicia: «El insignificante ejército in-

glés.» Hoy, aquel núcleo de 200.000 hombres que apenas aparecía como una gota de agua en el torrente desencadenado de las fuerzas europeas, ha llegado a llenar un cauce tan profundo cual el de cualquier otro de los beligerantes. Y si es cierto, como lo pretenden algunos estrategas, que para formar tamaña masa de guerreros no era indispensable un cerebro genial, no por eso puede negarse que, dadas las condiciones del momento, sólo Kitchener podía ofrecer garantías de éxito en la tentativa de la empresa. No es fácil, en efecto, comprender lo que en un país cual Inglaterra, antimilitarista por instinto, individualista por temperamento, acostumbrado a confiar sus intereses sagrados a la salvaguardia de sus escuadras, y enemigo, en principio, de las guerras continentales, significa una presión igual a la que el Gobierno ha tenido que ejercer durante estos dos últimos años. Aun en la Alemania imperialista de Guillermo II, no es seguro que, con un sistema de voluntariado, un Moltke hubiese conseguido decidir a cuatro millones de súbditos a alistarse bajo la bandera federal. Y así los que hablan de la *labor sobrehumana de Kitchener* no exageran, y los que dicen que *nadie habría hecho lo que él hizo*, están en lo cierto. «Para darnos cuenta del papel desempeñado por aquel hombre—escribe sir Robert Donal—hay que recordar en qué circunstancias fué nombrado ministro de la Guerra. Encontrábase él en Egipto al agravarse el conflicto. Mister Asquith estaba entonces encargado del

War Office, a causa de los acontecimientos del Ulster, y su primer acto de tino consistió en reconocerse incapaz de continuar en tal puesto ante una tragedia europea. Llamó, pues, al sirdar y en el acto el público se sintió tranquilo. Sin el prestigio de su persona, que inspiraba una absoluta confianza e imponía silencio a los críticos, el país no habría cumplido con su deber como lo hizo desde un principio. Al héroe del Sudán podía hacérsele un crédito ilimitado.» Cómo correspondió Kitchener a esta confianza, el mundo entero lo sabe, y por eso hasta sus más decididos adversarios le perdonan su larga hostilidad contra la reforma del servicio obligatorio.

* * *

En Francia, más que el ministro de un país aliado, el sirdar fué siempre para el pueblo el buen amigo que en 1870, lleno de juventud, lleno de entusiasmo, vino a luchar contra los alemanes en las filas de los móviles del Loira.

—Ahí comencé mi carrera —solía él mismo decir, no sin cierto orgullo.

Y agregaba:

—No hay soldados como los franceses... Ellos me han enseñado lo que sé...

* * *

Lo que sabía, en realidad, lo debía a la experiencia personal. Más que militar de escuela, era

militar de acción. Su existencia entera la había pasado lejos de Europa, peleando, organizando, conquistando. En 1874, a la edad de veinticinco años, emprendió su primer viaje como teniente de Ingenieros, para explorar la Palestina. De 1878 a 1882 sirvió en Chipre. Luego, con el grado de comandante, pasó a Egipto, donde había de llegar a adquirir una fama bien ganada de gran jefe. En la expedición del Nilo recibió su primera herida en Handoub, y tuvo que permanecer algún tiempo inactivo en un hospital. En 1888, a la cabeza de una brigada, emprendió la campaña del Sudán. En 1892 fué nombrado sirdar. En 1896 dirigió las operaciones de Dongola. En 1896 llevó a cabo la conquista de Kharthum, demostrando por primera vez su talento maravilloso de organizador infatigable. El mismo Gordon, que se negó siempre a reconocerle otras virtudes militares, dice, hablando de su conducta en aquellas circunstancias: «Es uno de los raros oficiales que merecen el título de superiores.» Y su compañero de fatigas y de éxitos, el heroico Steevens, escribe en sus apuntes íntimos: «El cerebro y la voluntad son la esencia de este hombre: una voluntad tal que aun en los minutos más difíciles parece funcionar sin el menor esfuerzo. Es el hombre-máquina por excelencia.» Lo que Steevens no agrega, pero que sus demás subordinados proclaman, es que esa máquina era ruda e implacable. Según una frase muy conocida, «el sirdar dejaba a sus amigos en Inglaterra y no llevaba a las co-

lonias sino soldados de hierro». Lo que exigía de sus tropas, en efecto, es inverosímil. Cuando uno de sus oficiales caía enfermo a causa del clima, le castigaba dándole de baja. Nunca tenía una palabra de afecto para nadie. Sin notar que no todos gozaban de una naturaleza atlética como la suya, de todos exigía lo mismo, obligándolos a caminar días enteros bajo un sol de fuego y a pelear sin descanso, a cualquier hora, en cualquier parte, y eso con un desdén aparente de las ventajas estratégicas.

* * *

Donde mejor pudieron los ingleses estimar sus cualidades de sangre fría, de paciencia, de constancia y de indiferencia ante los reveses de la suerte, fué en el Transvaal. Mientras el país entero demostraba su inquietud por las victorias de aquel puñado de campesinos épicos, el sirdar seguía diciendo: «No tengáis cuidado; todo se arreglará como debe arreglarse.» Y realmente, después de una campaña que entonces parecía terrible, y que hoy, comparada con las operaciones de Verdún o del Iser, resulta una simple lucha de patrullas, logró imponer la paz de Vereeninging.

Cuentan que hace algunos meses, recordando aquel triunfo de sus métodos, y refiriéndose a la guerra europea, dijo a un reportero americano:

—Lo mismo que les pasó a los boers, les pasará a los alemanes.

* * *

Su confianza a este respecto no tuvo nunca, ni aun en los momentos angustiosos de la retirada de Charleroi, un punto de vacilación. Sus frases sobre la victoria son conocidas: «La guerra durará tres meses o tres años—dijo en 1914—, y terminará en Berlín.» «Nosotros vamos despacio, pero llegaremos adonde nos hemos propuesto.» «Si yo fuera jugador, pondría toda mi fortuna a la carta de los aliados.»

Y no veáis tales palabras como finales obligados de discursos oficiales, en los que hasta el último momento hay que demostrar al público una fe que no se tiene. Aunque ministro parlamentario, el viejo guerrero fué siempre lo menos parlador que puede imaginarse. Su amigo Gallieni, en París, decía a los diputados cuando le obligaban a contestar a largas interpelaciones: «Señores, me estáis forzando a desempeñar un oficio que no es el mío.» Kitchener no se tomaba ni el trabajo de excusarse de su breve rudeza. Vestido de paisano, sin gran elegancia, con una *jaquette* demasiado corta para su talle de gigante, poníase de pie, calábase unas gafas de oro, miraba de frente a sus adversarios, y en un minuto decía lo que tenía que decir. Cuando estaba en la obligación de leer un proyecto de ley, su voz temblaba un poco, su pulso no era firme, su mirada parecía inquieta. Los *speakers* sonreían viéndole emocionado, cual un muchacho que se presenta ante sus examinadores. Sus compañeros de Gabinete alentábanle con elogios afectuosos. Él, muy se-

rio, trataba de salir pronto del apuro, y luego sentábase, más fatigado que después de una batalla. En la intimidad, en cambio, había, según parece, en su palabra rápida, dura, corta y neta, un calor y una buena fe que convencían e inspiraban seguridad. «Lo único que quiero—solía decir—es que nadie dude de mi franqueza.» Y francamente, lealmente, exponía las innumerables dificultades con que tropezaba. «La obra que llevamos a cabo—aseguró hace un año—no es de las que pueden llamarse fáciles: este país no tiene instintos militares; la sola idea de una ley de servicio obligatorio provoca una crisis profunda. Yo veo mejor que los demás, porque he pasado toda mi vida lejos de la metrópoli. Mis ojos de extranjero no se equivocan. Para llegar a imponer la conscripción forzosa hay que demostrar primero al pueblo que se trata de un asunto de vida o muerte para el país. De lo contrario, es imposible. Las tradiciones son aquí más fuertes que la razón. Por eso hay, ante todo, que hacer entrar en la mente de los ciudadanos la idea de que estamos en los instantes más graves de nuestra historia; que no se trata de una lucha colonial; que estamos jugando el todo por el todo. Mis errores, yo soy el primero en reconocerlos. Yo también he tenido que reeducarme para hacer frente a las circunstancias. Y sus confidencias terminaban siempre con una frase de confianza, con una promesa de victoria.

* * *

—¿Quién nos hablará ahora con la misma lealtad y con el mismo optimismo?—se preguntan los ingleses, llorando la muerte del gran soldado.

En los momentos actuales, en efecto, hombres del temple de Kitchener y de Gallieni son, en países como Inglaterra y como Francia, tan necesarios cual los ejércitos que combaten. Las naciones individualistas, formadas por ciudadanos conscientes e impresionables, no pueden vivir sin grandes profesores de energía. Y si Francia, gracias a la Providencia, es rica en héroes populares, los ingleses mismos confiesan que no pasa lo propio en Inglaterra.

—Entre nosotros—decíame ayer un periodista de Londres—la fama se forma muy lentamente. No improvisamos glorias. Lo que en Kitchener nos inspiraba una fe absoluta era su historia de cuarenta años de esfuerzos, de energía, de luchas y de triunfos. La victoria, para nosotros, estaba unida a su estrella. En su rudeza taciturna, veíamos nuestra imagen agrandada. Perderlo es más grave que perder una batalla.

Por fortuna, en una guerra como la actual, una batalla no es nada, un hombre no es nada. El tiempo, que es todo, se encargará de resolver los problemas más graves.

EL CONQUISTADOR DE TIERRA SANTA



HAY como un eco de las viejas crónicas cristianas en los artículos que los corresponsales de guerra envían en estos días desde Jafa a los periódicos de Londres. «Por la tarde—dice un telegrama del *Daily Mail*—los soldados que se encuentran en Kuryet-el-Enab distinguen, a la luz roja del poniente, las torres de la ciudad santa, y, poseídos de un entusiasmo religioso, juran que pronto la libertarán del yugo de sus opresores infieles.» Y otro parte del mismo diario habla de los guerreros que, al caer en la llanura de Shechem, «besan la tierra de Jesús, felices de dar sus vidas por la conquista del suelo sagrado...» ¿No se dijera que escuchamos a Guillermo de Tiro refiriendo a sus contemporáneos la gesta de los guerreros de

Tancredo?... «Cuando, de pronto, a la claridad de la aurora, vieron los muros—asegura el historiador de las Cruzadas—, los labios murmuraron: «Jerusalén, Jerusalén», y poseídos de un piadoso delirio, con los ojos llenos de lágrimas y las manos sobre la cabeza prometieron que darían su sangre jubilosos para arrancar el sepulcro de Nuestro Señor a los que lo profanaban...» La educación evangélica del protestantismo inglés influye, sin duda, en el ardor de los que ahora, con cañones y automóviles blindados, renuevan las empresas de los caballeros del siglo XI. Pero es innegable que aun las almas menos inclinadas al misticismo experimentan, al sentir la presencia de la Tierra Santa, una inefable impresión de transporte. El mismo general Allenby, espíritu frío, enemigo de los entusiasmos líricos, parece, desde que sus tropas han penetrado en las llanuras de Sarón, un hombre nuevo. «El título de libertador de Jerusalén—dice uno de los periodistas que le acompañan—se le antoja el más bello que puede ganarse en la actual contienda.» Y es preciso confesar que, desde un punto de vista legendario, no se equivoca. Cuando, más tarde, en el laberinto histórico de la guerra, muchos de los nombres que hoy van unidos a hazañas formidables, pero obscuras, se hayan borrado de la memoria del mundo, la imagen del capitán que a la cabeza de un ejército relativamente insignificante resucitó las cruzadas en pleno siglo XX, será siempre popular y universal.

Desde el principio de su carrera, Allenby ha dado muestras de predestinación para las aventuras maravillosas. Como capitán de dragones, hace treinta años, cooperó a la conquista del fabuloso Benuchaland y condujo al combate a los soldados coloniales que codiciaban esas tierras, poseídos por un espejismo de riquezas fantásticas. Tanto habían oído hablar de las minas del Africa oriental aquellos aventureros, que, a medida que avanzaban en su marcha triunfante, los pedruscos que brillaban en la arena se les figuraban diamantes y las colinas peladas parecíanles montones de oro. Luego, durante diez años, cabalgando siempre entre tribus salvajes, Allenby recorrió el Zululand, luchó contra reyes negros, sufrió de todas las fatigas del trópico, y fué, en suma, uno de los héroes de la más embriagadora de las guerras. Pero su cabeza fría era tan refractaria a los delirios exóticos, que cuando, en 1893, pudo volver a Europa, en vez de pedir un nuevo mando activo encerróse en el Staff Colege para seguir los cursos teóricos que confieren el diploma muy estimado, pero muy poco romántico, de oficial de Estado Mayor.

—Es un ambicioso — decían sus compañeros viendo su tranquilidad metódica, su existencia austera, su precoz espíritu de orden.

Lejos de compartir la vida ligera de los militares de su rango y de su casta, casóse siendo aún alumno de la escuela superior de Camberly, y no tuvo ni intrigas de amor ni dificultades de juego. Jinete de profesión, más bien parecía, por su as-

pecto seco, ponderado y económico, un funcionario sedentario. Sus «hombres» en el cuartel le temían más que le querían. Riguroso cumplidor de las ordenanzas, exigía de los demás un respeto a la disciplina que nunca ha sido muy del gusto del *tommy* británico. Nada de *whisky aud soda* en su compañía; nada de salidas nocturnas; nada de pugilatos ruidosos. Trabajo y obediencia: tal era su lema. Y sin decirlo, muchos veían en él a un mediocre condenado a ser hasta el fin de su carrera el esclavo de su propio formalismo.

Pero por encima de su carácter, o de su simple apariencia de carácter, el destino novelesco velaba por su porvenir. En los primeros días de este siglo, sus compañeros lo encontraron a la cabeza de una columna, ya con los galones de teniente coronel en las mangas, en medio de la pelea transvaliana. Y allí, durante tres años, dando pruebas de temeraria bravura, organizando fuerzas homogéneas con jirones de compañías dispersas, manejando sus masas con una maestría de conductor de maniobras, conquistó no sólo la cruz de compañero de la Orden del Baño y la medalla de la Reina, sino algo más importante y más codiciado: la admiración, el cariño, la confianza de los soldados. Porque este hombre rígido y taciturno cuando se trata de organizar y de instruir tropas, se convierte, una vez en plena guerra, en el jefe más lleno de solicitud, de animación, de confianza y de benevolencia. Los oficiales que luchan bajo sus órdenes comienzan siempre por que-

jarse de su disciplina, pero acaban por adorarle.

Al estallar la guerra actual, Allenby era ya mayor general. Los ingleses le confiaron el mando de todas sus fuerzas de caballería, que fueron las primeras que desembarcaron en Francia para sacrificarse heroicamente en las llanuras de Flandes. Y los hombres de escuela y de jerarquía vieron entonces, no sin sorpresa, al joven jefe, recientemente elevado al generalato, colocarse a la cabeza de cinco brigadas completas. «¿No tenemos acaso mariscales para una empresa tan grande?», preguntó un crítico militar. En la batalla de Mons, en Agosto, se vió que, a pesar de su relativa juventud, el comandante de las fuerzas montadas era digno de la confianza que la Gran Bretaña había puesto en él. Sin la división Allenby, en efecto, los alemanes habrían hecho prisioneros, en Fremeries, a las tropas de Fergusson. Más tarde, durante la primera batalla de Ipres, la misma división permitió a sir Douglas Haig mantenerse en Zillebeke hasta la llegada de los refuerzos franceses. Pero, ¡ay!, la guerra de trincheras comenzaba ya entonces a demostrar la inutilidad de la Caballería.

Cuando en un consejo de los estados mayores anglo-franceses Joffre dió orden, en Diciembre de 1914, de desmontar a los jinetes y de convertirlos en trogloditas, Allenby estuvo a punto de pedir su retiro. ¡Sus lanceros magníficos enterrados en las zanjas inundadas!... ¡Sus sables brillantes trocados por piochas y azadones!... ¡Sus bellas

cabalgatas cambiadas por avances de topos!... Nadie, en la Expeditionary Force, había previsto semejante desastre... Era la bancarrota del heroísmo, la quiebra del espíritu de iniciativa, el crack del bello gesto legendario... Por eso, sin duda, durante los meses y los meses sucesivos nadie volvió a oír hablar del magnífico caballero de Zululand, del Transvaal y de Mons... A pie, ese hombre era un mutilado.

El gobierno inglés, que parecía no pensar en él, tuvo, después del desastre de sir Archibald Murray, causado por el ardor de la caballería turca, la idea de recurrir al caballero sin montura. «*¡A cheval, capitaine, a cheval!...*» Como un cruzado de los buenos tiempos románticos, el centauro acudió a la cita de los infieles, y desde el principio de la campaña de Agosto dió de nuevo la medida de su genio emprendedor. «En un ataque inesperado—dice el parte oficial del 10 de Septiembre—el general Allenby ha logrado recuperar el terreno perdido y llegar hasta las puertas de Gaza»... Desde entonces, siempre a caballo, siempre a la cabeza de sus jinetes, el conquistador de la Tierra Santa ha seguido avanzando por las llanuras bíblicas hasta llegar al pie de los muros de David.

—¿Por qué no ha tomado aún a Jerusalén?—se preguntan los que en París y en Londres no han perdido aún la manía de la impaciencia estéril.

—Puede que a estas horas la haya tomado ya—contestan los que siguen con serenidad sus operaciones.

En todo caso, como inglés, como jefe supremo de las tropas de su majestad británica, ha podido, desde hace algunos días, dirigir a sus amigos de Londres un despacho en el cual les comunica que Lydda se halla en su poder. Y esto, que para nosotros no significa nada, es, para los ciudadanos de la Gran Bretaña, el más grato de los acontecimientos. Porque si la tradición no nos engaña, Lydda, que se halla entre Jerusalén y Jafa, es el lugar en que se encuentra la tumba de San Jorge, patrón de los ingleses. «Para llegar ahí—dice Mylet—hemos tenido antes que recorrer todo el país de los filisteos, donde las mejores divisiones turcas trataban de sepultarnos bajo la metralla. En el valle de Hebrón, entre los recuerdos de Abrahán, Isaac y Jacob, nuestros soldados entonaban cánticos religiosos, dirigiéndose hacia el lugar donde David mató a Goliat. Toda el alma de nuestro ejército se estremecía ante estos recuerdos...»

La vieja Inglaterra, que es tal vez el único pueblo europeo que une en su espíritu el amor del Antiguo Testamento con la veneración del Evangelio, estaba predestinada a recorrer esas etapas que van desde el país ensangrentado por los macabeos hasta las montañas santificadas por Jesús. En sus manos tolerantes y respetuosas no es de temerse una reacción que haga imposible la existencia de los varios pueblos que tienen derecho a convivir santamente en las ruinas del templo de Salomón. Porque no hay que olvidar que Jerusa-

lén no es sólo la ciudad santa de los cristianos. Lo mismo que nosotros, los judíos se hallan en la casa solariega de sus creencias, y lo mismo que los judíos, los musulmanes ven allí uno de sus más grandes santuarios. La tumba de Jesús, la tumba de David y la tumba de Omar merecen el mismo respeto.

En las cancillerías de los aliados, según parece, hállase ya en estudio el régimen futuro de la Palestina libertada. «Todos los países católicos —dice Jacques Bainville—tienen derecho a cooperar a la resurrección de la Tierra Santa, excepto Austria, que es enemiga de Inglaterra, y España, que por su neutralidad se ha puesto fuera del concierto de los pueblos.» Otro proyecto consiste en entregar a Bélgica el protectorado de los lugares bíblicos. «Es—escribe el *Siglo XX*—una de las compensaciones que más pueden halagar al país que tanto ha sufrido durante estos tres años de guerra.» Sea como sea, no hay duda de que Jerusalén, libre del yugo de un imperio poco respetuoso de las creencias ajenas, está llamada a convertirse en el verdadero templo del Universo. El general Allenby lo ha dicho en una de sus recientes proclamas a sus soldados: «Nuestra obra es la más bella, porque es la más desinteresada. Nada vamos a buscar para nuestro imperio. Lo que queremos es entregar al mundo entero la montaña que guarda los relicarios de la fe.» Bellas palabras que honrarán eternamente al último de los caballeros cruzados...

LLOYD GEORGE



Los cronistas londinenses han glosado irónicamente la aventura del pintor Augustin John, que, encargado de hacer el retrato de Lloyd George, le representó mucho más alto, mucho más fuerte, mucho más atlético de lo que en realidad es. Para excusarse de su error material, el artista, que sólo había visto a su modelo en el Parlamento, ha contestado:

—Yo veo grande a nuestro gran ministro, y por más que hago, no puedo dejar de encontrarle proporciones balzacianas.

Esta anécdota me interesa, porque me hace recordar lo que me pasó a mí mismo cuando, hace algunos meses, tuve el honor de conocer al ilustre ministro inglés. Era en Londres, en un almuerzo que los periodistas de la City habían organizado

para festejar a algunos escritores españoles, entre los cuales me encontraba yo. A los postres, después que lord Burnham hubo leído un discurso de circunstancias, vimos ponerse de pie a un hombrecillo de bigote entrecano, de gestos nerviosos. «Lloyd George», murmuró a mi oído un vecino de mesa. Mi asombro fué inmenso. ¿Lloyd George aquel ser menudo, de aspecto modesto, de mirada inquieta?... Y el hombrecillo comenzó a hablar de la guerra (naturalmente). ¿Qué fué lo que dijo? No lo recuerdo de un modo exacto. Dijo lo que dice siempre desde hace dos años; dijo su fe, su confianza en la victoria; dijo su orgullo de haber creado un formidable imperio militar donde antes no había sino un pueblo antimilitarista; dijo su satisfacción de haber puesto en movimiento millares y millares de fábricas de artillería; dijo, en fin, su intención de hacer cada día algo mayor, algo mejor, hasta llegar a la cima... Para mí, lo interesante no era el discurso mismo, sino el hombre que lo pronunciaba y la manera de pronunciarlo. Poco a poco, en efecto, aquel ser menudo crecía, se engrandecía, se transfiguraba, iluminado por una llama soberbia de pasión y de entusiasmo. Así, si al salir de aquel almuerzo alguien me hubiera pedido que trazase una silueta del *leader* de las municiones, como entonces se le llamaba, es probable que habría cometido el mismo error material de Augustin John.

Pero ¿es realmente un error el de pintar al sucesor de Kitchener tal cual aparece en la tribuna,

cuando se eleva por encima de los que le rodean, y no como lo ven aquellos que le visitan en su despacho en las horas de calma? Balzac también era corto de talla, y no por eso Rodin ha dejado de encarnar su imagen en un ciclópeo bloque de mármol.

—Esperad—podría decir el pintor de Londres—, esperad... Dentro de un siglo, mi lienzo será más real que las fotografías que ahora publican las revistas...

Porque no hay duda de que, entre todas las figuras políticas que sobresalen en nuestra época, ninguna aparecerá más grande que la de Lloyd George ante la posteridad.

* * *

En Francia, en España, en Italia, la vida de este hombre no sería sino un noble ejemplo de lo que puede la voluntad unida a la inteligencia. Pero en Inglaterra, donde los altos destinos de la política están aún reservados a las clases aristocráticas, resulta un cuento de hadas, una aventura fantástica, casi una historia inverosímil. Figuraos, en efecto, la impresión que deben causar en el ánimo de una dama de Londres estas simples frases relativas al más grande, al único grande hombre que hoy existe en el Imperio británico: «Huérfano miserable, fué recogido por un tío suyo que era zapatero en una aldea del país de Gales y que le educó pobremente.» El mismo Beriah Evans, a pesar de su gravedad de biógrafo oficial, ha titulado su libro: *The Life Romance of Lloyd*

George. Y eso es, realmente, la existencia del ministro todopoderoso a quien hoy admira el mundo entero: una novela, una novela muy moral y muy inglesa, sin intrigas galantes, sin frivolidades, sin arte, pero tan llena de ideales elevados y de energía, tan impregnada de fuertes aromas bíblicos, que a veces llega a parecer un poema.

La primera página de la novela de Lloyd George ha sido escrita por él mismo: «Mi pobre tío—dice—no se casó nunca para poder cumplir el deber que consideraba sagrado, y que consistía en educar a los hijos de su hermana. Todo su tiempo, todos sus recursos, toda su actividad, fué para nosotros. Nuestra existencia era dura. Muy rara vez comíamos carne, y me acuerdo de que nuestro mayor lujo era la mitad de un huevo para cado uno de nosotros el domingo en el almuerzo.»

El ilustre político escribe esto con melancolía, pero sin amargura. Más orgulloso que el poeta alemán, que se complacía en hacer «pequeñas canciones con sus grandes penas», este legislador, este luchador, este revolucionario, se ha servido de sus propias miserias para predicar ante los fariseos del Parlamento un formidable evangelio de redención social. Un agitador que en un mitin habla de las miserias del pueblo como de un problema abstracto, no es sino un agitador. Un ministro de Hacienda que sube a la tribuna de la Cámara en Londres y que dice sus propias angustias, es un apóstol. No creo que se hayan pronunciado en los debates políticos de Europa pa-

labras más bellas que las siguientes dirigidas a los lores: «¿Qué es la pobreza? ¿La conocéis siquiera vosotros? Si no la conocéis, dad gracias a Dios, que os ha librado de sus sufrimientos y de sus tentaciones. Si la conocéis, porque habéis visto a los que sufren de ella, rogad a Dios que os perdone por no haber hecho lo que hubierais podido hacer para remediarla. Un día vendrá en que este país ha de estremecerse por haber tolerado este estado de cosas, cuando tantos privilegiados no saben cómo emplear sus riquezas. Además de ser inhumanos y de ser injustos, cometéis un robo al negar al pobre, al obrero, su parte legítima en las riquezas de la nación. Los duques gruñen como cocheros y los lores juran como arrieros. Les pedimos algo para aliviar la suerte del proletario, y nos injurian. Les decimos: «Unos céntimos, nada más que una moneda *de cobre*, y nos responden que somos ladrones, y azuzan a sus perros para que ladren contra nosotros.» Antes de hablar así a los lores desde el banco de los ministros, Lloyd George había ya defendido, como diputado, todas las causas justas, sin miedo de ofender los sentimientos del pueblo. Porque este caudillo, que tiene un alma franciscana y que predica con un ardor digno de Savonarola, no es más condescendiente con la masa, cuyas penas le conmueven, que con los aristócratas, cuyo fariseísmo le exaspera. La historia de sus campañas oratorias durante la guerra sudafricana, lo demuestra así.

En aquella época la unión sagrada no era un

dogma, y cada partido, cada grupo, cada personaje, consideraba la campaña según sus principios o sus conveniencias. Los grandes parlamentarios, no obstante, los Asquith, los Grey, los Rosebery, habíanse declarado, desde el principio, partidarios de la guerra, y sostenían la política de Chamberlain. El mismo Campbell Bannerman apoyaba al Ministerio. El pueblo, la masa, no sólo aplaudía la guerra, sino que pedía la conquista de toda el África. Lloyd George, que militaba en las filas del partido liberal, y que era ya ya «el hombre de la plebe», encontróse, dadas sus ideas pacifistas y su horror por una empresa militar organizada por los banqueros de la City, en un grave conflicto moral. El interés y la disciplina política aconsejábanle inclinarse ante las ideas de su jefe, Bannerman, y de sus electores. Su conciencia le inducía a luchar contra una aventura indigna del Imperio británico. Su conciencia triunfó. Entonces, para contenerle en la campaña pacifista, a la cual marchaba con denuedo, uno de los más iñfluyentes ministros le hizo notar lo antipatriótico de su tarea, que no podía sino debilitar y perturbar al país. Su respuesta fué la siguiente: «En tiempo de guerra, como en tiempo de paz, yo no acepto que nada en el mundo pueda privar a un ciudadano inglés del derecho de expresar libremente sus pensamientos, sean cuales sean las exigencias de la política, del ejército y aun de la patria.» Y su cruzada continuó, ardiente y vehemente. ¡Ah, los procelosos mítines de

Glasgow, de Bristol, de Birmingham!... Cada uno de ellos resultaba una derrota para el apóstol pacifista. La multitud, irritada, llamábale traidor, vendido, asesino, loco, ladrón. Aun en su pueblo natal, el populacho le injurió. En una asamblea de Birmingham, en 1901, el furor popular llegó a tal punto, que la Policía no pudo contenerlo. La plebe rompió las sillas y asaltó la tribuna; la sangre corrió; hubo muertos y heridos. «¿Y Lloyd George», preguntábanse sus amigos, con inquietud, al salir de aquella trifulca. Lloyd George había huído, vestido de *policeman*. Esta aventura hizo reír a toda Inglaterra. «El león indomable – dijeron los periódicos—ha sucumbido en el ridículo, con un disfraz que da la medida de su heroísmo.» En realidad, el león, lejos de morir entonces, cobró nuevos entusiasmos, y ya no en la calle, sino en el Parlamento, continuó denunciando la guerra como una operación financiera, como una aventura de piratas, como un crimen sólo digno de un pueblo de mercaderes y de agiotistas. Ni su jefe, sir Henry Campbell Bannerman, ni sus amigos, lograron hacer que se moderase. Su elocuencia sonaba en el frío palacio de Wéstminster como un clarín bíblico.

—Si mi tío el zapatero me oye desde el cielo—dijo un día en su club—, estoy seguro de que aprueba mi conducta, y su sola opinión vale para mí más que la del Parlamento entero.

* * *

Hay algo de coquetería, sin duda ninguna, en frases como ésta, para demostrar un orgullo soberbio de humildad. Pero los que conocen al gran ministro inglés aseguran que tal coquetería tiene una profunda base de ternura familiar. Los años de la infancia, pasados en la tiendecilla del buen remendón galesiano, entre una Biblia y una lezna, han dejado en su alma un fermento de poesía poco común en los políticos británicos. Sus principios religiosos, estrictos e intransigentes; su amor de la gente pobre, su sensibilidad nerviosa, su respeto por las reivindicaciones obreras, su rectitud moral y hasta su desprecio por los títulos nobiliarios, nacieron en aquel hogar miserable. El zapatero de este cuento de hadas, en efecto, era un verdadero tipo apostólico que empleaba sus ocios dominicales en predicar contra el papismo en el templo de su pueblo, y que compartía con los que eran más pobres que él lo poco que aún tenía. En las naciones latinas, donde la religión es una y única, no hay idea del fanatismo que anima en las naciones anglosajonas a los miembros de las infinitas sectas reformadas. Los iluminados yanquis o ingleses que de vez en cuando hacen hablar de sus aventuras y que a nosotros nos parecen casos singulares de locura mística, son, en realidad, tipos corrientes de exaltación evangélica. El zapatero de Gales fué uno de ellos en su modesta esfera aldeana. Lloyd George es otro: el más famoso de todos en nuestra época, el más influyente, el más elocuente, el

más bíblico. La secta a la cual pertenece, y que es una de las más estrechas de Inglaterra, está formada por puritanos fanáticos para quienes el Papa es un Anticristo y la Iglesia oficial inglesa un falso protestantismo. Para luchar contra esa Iglesia que tiene obispos al igual que el catolicismo, tuvo, en su juventud, la idea de presentarse a las elecciones legislativas de 1888. Ya en su niñez, en la escuela, había organizado un verdadero complot contra la enseñanza oficial del Catecismo y contra la obligación de asistir a las ceremonias eclesiásticas de los días sacramentales.

Pero es en el Parlamento donde su labor anticlerical ha sido verdaderamente revolucionaria. «Los clérigos y los nobles—dijo en uno de sus primeros discursos—han roto la alcancía de los pobres y se han repartido el dinero que contenía. El círculo de los lores y de los sacerdotes se apodera de lo que pertenece al pueblo.» Y poco después agregó en otro discurso: «¿Os acordáis de la parábola del hombre que cayó entre los ladrones? Pues bien: los campesinos de nuestro país han caído entre los ladrones, pero los sacerdotes nuestros son peores que el sacerdote de la parábola. El sacerdote de la parábola contentóse con seguir su camino sin hacer caso del hombre despojado de sus bienes, mientras los nuestros se han unido a los ladrones.» Palabras cual éstas, que en Francia misma, con todo el anticlericalismo francés, parecerían escandalosas, en Inglaterra, emporio de las tradiciones respetuosas, provocaron tem-

pestades de indignación. No hay injuria, no hay columnia que no haya sido lanzada a la faz del apóstol no-conformista. Se le ha llamado mal patriota, traidor, espoliador y hasta violador de sepulturas.

Este último ataque es quizá el menos injusto, pues realmente, en su ardor anticlerical, Lloyd George se hizo un día cómplice de un delito de sacrilegio. Fué en un pueblo de Gales, hace veinte años. Un hombre, cuyos padres estaban enterrados en un cementerio protestante, murió en el seno de la Iglesia puritana revolucionaria. Sus amigos decidieron llevar sus restos al mausoleo que le pertenecía y celebrar el entierro conforme a sus ritos no-conformistas. El rector de la parroquia, en uso de su derecho secular, hizo cerrar las puertas del camposanto. Entonces Lloyd George aconsejó a los directores del cortejo fúnebre que abrieran una brecha en la tapia y que penetraran por la fuerza en la necrópolis oficial. Así lo hicieron, y el muerto pudo reposar, a pesar del clero, al lado de sus mayores. El proceso que aquel acto provocó fué ruidoso y largo.

* * *

Se ha hablado mucho del separatismo de Lloyd George, y a causa de él se le ha acusado de ser «enemigo de la patria». En realidad, lo único que el gran patriota pide para su región natal, es lo que los irlandeses han obtenido para la suya. «Su

verdadero proyecto—dice uno de sus íntimos amigos — consiste en reconstituir un día el Reino Unido sobre las bases de un amplio federalismo, con poderes individuales idénticos en Inglaterra, en Irlanda, en Escocia y en el país de Gales, y con un Parlamento verdaderamente imperial que decida en los asuntos imperiales en nombre de la nación.» Hasta ahora, en todo caso, sus campañas no han sido organizadas sino para pedir el *home rule* de Gales. ¿Cuál de los paisanos de Amadis no pide lo mismo?... Pero es el tono, es el ardor, es la fuerza bíblica, lo que en este hombre choca y hiere cuando no seduce. A sus eternos enemigos los lores que le preguntaban cierto día cuáles eran sus argumentos para defender el separatismo galés, contestóles: «Voy a exponeros uno de ellos. Las minas de carbón de mi tierra os pagan a vosotros y a vuestros compañeros los landlores 200.000.000 de francos en calidad de derechos de regalía. ¿Por qué? ¿Sois acaso vosotros, son acaso vuestros antepasados los que pusieron la hulla en nuestro suelo? No; no sois vosotros los que habéis creado en el país de Gales las grandes rocas carboníferas. Y, sin embargo, por una especie de derecho divino, exigís esos millones por permitir que los obreros tengan el derecho de arriesgar sus vidas trabajando en las minas.» Cada aristócrata, naturalmente, era, hasta hace poco, un enemigo personal del que así trataba a toda su casta.

* * *

Todo su amor, el fuerte apóstol lo ha puesto en el pueblo que sufre. Hay páginas en sus discursos que parecen poemas evangélicos, poemas franciscanos, casi poemas verlainianos: de tal modo resplandece en ellos la virtud de la universal hermandad. El mundo no ve en su obra sino lo que tiene de demoledora, de agresiva, de recia. ¡Ah, sus ataques contra los lores, contra los obispos, contra los banqueros, contra los Gobiernos!... ¡Ah, sus arranques sangrientos contra los Rothschild, los Chamberlain, los Balfour, los Salisbury! Sería necesario recurrir a León Bloy para encontrar acentos más ásperos que los suyos. Pero, en el fondo de esa elocuencia, los que saben buscar encuentran una piedad infinita y una infinita dulzura. Los pobres, los desheredados de la fortuna, los que sufren de las injusticias sociales, esos son sus hermanos, esos son los que inspiran sus nobles lamentaciones, esos son los que ponen en medio de sus improperios bíblicos una gota de miel mezclada a menudo con una lágrima del corazón. Ahora mismo, a pesar de la tormenta, mientras los demás ministros europeos hablan únicamente como hombres de Estado, él es el único que, dejándose llevar de su generosidad poética, se atreve a llorar en sus discursos los horrores de la lucha. «¡Ah — dice—, es una terrible cosa, una cosa que espanta, esta guerra!... En todo es horrible. Poco ha tuve ocasión de hablar con uno de los generales que luchan desde el principio, que sabe lo que es la tragedia, y que des-

pués de conocer las matanzas, las carnicerías de estas batallas, me ha dicho: «Los hombres responsables del conflicto tienen un alma de demonio.» Y este grito salía de un pecho noble, de un pecho justo.» A los que le recuerdan sus antiguas predicaciones pacifistas censurando su actual ardor guerrero, les contesta: «Es porque odio la guerra por lo que quiero crear una fuerza capaz de ven cer. Necesitamos una victoria tal, que sirva para advertir a los reyes y a sus consejeros que de hoy más tendrán que pagar muy caro lo que intenten contra el Derecho y contra la Justicia. Necesitamos una victoria que no sea dudosa y que ningún profesor alemán pueda falsear ante los ojos crédulos del pueblo. Si no la obtuviéramos, nuestros sacrificios serían vanos y tendríamos que sacar de nuevo la espada. Acabemos con la guerra, acabemos para siempre con esa pesadilla espantosa.» Al grito rabioso de *Gott straffe England*, su voz justiciera contesta anunciando la destrucción del pueblo criminal que ha encendido las llamas en que el mundo se consume desde hace dos años.

* * *

Y lo singular, lo que mejor demuestra su espíritu incapaz de pasiones bajas, es que hasta hace poco antes de estallar el conflicto, lejos de odiar a los alemanes, les demostraba una sincera simpatía. En 1914, nada menos, contestando a los que

hablaban del peligro germánico, expresóse en estos términos: «Esas no son sino habladurías de la hora del te, y además de llevar el sello de las tonterías inventadas por los soñadores de escándalos, resultan odiosas por crear rencores entre países vecinos.» Algunos irreconciliables le recuerdan ahora esto, como le recuerdan también sus discursos contra el aumento de la flota. Mas en términos generales puede decirse que su labor actual ha hecho que el país entero le perdone sus campañas pasadas. «Es nuestro más gran político, confiesan los ingleses de todos los partidos. Y, realmente, lo es. Es el más activo, el más enérgico, el más entusiasta, el más genial. El ejército formidable creado por Kitchener, él es quien lo anima y quien lo mueve. Él es quien, con su soplo de fuego, atiza en el reino entero la voluntad de luchar. Él es quien ha formado las legiones de millones de obreros que trabajan día y noche para fabricar los elementos indispensables a esta guerra de tempestades. Él es, en suma, el alma de la Inglaterra nueva, de la Inglaterra que ha despertado de pronto de su sueño de paz, y que, irguiéndose en medio de la pelea con su armadura adamantina, decide, una vez más, de la suerte de Europa y del porvenir del mundo.

* * *

Lloyd George suele decir:

—Mi única virtud es el amor del trabajo.

No hay actividad como la suya, en efecto. Los

que, en tono de broma, aseguran que «duerme con su secretario», no se equivocan. «Cuando preparaba los presupuestos — escribe uno de sus biógrafos — metíase en la cama con sus legajos y en medio de la noche despertaba a menudo para apuntar las ideas que le quitaban el sueño.» Hoy Europa entera ve con asombro sus viajes, sus campañas populares, sus innumerables circulares, sus negociaciones con los Sindicatos obreros, sus conferencias diplomáticas. Bíblico siempre, dijérase que realiza en su propia persona el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Y para que el prodigio no tenga nada que parezca un alarde, todavía tiene la coquetería de hacerse fotografíar en traje de *sport*, jugando al *golf* con su hijo en una pradera de Escocia, o al borde de un río, en compañía de sus hijas, pescando apaciblemente.

Un hombre así, en verdad, merece que se le pinte siempre muy grande.

BALFOUR



i alguien hubiera tenido hace diez años la peregrina idea de decir que Lloyd George y A. J. Balfour llegarían un día a formar parte del mismo Gabinete, toda Inglaterra se habría echado a reír. Porque realmente, si hay en el mundo dos figuras opuestas, dos almas adversas, dos mentalidades antagónicas, son las de los dos hombres que hoy dirigen la Marina y el Ejército británicos. En lo único en que se parecen es en haber sido, uno y otro, educados por un tío bondadoso. Pero, ¡qué distancia entre el humilde zapatero que consagró su miseria a dar una instrucción esmerada al niño de Gales, y el soberbio aristócrata que hizo del niño de Escocia un potentado de la política! En Eton y en Cambridge, en los claustros venerables de los nobles

colegios donde el *golf* tiene tanta importancia como la Filosofía y donde un nombre ilustre es más respetado que el mejor diploma, el *litle* Arthur James era ya halagado a causa de su parentesco con el famoso y poderoso lord Salisbury. Y cuando, en 1869, según las tradiciones linajudas, celebráronse las fiestas de la mayoría del joven Balfour, el alcalde de Whittingeham pudo decir que aquella ceremonia era el coronamiento de un príncipe llamado a heredar una de las coronas de mayor precio en la alta política.

* * *

A los veinticinco años, Balfour era ya doctor en Artes, doctor en Letras, bachiller en Filosofía, licenciado en Ciencias morales y campeón de *golf*. Además, era propietario de la mitad de una provincia. ¿Qué más podía necesitar para aspirar a los honores parlamentarios? Pero su vocación no le llamaba hacia Wéstminster. Y así, cuando su tío, sin consultarlo, lo hizo elegir diputado en 1874, contentóse con ir una tarde a tomar posesión de su cargo y al día siguiente emprendió un largo viaje alrededor del mundo. En los países lejanos, según sus propias confidencias, todo le interesó más que la política. Bien nutrido de savia teológica y de esencia metafísica, llevaba probablemente ya en el cerebro las bases de sus futuros estudios sobre la *Filosofía de la Duda*. En cuanto a principios de gobierno, es probable que

ni siquiera había aún pensado en tenerlos. Su biógrafo oficial, Bernard Alderson, dice hablando de los primeros años de su vida legislativa: «Era un aristócrata indolente, para quien asistir de vez en cuando a las sesiones de la Cámara constituía un recreo sin consecuencias.» No obstante, al terminar la legislatura, sus electores le renovaron su mandato. Sus electores fueron, en números exactos, 564 siervos de sus dominios.

—Hay que darle gusto a mi tío — aseguran que dijo al presentar su candidatura aquella segunda vez.

Y ya se preparaba a un nuevo viaje lejano, cuando una circunstancia imprevista hizo cambiar el rumbo de su existencia. Para luchar contra la omnipotencia liberal de Gladstone, lord Randolph Churchill decidió la fundación de un grupo de libres opositores decididos a todas las violencias parlamentarias. Lord Salisbury, por su categoría, por su nombre, por su historia, no podía figurar en aquella especie de *complot*, al cual, sin embargo, lo llevaban sus simpatías.

—En mi lugar — preguntó —, ¿no queréis a mi sobrino?

Cortésmente los conjurados contestaron:

—Con mucho gusto.

Entonces comenzó una campaña que hizo ruido. Cada tarde, los Drumond Wolff, los Churchill, los John Gorst, pronunciaban algún discurso contra el *great old man*. El joven Balfour, por no ser menos, decidióse también a perorar, y con una

coquetería que a algunos les pareció algo cómica, recitó su primera oración política contra la inmoralidad electoral... Haber hablado era ya una inicial consagración. La suerte le deparó una segunda, mejor y más rara, cuando Gladstone en persona púsose de pie para contestar a otro de sus discursos. «Este noble diputado—murmuró un maldiciente — puede ya ser ministro o cosa por el estilo.» Y, en efecto: poco después, al encargarse lord Salisbury de formar un Ministerio conservador, no tuvo el menor escrúpulo en nombrar a su sobrino presidente del Local Government Board.

* * *

Con la vanidad que nos caracteriza, los españoles creemos que el espíritu de familia es una virtud exclusiva de nuestros políticos. «¡Ah—decimos —, esos yernos de Fulano, esos hijos de Mengano!.,. Pero, ¿qué son nuestros patriarcas, comparados con los de la correcta Inglaterra?... Leed estas líneas de un escritor que no peca por lo maldiciente: «Lord Salisbury era un gran ministro, pero tenía los sentimientos familiares en extremo desarrollados. Cada vez que subía al Poder, rodeábase de un fuerte contingente de sus parientes, los Cecil. Así, los lores llamaban a su Gabinete el Cecil-Hotel. Hay una anécdota que durante años y años hizo reír en los clubs. El *leader* conservador acababa de formar un Ministerio, en el cual figuraba Chamberlain. El nuevo

ministro de Colonias penetró un día en el despacho del presidente, donde se hallaba también Balfour, y después de hablar de asuntos graves, retiróse. «Arturo — dijo entonces lord Salisbury—, ¿cómo encuentras a nuestro primo?» «Muy bien — contestóle Balfour—; pero no es nuestro primo.» «¡Imposible—terminó el presidente—, imposible!... Si no lo fuera, no sería ministro.»

Por ser Cecil de verdad, el joven presidente del Local Government Board pasó pronto a desempeñar el puesto de secretario para Escocia, que es algo así como un virreinato ministerial. De lo que ahí hizo, la Historia recuerda únicamente que contestando a los que se quejaban de la miseria de los campesinos del Higlands, afirmó que el único remedio para tal estado de cosas era la emigración en masa de los que se quejaban. ¡Figuraos lo que Lloyd George hubiera contestado a un ministro dueño de media provincia escocesa y millonario diez veces gracias a la explotación de sus abuelos, si le hubiera oído hablar así!... Pero Lloyd George no había nacido aún a la vida parlamentaria y sus denuestos bíblicos no hacían todavía temblar la Cámara de los Comunes.

* * *

Si del virreinato escocés de Balfour no queda sino una frase, su proconsulado irlandés ha dejado una página entera en la historia de los más obscuros días del pueblo mártir. La época era

—hay que confesarlo—tan agitada como espinosa. El hombre más ilustre del Imperio, el *great old man*, no había conseguido, con su política de promesas y de condescendencias, apaciguar los ánimos alterados por la sed de autonomía. El fracaso de los partidarios del *home rule* hacía temer discordias sangrientas. El país entero pedía, para dominar la situación, una mano que fuese al propio tiempo fuerte y hábil. El jefe del Gobierno escogió la de su sobrino. Las primeras palabras del nuevo procónsul fueron de tal naturaleza, que en medio de sus graves preocupaciones, el Parlamento tuvo que sonreír ante tamaño orgullo. «Seré como Cronwell—dijo—; pero al mismo tiempo seré como Parnell. Hasta hoy, mis predecesores se han mantenido sobre el pie derecho o sobre el pie izquierdo. Yo me mantendré sobre los dos pies.» Al cabo de pocos meses, seis diputados irlandeses estaban en la cárcel, lo que no se había visto nunca en Inglaterra. Una palabra, un gesto, un grito, bastaban para provocar represalias severas. Balfour, que había comenzado su carrera política en calidad de *dilettante* sin pasiones, mostrábase de pronto capaz de los más detestables alardes de energía. En su soberbia, llegó a desdeñar de tal modo a los diputados de la oposición, que ni siquiera se dignaba contestar a sus interpelaciones. Un funcionario de su Ministerio, un coronel de maneras bruscas, representábalo en la Cámara y leía las respuestas que él le dictaba. Su impopularidad en Irlanda llegó a ser tan grande

como la de Lloyd George en Inglaterra durante la campaña del Transvaal. Por todas partes surgían contra él las amenazas. Cuando tomaba la palabra en un mitin, era necesario sacar a la calle tropas para protegerlo. Como un tirano del Renacimiento, vivía rodeado de guardias pretorianas que le acompañaban a todas horas, por todas partes. Un diputado llegó a decir que no reconocía a su patria y que se figuraba vivir en la Venecia del siglo XVI. El procónsul contentóse con responderle: «Habéis traspasado los límites de la lucha política; habéis llegado a despertar el alma del crimen: yo os trataré, pues, como criminales.» Y redoblando de dureza, llenó las cárceles irlandesas de sospechosos. Sus amigos hacen notar que al mismo tiempo llevaba a cabo una obra considerable de mejoras materiales, creando líneas férreas, escuelas, bancos, hospitales. Es cierto.

Fué un buen tirano; pero fué un tirano, y los irlandeses no han conservado sino el recuerdo de sus violencias.

Lo curioso es que al mismo tiempo que así ejercía un mando absoluto en medio de una atmósfera de odio y de peligro, entreteníase en escribir obras de suave filosofía para defender el escepticismo y la duda. Se ha dicho que no hay inglés que posea más títulos que él. En su honor, debe agregarse que ninguno de esos títulos es nobiliario. Habiendo podido ser lord o ser marqués, no es ni siquiera sir. No es más que míster, como cualquier plebeyo. En cambio, es doctor honorario en

Derecho, en Ciencias y en Artes de todas las grandes Universidades, y miembro de todos los Colegios venerables del reino. Su diploma de «Eldern Brethern», en Trinity Hause, le concede el privilegio de vestir el uniforme de capitán de fragata del tiempo de Jorge III, lo que ha hecho decir, en estos últimos días, que es sin duda por esta razón por la que se le ha nombrado ministro de Marina en el actual Gabinete.

* * *

Al abandonar el proconsulado de Irlanda, su actuación en el Parlamento, donde se distinguió como orador de combate, creó alrededor de su soberbia una aureola gloriosa. El odio que los irlandeses tenían por él hacíale simpático a los que creen que es necesario imponer por la fuerza el respeto de la unidad británica al pueblo rebelde. Al apoyo de su tío unióse el apoyo de la suerte. Así, cuando en 1891, a la muerte de Smith, quedó vacante la dirección del partido conservador en los Comunes, lord Salisbury no tuvo que vencer grandes resistencias para hacerle proclamar *leader* de su mayoría. Con este carácter ocupó luego los Ministerios más codiciados, y, lo que vale más, fué durante el último Gabinete de Gladstone jefe de la oposición en la Cámara. El problema del *home rule* era entonces, y lo es todavía hoy, el asunto más grave de la política interior. Los debates que el proyecto liberal del *great old man*

provocaban, se recuerdan como los más violentos que se han visto en el transcurso de un siglo. Con su carácter animador, Balfour atizaba el fuego de los odios políticos hasta el punto de provocar, en dos o tres ocasiones, verdaderas batallas en pleno palacio de Wéstminster. Y triste es decirlo, su energía fué más poderosa que el genio y el mal genio de Gladstone. El *home rule*, votado por los Comunes, fracasó ante los Lores. El ensueño de los irlandeses desvanecióse por culpa de la ceguera conservadora. Balfour puso las armas en manos de Cassement. Pero Inglaterra sentíase tan fuerte, que nadie podía prever que un día, en medio de la más formidable crisis nacional, Dublín había de levantarse al grito de «¡Viva la libertad!»

* * *

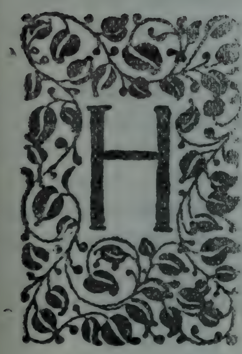
Luego vino la guerra del Transvaal. Ahí el vencido por Balfour fué Lloyd George.

Luego vino la paz de nuevo, la paz con la conquista, el triunfo de la política imperialista, el apogeo del orgullo... Lord Salisbury, enfermo y cansado, retiróse a la vida privada, dejando como feudo a su sobrino la presidencia del Consejo. Todo parecía arreglado por la Providencia para que el representante de la familia Cecil gozara en paz de la corona que el alcalde de su pueblo le había prometido muchos años antes. Sólo que, ¡ay!, en el reino de la política las sorpresas suelen

ser crueles. Una vez dueño de todo, Balfour fué derrotado en Manchester en las elecciones legislativas de 1906. ¿Un jefe de partido, un primer ministro, sin acta de diputado?... ¡Claro que no podía ser! Sus amigos encontraron a un buen parlamentario que, en cambio de alguna canonjía, le cedió su puesto en otro distrito. El arreglo salvó la situación inmediata. Durante algún tiempo nadie notó que el gigante estaba herido de muerte. Un día, al fin, a propósito del *veto bill*, su partido se dividió en dos fracciones, y la más importante le abandonó. Fué necesario retirarse a la vida privada, volver a los estudios de Filosofía, recorrer sus dominios escoceses...

La unión sagrada creada por la guerra contra Alemania le ha hecho salir de su retiro, y su gran soberbia se complace en creer que su cartera es la más importante, puesto que Inglaterra es, ante todo, una potencia naval. Pero, en realidad, su figura desaparece casi por completo detrás de la figura de Lloyd George. ¡Quién lo hubiera dicho hace veinte años!... El sobrino del zapatero de aldea, el que no ha heredado nunca nada, el que ha luchado siempre con el pueblo y por el pueblo, el adversario de todas las tiranías, es el que se ha convertido en verdadero soberano de la opinión... La vida se complace así en crear un cuento de hadas para inspirar un nuevo capítulo al autor de la *Defensa del escepticismo*...

LA AVENTURA INVEROSÍMIL DE MONSIEUR DESCHANEL



HAY algo de terrible y de grotesco, algo que no es tragicómico a nuestra manera clásica, sino trágico y bufo al modo inglés, al modo shakespeareano, mejor dicho, en la aventura de monsieur Paul Deschanel. En primer lugar, como lo recuerda el *Sunday Express*, es un personaje de *Las Alegres Comadres* el que asegura con voz sentenciosa que no hay nada que tan mala suerte traiga a un mortal, como dormirse el domingo de Pentecostés. «Nadie sabe por qué» —murmura.

Nadie sabe nada de nada en estos casos... La existencia, más que un drama, suele ser una *féerie*, un cuento absurdo y brumoso en el cual todo es muy malo y muy bueno, muy grande y muy bajo, muy natural y muy inverosimil... Como

los leñadores de las antiguas leyendas que, al encontrarse en el fondo del bosque con los príncipes despojados de sus mantos de púrpura, de sus coronas de oro, de sus puñales de pedrería, los tomaban por pobres seres insensatos, los dos obreros de la vía férrea que anoche se encontraron al presidente de la República vagando por la vía, con los pies descalzos, en calzoncillos y pijama, se echaron a reír cuando le oyeron decir:

—Soy Deschanel.

Hay que hacer observar que lo mismo Radot que Darriot conocían al Presidente no sólo por sus retratos, sino por haberlo visto en los desfiles oficiales.

—Míralo bien—dijo el primero; iluminando el rostro del gran político con su linterna.

—Ya... ya lo veo...

Y ambos soltaron la carcajada.

Pero en seguida, viendo las heridas de aquel pobre ser iluso, agregaron llenos de piedad:

—Lo importante es que le curemos a usted... Vamos hasta la primera caseta de la vía... Ah llamaremos a un médico...

En la caseta, la mujer de Darriot mostróse espantada al ver entrar a aquel hombre herido, en traje de dormir, que repetía, irritado:

—Soy el Presidente de la República, se lo aseguro a usted... El Presidente de la República... El Presidente...

A lo cual la campesina, suave e irónica, hablando con una socarronería shakespeareana, contestóle:

En efecto... en efecto... Perdóneme usted, buen señor, si no le reconocí desde luego... Pero en vez de hablar de esas cosas que nadie pone en duda, déjeme usted que le vende la cara...

Convencido al fin de que toda su elocuencia no le serviría para convencer a aquella gente de una verdad tan absoluta y tan sencilla, el ilustre político acostóse en la cama de la guardabarrera, para esperar resignado el desenlace de su increíble aventura. Y éste es el momento en que el terrible monólogo llena la sombra de frases entrecortadas... «Esto — oímos que dice — me habría enfermado si hubiera estado en buena salud; encontrándome enfermo, creo que me ha curado... Así, un infeliz cuyos nervios debilitados por la fiebre no pueden resistir sin impaciencia una contradicción en su palacio, es capaz de lanzarse en el espacio... Que venga la hora espantosa del odio que han anunciado las profecías... Que la mano de Natura no contenga las olas... Que el orden perezca... Que este mundo deje de ser un teatro donde la discordia se alimenta de querellas... Que Caín triunfe al fin...» Y cuando calla para escuchar los murmullos inquietantes de fuera, como Northumberland, cree oír la voz de sir Jean Falstaff que grita, lleno de feroz alegría: «No sólo soy burlón yo, sino que invento todas las diabluras que se me ocurren para atormentarte... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!».

Todo esto, para los que leen fuera de Francia la noticia lamentable del accidente de anoche, tal

vez no sea muy claro... Para los que llevamos días y días oyendo noticias más o menos claras sobre el estado nervioso de monsieur Paul Deschanel, para los que sorprendemos los murmullos escépticos con que se comentan las noticias oficiosas sobre la posibilidad de que un hombre se caiga por una ventanilla de cincuenta centímetros, los que vivimos en la atmósfera febril del París actual y eterno, en fin, no podemos dejar de dar una importancia shakespeareana al acontecimiento de ayer. «¿Cómo—nos preguntamos—el hombre más equilibrado, más sereno, más dueño de sí mismo, ha podido, en pocos meses de presidencia, sentir una fatiga nerviosa que inquieta a todos los que le rodean?» Y tenemos que evocar por fuerza la feroz figura del Clemenceau caracterizado por Signoret en la revista del Vaudeville, diciendo, entre las carcajadas de la gente:

«El Presidente es un prisionero de frac, que, cuando quiere escaparse de la etiqueta, tiene que salir en camisa por la ventanilla. ¡Ah! ¡Ah! Ah!...»

CLEMENCEAU

EL HOMBRE DEL SIGLO

«Et l'on dire plus tard, j'en suis convaincu, le siecle de Clemenceau, comme on dit le siecle de Lonis XIV.»



AÑANA, a las ocho, le esperaré en mi casa...» Yo creí, al leer ésto, que sería a las ocho de la noche... Pero Faustino da Rosa, que era quien había pedido la audiencia, me dijo:

Es por la mañana... Y no llegue usted tarde... El se levanta a las cinco y trabaja hasta las nueve... Luego se va de paseo...

Yo, que entonces no era madrugador, encontré que aquéllo era mucho sacrificio... Y me dije: «No iré.» Sin embargo, al día siguiente, muy tempranito, ya estaba en la *rue* Franklin. Un camarero viejo me hizo entrar en un extraño despacho, que yo tomé por un depósito de muebles y de papeles

inútiles. Sobre las sillas, en efecto, y sobre los sofás había hacinamientos de libros, y sobre los libros veíanse lienzos sin marcos y estampas enrolladas. En medio de la estancia, un mueble singular llamó mi atención. Era una alta tarima de madera clara, en forma de herradura. Viéndola bien adiviné que aquello era una mesa de trabajo algo laberíntica...

Me senté en una butaca y esperé. Al cabo de pocos instantes, el dueño de la casa acudió a recibirme, cordial, radiante de juventud. Yo contemplé su rostro, que tantas veces había visto en fotografías, y lo encontré admirable de expresión y de fuerza. Bajo sus cejas blancas, sus ojos obscuros tenían veinte años. Sus bigotes de mandarín, albos y descuidados, ocultaban sus labios, pero no su sonrisa. Su cabeza calva brillaba cual una bola de marfil. Su voz clara sonaba con joviales notas cristalinas.

¿De qué me habló durante la hora larga que permanecí a su lado?... No podría decirlo. Pero tengo idea de que fué de todo y de nada... Hablóme de la democracia, del clero, de los duelos, de los periódicos, del teatro, de las leyendas y de la eternidad...

No era lo que él me decía lo que me interesaba. Era él. Era su manera de ser, de ver, de charlar, de reír, de indignarse. Por tres francos cincuenta. en un volumen suyo cualquiera habría tenido mil veces más ideas suyas. Lo que sólo él, con su cordialidad algo infantil, podía darme, era el «sabor»

de su alma. Sus frases eran rápidas y expresivas, con algo de humorismo en la forma, con un profundo *bon sens* muy francés en el fondo...

Recuerdo vagamente que me dijo:

—Para atacar de frente al clero, no con frases, sino con leyes, se necesitaba ser un apóstol o un loco... Por eso sólo Combes lo ha hecho de verdad...

Y que luego me dijo:

—El mejor orador es el que coge a su público por la solapa y lo sacude, y luego se reconcilia con él, obligándole a aplaudir...

Y que también me dijo:

—El pueblo del mundo más fácil de gobernar es el pueblo francés... ¡Da gusto ser aquí jefe del Gobierno!...

«Ese hombre—pensarán algunos—era el Clemenceau de antes de la guerra. El de hoy ya no es así.»

Pero todo lo que de él sabemos nos hace ver, al contrario, que siempre es el mismo, y que ni ha envejecido desde hace diez años, ni se ha curado, en medio de la tormenta, de su aparente ligereza. No siendo ni un hombre de partido ni un hombre de grupo, no tiene por qué plegarse a una disciplina. «No sabéis—ha escrito en uno de sus libros—lo fuerte que es el que vive aislado.» Y su vida entera parece hecha para ilustrar esta frase.

Sin ligas de patriotas, sin deseo de halagar a los militares, sin interés ninguno personal, ha llevado a cabo la obra que Deroulede y Barrés ape-

nas se atrevieron a soñar. Henri Bernstein, en una página admirable, ha escrito estas palabras:

«Cuando la posteridad, iluminada por la crítica histórica, deje a un lado las peripecias y detalles de esta vida, verá entonces la más alta belleza de Jorge Clemenceau, en la perfecta unidad que enlaza su pensamiento con su ideal. Ideal y pensamiento que tuvieron todos los hombres de su generación y que se puede expresar en una sola palabra: la *Revancha*. Esta es la aspiración que orientó siempre la esperanza de Clemenceau; la que determinó todos los actos de su vida, afortunados y adversos; la que permaneció dueña y soberana en su corazón, y mientras sus contemporáneos iban desapareciendo uno tras otro, este hombre de Estado se debatía con una Francia más joven que él, sin poder desterrar de su pecho los horribles recuerdos y la vergüenza de la derrota. ¡Cuánto ha sufrido Clemenceau por la *Revancha*! Momentos hubo en que su ideal fué una durísima carga para él, y a punto estuvo de caer aplastado por su peso. Pero no dejó nunca de llevarla sobre sus hombros a través de los obstáculos del camino; jamás dió señales de quererla abandonar por cansancio. Y el día en que las tropas francesas entraron en Estrasburgo, fué este anciano otro Sísifo que había vencido al Destino y elevado su roca hasta lo más alto de la montaña.»

Mayor elogio no lo hay. El hombre que con sólo su pasión, su fuerza y su fe, logra devolver a su patria la gloria, el orgullo y la tranquilidad de la

conciencia, merece ser colocado entre los semidioses.

Pero Clemenceau no ha sido solamente un guerrero civil. Junto al adalid de desquite ha habido siempre en él un apóstol infatigable, un pensador atrevido, un artista extraordinario. Recordad la época patética del proceso de Rennes, durante la cual los militares le acusaban de llevarles a futuros desastres nacionales, por empeñarse en deslucir la santidad de la «cosa juzgada»... ¡Quién hubiera dicho entonces a aquellos fieros coroneles de los Consejos de guerra y del Estado Mayor que el «vendido a los judíos», el «compañero del traidor» había de ser andando el tiempo quien les llevara hasta el Rhin!...

Y lo sublime es que Clemenceau no ha sido guiado nunca por intereses ni pasiones. Al oírle hablar y al verle gesticular, cualquiera creería que es el más impulsivo de los políticos. En realidad, es el más sereno, el más ponderado, el más justo, el más noble de los hombres. Encontrad un día de su existencia en que no haya estado del lado del peligro y de la equidad... Escudriñad su vida buscando un momento de flaqueza en su conducta... Interrogad a sus más encarnizados adversarios para saber si conocen un acto de inútil violencia en el curso de su carrera... Clemenceau es el hombre de las ideas.

¿Créeis, por ejemplo, que si su razón no le hubiera hecho comprender la injusticia de la conquista alemana del año 70, habría luchado tanto y sufri-

do tanto por el desquite?... No. Su patriotismo es exaltado, pero no ciego.

Cuentan que un día Paúl Brulat, su amigo, le preguntó:

—Pero si fuera usted alemán, dado su amor de la Patria y su amor de la Justicia, ¿qué haría usted?

A lo cual, muy fríamente, Clemenceau contestó después de meditar largo rato:

—Me suicidaría...

Por poner de acuerdo sus pasiones con sus convicciones, yo le creo capaz de todo. Es un ser que no tiene ni miedos, ni ambiciones, ni apetitos, y que vive animado por un ideal superior.

Ultimamente, en las trincheras, cuando un general quiso impedirle que fuese hasta un punto peligroso, contestóle:

—Tengo cerca de ochenta años... ¿Qué fin puede para mí ser más glorioso que el del campo de batalla?...

Y así como nada le importa la muerte, poco le interesa la vida. Me acuerdo que el último día que le vi en Burdeos, a fines de 1914, alguien le hablaba de las delicias de un *restaurant* famoso, no sólo por sus vinos, sino también por sus parroquianas galantes.

—*¡A mon age!*—murmuró Clemenceau con un desdén de sacerdote budista.

Pero si en él los apetitos vulgares no pueden ya nada, si su cuerpo ha llegado a la edad de la *sagesse*, en cambio su alma, fuerte, joven, desinte-

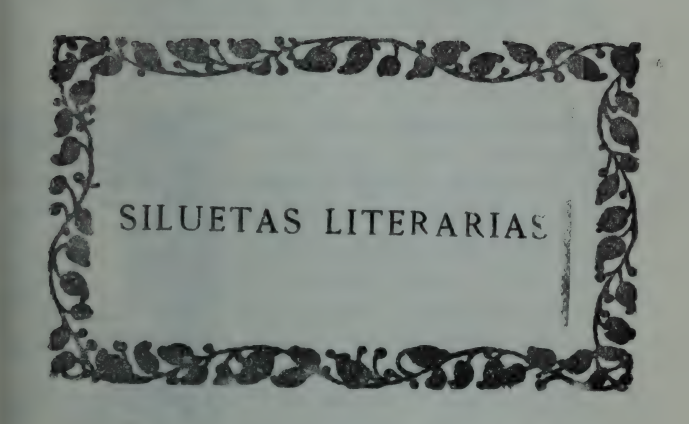
resada, inquieta, conserva para las luchas de las ideas y de los principios todo su entusiasmo y toda su fe.

«Es el hombre que ha subido más alto —se dice—, y nuestro siglo llevará su nombre, como otros llevan los de Augusto, de Carlos V y de Luis XIV.»

Cierto...

Pero yo creo que aún vivirá mucho y que su existencia nos reserva algunas sorpresas admirables. Y estoy seguro de que la primera será verle, muy pronto, sentado en su butaca de director del *Homme Libre* combatiendo o apoyando, según la lealtad de sus convicciones, al que le sustituya en la presidencia del Consejo.

Y lo gentil, lo *charmant*, será considerar que para Clemenceau tendrá entonces tanta importancia la colocación de un artículo en una plana de su periódico, como ahora el cambio de las fronteras de un Imperio en la carta del universo nuevo...



SILUETAS LITERARIAS



EL GRAN APOSTOLADO DE MAETERLINK DURANTE LA GUERRA



Desde hace algunas semanas asistimos a una evolución mental que demuestra la grandeza de alma del pueblo francés. Como por encanto, las lamentaciones y las imprecaciones vanas han cesado. Ya no se habla de las atrocidades del enemigo; ya no se pierde el tiempo en inútiles discursos sobre la barbarie teutónica. Ya no se buscan motivos más o menos fútiles para demostrar que la «kultura» no es sino el barniz científico del salvajismo. Mauricio Barrés tuvo el honor de ser el primero en aconsejar tímidamente a sus compatriotas que, lejos de adormecerse en un ensueño de venganzas sin nobleza, consagraran su energía a la obra fecunda de la victoria y de la preparación del porvenir. Luego, el senador Charles

Humbert, en un artículo que hizo ruido, dijo con elocuencia lo contraproducente de las campañas que consisten en denigrar por sistema al adversario. Pero el que con mayor franqueza ha formulado la verdadera filosofía de los sentimientos íntimos franceses, es un gran poeta del país que más ha sufrido en la contienda, el *âgé* por excelencia, el genial Maeterlink. «Las palabras de este belga—dice un militar constituyen el verdadero programa moral de nuestro pueblo.» Esas palabras, yo tuve el honor de oírlas de labios del poeta antes de que su pluma las trasladara al papel.

Fué en la primavera pasada, en el jardín de la villa des Abeilles, en Niza, una tarde en que todo respiraba paz, ventura, piedad, regocijo... Bajo un naranjo florido que parecía un ramillete nupcial, charlábamos los cuatro o cinco familiares del autor de *Monna Vanna*. Ahí estaba Georges de Porto Riche, más joven que un cadete a pesar de sus sesenta y cinco años; ahí estaba Georges Maurevert, el noble defensor de todas las causas justas; ahí estaba Verhaeren, el cantor de las urbes tentaculares. Con su adorable sencillez de niño grande, Maeterlink confiábanos las angustias que había pasado durante los primeros meses de la ocupación alemana de Bélgica.

—En mi espíritu—decía—la lucha más cruel habíase entablado entre los mandatos de mi conciencia y los cariños de mi corazón. Mi deber, como filósofo y como patriota, consistía en de-

nunciar ante el mundo civilizado los horrores de una guerra inicua. Pero al mismo tiempo, yo pensaba en mi hermano, que es notario en Gante y cuya vida hallábase a la merced de los caprichos de cualquier militar alemán. ¿Qué hacer? Conociendo el carácter de mi hermano, yo sabía que, si hubiera podido sacarme de la cruel incertidumbre en que me hallaba, habríame dicho: «Obedece a tu conciencia y no pienses en mí.» Así lo hice al fin. No sé si ustedes recuerdan mis artículos del *Fígaro*. Cada uno de ellos es un grito que no pude contener. Cada uno de ellos me dejaba una amargura terrible, por el temor de que un ser querido pagara por mí...

—¿Y le ha pasado algo a su hermano?—preguntóle Porto Riche.

—Nada —contestó Maeterlink—, nada... Los alemanes le han tratado con el mayor respeto...

—Comprendo tus inquietudes —murmuró Verhaeren sonriendo bajo su bigote enorme, con su sonrisa suavemente melancólica.

Y después de meditar durante algunos minutos, continuó:

—Yo también temí, no por mi familia, sino por una cosa sin importancia real: por mi casa... Ya ustedes saben que tengo en Bélgica una casita en la que he reunido mis recuerdos, mis reliquias... Nada de importante para los demás, claro está; nada de valor... Libros, papeles, cuadros... En fin, para mí, aunque modesto, aquello era un tesoro... Y, naturalmente, cuando los alemanes

entraron en mi pueblo, pensé que lo primero que harían sería incendiar mi hogar para vengarse de mis conferencias, de mis poemas, de mis artículos... Yo hubiera dado cualquier cosa por salvar siquiera mis cartas de familia... cualquier cosa, menos mi silencio... El escritor que se calla pudiendo hablar es como el soldado que abandona el campo de batalla y huye... Entristecido, pues, seguí mi campaña, seguro de no poseer ya nada de lo que tanto me interesaba, cuando, últimamente, recibí una comunicación de un alcalde diciéndome que mi casa ha sido respetada y que los alemanes habían colocado a mi puerta un centinela para impedir que se tocase a lo que me pertenece.

Maurevert, que con su vehemencia de mosquetero proclama siempre de buena fe que las tropas del Káiser no son ni pueden ser sino una horda cobarde, inicua y salvaje, exclamó:

—¡Es increíble!

Entonces fué cuando Maeterlink nos habló de su intención de escribir un estudio sereno, justo, sin dejarse influir por el odio, sin tener en cuenta las pasiones populares.

—¿Cree usted que es posible?—le pregunté.

La respuesta me la envía hoy el tomo titulado *Debris de guerre*, en cuyo epílogo el gran poeta ha escrito, a lapiz, *Mi examen de conciencia.*

Y esto es, en efecto, la magnífica página del magnífico poeta: el examen de una conciencia incapaz de la menor doblez, de la menor hipocresía,

de la más ligera cobardía. ¡Qué digo! Para que una conciencia se presente así, en su cristalina transparencia, ahora que el odio obscurece los cerebros y nubla los espíritus, es necesario que su heroísmo sea tan grande cual el de los guerreros que la inspiran. Porque no hay que olvidar, cuando se trata de asuntos de esta índole, la justa cólera que embarga el ánimo de la Francia incendiada, saqueada, violada, injuriada. En Buenos Aires, en Nueva York, en Londres mismo, los hombres imparciales pueden analizar la situación moral de Europa con escrupulosa equidad, dando a cada uno de los beligerantes los laureles que merece. En París, no. En París, hasta los más independientes de criterio, hasta los Barrés y los Humbert, sienten siempre, al hablar del arrojo de sus adversarios, una especie de cólera indignada. «Es lástima—parecen pensar—que esos hombres feroces nos obliguen a respetar su temeraria bravura.» Y después de recomendar al pueblo que no niegue la evidencia, terminan siempre declarando que jamás la Humanidad podrá pensar en la guerra actual sin maldecir a los que, con sus crímenes, la han deshonrado.

Maeterlink, consultando las voces interiores que le dictan sus sentencias filosóficas, se opone a que el odio se perpetúe entre las dos grandes razas que luchan en los campos de Champaña, de Lorena y de Alsacia. «¿Qué haremos?—se pregunta—. ¿Será preciso odiar hasta el fin de nuestros días? El odio es el fardo más pesado que el

hombre puede llevar en la tierra, y a nosotros nos doblegaría. Bueno que no queramos ser de nuevo víctimas de nuestra confianza imprudente. En esto, nuestros soldados, con su clarividencia sencilla, nos muestran el camino del porvenir y nos enseñan lo que hay que hacer. Ellos no odian al adversario, aunque no tengan confianza en él.» Luego, hablando de virtudes del guerrero germano, dice: «No puede negarse que ha dado pruebas de cualidades que sería indigno de nosotros no reconocer. Proclamando el valor del enemigo nos honramos nosotros mismos. Ese enemigo, en esta tragedia, ha ido hacia la muerte en masas profundas, compactas, disciplinadas, con un arrojo ciego, obstinado y sin esperanza, del cual no se conocía un ejemplo tan sombrío y que ha provocado nuestra admiración y nuestra piedad. Ha sabido sacrificarse con una abnegación sin precedentes en aras de un ideal que nosotros sabemos falso e inhumano, pero que a él le parece elevado y justo. Y un sacrificio de tal especie, sea cual sea su móvil, demuestra siempre una fuerza moral que sobrevive a aquel que la posee, e impone respeto.»

Un amigo a quien yo leía hace pocas horas estas palabras admirables, exclamó:

—¡Qué de extraño tiene que un poeta hable así!

Yo evoqué entonces el recuerdo de una escena que data de un año y que nunca he podido olvidar.

Era más allá de Niza, en plena Italia, después de los primeros combates en que los cazadores

alpinos se apoderaron de las posesiones enemigas en el Trentino. Una tarde, en una casa donde cenábamos Gabriel d'Anunzio, Jean Carrère y yo, un oficial de Estado Mayor invitó a visitar las posiciones austriacas que acababan de ser capturadas. Carrère y yo aceptamos. Gabriel d'Annunzio dijo:

—No... No...

Y con labios crispados agregó:

No, porque no podría contenerme...

Este estado de ánimo del ardiente cantor de la raza latina, lo he encontrado luego, más de una vez, en hombres eminentes de Francia. Y es que el veneno del odio, destilado por la crueldad de la guerra alemana, ha exaltado los espíritus hasta el punto de hacerles imposible toda serena reflexión. A las razones, siempre débiles cuando se oponen a los sentimientos, contestan evocando las llamas de Lovaina, las matanzas de Senlis, los saqueos de Champaña. Para responder a la violencia, lo único que encuentran en el fondo de sus pechos es la violencia. Censurarlos por eso sería injusto. El dolor y la indignación tienen derechos sagrados que la lógica no comprende. Así, cuando ha llegado el caso de hablar de este espinoso asunto, me he contentado con decir a mis amigos más íntimos:

La generosidad será siempre más fuerte que el rencor en las entrañas de Francia.

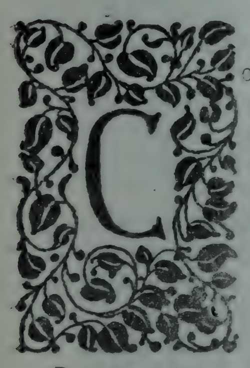
La generosidad, en efecto, la había ya visto asomar desde el principio de la guerra en los ojos

de los que, como guardianes de los depósitos de prisioneros, no ven en los adversarios de la víspera sino seres indefensos, y también en los que, sirviendo como médicos o enfermeros en las ambulancias del frente, cuidan con solicitud a los heridos enemigos. Pero lo que me parecía inútil buscar antes de mucho tiempo, era el espíritu de justicia, de respeto y de ecuanimidad. ¡Es tan difícil ver claro en medio de la tormenta!

—¿Difícil?—exclamaban algunos—. Diga usted imposible.

Por fortuna, cuando se trata de causas nobles y de sacrificios piadosos, Francia no conoce la palabra *imposible*. Y por eso, después de haber odiado al enemigo con toda la fuerza de su temperamento, este pueblo, guiado por apóstoles como Barrés, como Humbert, como Maeterlink, comienza ya a distinguir, entre los mil sentimientos que agitan su alma trágica, lo que es digno de su abolengo caballeresco y lo que no lo es.

EL GRAN INQUISIDOR DE FLANDES



ON la frente apoyada en la palma de la diestra, inmóvil, algo crispado, el poeta comenzó a recitar su oda de amor y de odio:

O Flandre,
Voilà comment tu vis,
Aprement, aujourd'hui:
Voilà comment tu vis
Dans la gloire et sa flamme, et le deuil et sa cendre.
«Jadis, je t'ai aimée avec un tel amour
Que je ne croyais pas qu'il eût pu croître un jour.
Mais je sais maintenant la ferveur infime
Qui t'accompagne, o Flandre, à travers l'agonie,
Et t'assiste et te suit jusqu'au bord de la mort.
Et même, il est des jours de démence et de rage
Où mon cœur te voudrait plus déplorable encor,
Pour se pouvoir tuer à t'aimer davantage...»

Era, hace algunos meses, en Niza, en el vasto comedor de la casa de Maeterlink.

Emile Verhaeren volvía de una excursión por las tierras flamencas que los alemanes no han podido nunca invadir, y su alma fogosa de viejo patriota desbordaba de ternura y de indignación. Había visto los campos, antes fecundos, convertidos en eriales, en osarios, en antros de espanto... Había visto las ciudades venerables, cuyos *pignons* de ladrillo inspiraron a su musa dulces estancias juveniles, y no había encontrado en sus plazas, en sus calles, en sus beaterios, sino montones de escombros... Había visto a su madre Tierra, en fin, y no la había reconocido...

Y evocando los horrores que acababa de contemplar, pintábanos la muerte de Pervyse, la agonía de Furnes, el martirio de Iprès, el holocausto de Dixmude.

—En Pervyse—decía—el espectáculo es horrible... Cuando penetramos en su calle Mayor, nos creímos transportados a un escenario en el cual un dramaturgo loco hubiera querido representar el más inverosímil de los cataclismos. En su horror, en efecto, aquello no parece natural. No puede uno figurarse que toda una ciudad se convierta así en polvo, en carbón, en ceniza. Hay que remontarnos a los castigos bíblicos impuestos por Jehová a las metrópolis malditas, para formarnos una idea de tamaño ensañamiento... De Pervyse fuimos a Nieuport, donde había tantas reliquias históricas, donde hay tantas ruinas... ¿Y

qué decir de Furnes, la joya más deliciosa del Iser, con su plaza que Víctor Hugo adoró?... Ruinas, ruinas, todo ruinas... Dixmude, también... En cuanto a las aldeas, a los campos, a las granjas, a las chozas, ya no existen... Es un desierto la pobre Flandes...

En los ojos ambarados y dulces del poeta, que tienen cuando contemplan un rostro amigo algo de suavidad canina, había en aquel instante una nube de lágrimas iluminada por un rayo de ira. Sus grandes bigotes de guerrero galo caían ocultando la boca amarga, y en su frente soñadora un surco profundo ondulaba con contracciones nerviosas.

Junto a él, Maeterlink, siempre impasible en apariencia, fumaba su pipa, murmurando:

—Yo no he querido ver eso...

Hubo un silencio, durante el cual las visiones más tristes y más trágicas pasaron, sin duda, por las mentes de aquellos dos poetas.

De pronto, uno dijo:

—¿Te acuerdas de nuestro último viaje por la comarca del Iser?

—Sí—contestó el otro—. Antes de la tragedia...

Luego, como hablando consigo mismo, Verhaeren comenzó a evocar los apacibles cuadros de la existencia flamenca en tiempos felices en que las llamas no habían aún asolado la belleza. Y eran, entre sus frases cortadas y desordenadas, amplias llanuras verdes, ricas, jugosas y húmedas, que los campesinos cultivaban cual jardines... Y eran al-

deas silenciosas, grises, con grandes tapias conventuales y minúsculas fachadas familiares... Y eran capillas consagradas a alguna santa milagrera, de nombre obscuro, cuya imagen, vestida de damasco, adornada de joyas antiguas, perfumada de incienso y de almizcle, paseábase en andas los días de gran procesión... Y eran las *kermesses* dominicales en los huertos frondosos; las buenas *kermesses* animadas por la cerveza, por la danza, por el amor; las *kermesses* de todos colores, durante las cuales el rumor de los besos perdíase entre el estruendo de los tamboriles y de los trombones... Y era el interior del hogar, luciente de cacerolas, de platos de estaño, de ladrillos esmaltados; con su alto reloj negro, del que salía cada hora una paloma para cantar cántico secular; con su chimenea ornada de palmas místicas y de secos azahares nupciales; con su butaca de cuero, en la que una anciana de cofia blanca, una pobre anciana arrugada, amarillenta, oraba por el descanso de las ánimas del Purgatorio...

El gran poeta hablaba con emoción, con melancolía, con caridad, y era tal la ternura trágica de su palabra, que yo no podía menos que evocar, ante la grave estampa de su rostro, a los hermanos de las cofradías de antaño, que, arrodillados a los pies de algún santo en los lienzos de Mernling, ofrecen al Señor Crucificado sus blancas almas de dolor en cambio de vagas esperanzas de futura misericordia.

Pero, de pronto, la voz, como el semblante, cambiaron.

—Lo más horrible—exclamó—, lo más increíble, lo más imperdonable, es que esa gente ha escogido, para demostrar sus crueles instintos, al pueblo menos fuerte, al pueblo menos culpable de orgullo militar, al único que no podía ni amenazar, ni resistir, ni siquiera defenderse... ¿Por qué?... Por nada, porque sí, por gozar del inicuo placer de torturar... ¡Ah! ¡Las rudas huestes germanas!...

El general Stenger fué el primero que, el 26 de Agosto de 1914, ordenó a sus soldados que no perdonaran a nadie la vida... Había que dejar una huella de sangre y de lágrimas, había que ensañarse en la presa indefensa... En Neufchâteau, en en Audemont, en Rubles, en Ansart, en Tintigny, en Les Builes, en Ethe, en Mussin, en Daranzi, en Semel, en Anloy, en cien lugares más, para sólo citar los que no han sido aún citados, no quedan sino ruinas, escombros, cenizas... ¡Y el número de habitantes fusilados, Dios mío!... Uno no puede dar crédito a sus propios ojos cuando examina las listas, aún incompletas, del formidable martirologio... De los saqueos, ni vale siquiera la pena de hablar. Todos nuestros tesoros artísticos han sido enviados a Prusia. ¿Para qué quiere cuadros un pobre pueblo que agoniza bajo la bota del vencedor?... Ese venceder tiene hábitos que hacen olvidar sus rapiñas... Ese vencedor reune a los ancianos, les obliga a cavar sus sepulturas y luego

los fusila y los entierra... Ese vencedor mutila a los clérigos para hacer reír al Diablo... Ese vencedor considera a las mujeres como pasto para los apetitos de las fieras humanas... Ese vencedor goza cortando las manos a los niños... Yo he visto a las víctimas; yo las he visto llorar; yo las he visto, enloquecidas, recordar sus calvarios como una pesadilla de fuego; yo he oído a las aldeanas llamar a gritos a sus hijos, que yacen bajo la tierra; yo he visto a los mutilados, a los heridos, a los que se han salvado de la orgía atroz... ¡Ay!... ¿Y creen ustedes que estos crímenes pueden quedar sin castigo?... Yo querría disponer ahora de las hogueras, de los potros de tortura, de las cuerdas de los verdugos... Y todo esto no sería bastante...

Su rostro, antes suave y grave, habíase trocado en una máscara cruel. En sus pupilas ardía un carbón profético. Sus enormes bigotes temblaban sobre sus labios crispados. Y yo recordé entonces que en este flamenco, que con tanta dulzura ha sabido cantar la paz del campo, hay un inquisidor español capaz de todos los odios y de todas las iras. Y recordé las palabras que sobre él escribió, pocos años ha, un gran psicólogo francés, y que son, a saber:

«Es conmovedor ver ciertas civilizaciones que han asombrado al mundo, sobrevivirse, después de la muerte, en la poesía triunfante, resumirse en un solo hombre más representativo que la Historia y que las ruinas. En el caso de Emile Ve-

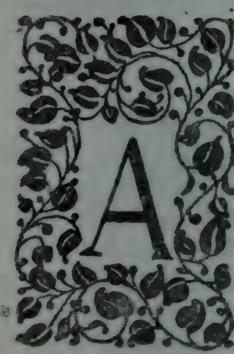
rhaeren hay que decir que ese hombre es la España admirable y maldita de Felipe II, el florecimiento de rosa de oro y de fuego de la grandeza católica. Su obra entera álzase cual una España negra y luminosa, y la arquitectura de sus versos es cual un Escorial opaco, cuyas ventanas, a la hora del ocaso, se iluminan de llamas rojas sobre la fachada nocturna. La palabra oro llena sus páginas de escuadras de galeones que vuelven de América. Su imaginación ha sido marcada con el hierro candente del catolicismo. Un alma hereditaria alienta subyugada en su ser, que la guarda con un odio nostálgico.»

Este odio suntuoso, lleno de llamas áureas y de reflejos ígneos, el gran poeta ha comenzado a mostrarlo al mundo en sus conferencias, en sus artículos, en sus *interviews*. El teutón, entre sus frases de púrpura y de luto, no aparece cual un guerrero, sino cual una bestia apocalíptica, que encarna todos los vicios, que provoca todas las cóleras celestes, que merece todos los tormentos. En buena lógica, puede decirse que tal elocuencia vengadora y desmedida, lejos de servir la causa de la independencia belga, la compromete. «Ved el alma de ese pueblo en ese hombre—ha escrito Brunewaldt—: es un alma que tiene rabia.» Otros grandes escritores belgas, capitaneados por el sereno y maravilloso Maeterlink, son menos injustos, y lejos de clamar, como Jeremías, instruyen un proceso, en el cual no se niega al enemigo ninguna de sus virtudes heroicas. La historia conser-

vará las piezas de tal proceso y olvidará los salmos verhaerénicos. Pero la Poesía, pero el Arte, se habrán enriquecido, en medio de la tormenta, con páginas prodigiosas, dignas de los grandes profetas de Israel. Y si, más tarde, los eruditos dicen, hablando de los discursos del formidable inquisidor flamenco: «No hay ahí nada de escrupulosamente exacto», los críticos literarios podrán contestarles: «Sí; ahí se eterniza la supervivencia de la sangre de Torquemada en las venas de la vieja Flandes.» Y un como grito sintético de tanta pasión en tanto lujo verbal, recitará estos ocho hemistiquios que el gran poeta parece haberse consagrado a sí mismo:

Il s'arrêtait.
Sa moustache en bataille
Effleurait de son ombre inmense la muraille.
Il s'arrêtait, toussait et sondain s'emportait:
Où est la charge rouge aux fulgurances d'or,
Quand les sabres au clair illuminaient les têtes
Et que mille escadrons étaient mille tempêtes
Accoutumant la terre aux foudres de la mort?

EN CASA DE ANATOLE FRANCE


NATOLE France recibe los miércoles, por la mañana, entre diez y doce. Sentado en un alto sitial, acoge a sus amigos con una cortesía campechana. Para cada uno encuentra, sin esfuerzo, la frase que halaga y el gesto que bendice. Sus ojos, vivos, sonríen tanto como sus labios. Sus manos, en las que luce discretamente una sortija blasonada, conocen los misterios untuosos de los nobles ademanes, caros a la Iglesia antigua. Su hopalanda, amplia y obscura, es de corte talar, como su birrete de terciopelo rojo es de aspecto cardenalicio. Su misma perilla blanca hace pensar en aquellos grandes señores que, cual Richelieu, servían a Dios sin detestar al Diablo.

Así, cuando alguien me dijo anoche con extrañeza que para sus conferencias de Buenos Aires

el maestro ha escogido como asunto único la vida y la obra de Rabelais, no pude menos de exclamar:

—¡Es que quiere hablar de sí mismo de un modo indirecto!

Y viendo que hoy es miércoles, allá me voy a la villa Said, muy tempranito, muy tempranito, para poder llegar antes que los parroquianos habituales de la docta tertulia.

Un viejo ayuda de cámara, de rostro de curial, me introduce en el salón desierto, rogándome que espere con paciencia, pues *monsieur* está acabando de vestirse.

—No será más de un cuarto de hora—agrega.

Aunque hubiera sido una hora, no habría yo perdido la paciencia entre los tesoros de este museo, sobre el cual podrían escribirse dos tomos más gordos que aquellos celebérrimos que los Goncourt consagraron a su casa. Cada butaca, cada silla, cada mesa, cada armario, es una obra única, una *pieza de colección*, un mueble histórico.

El gran escritor ha traído estos objetos de sus excursiones, con el mismo amor con que los romeros traen reliquias de Tierra Santa.

—Vea usted ese taburete—suele decir—. No es una obra muy bella, pero es un testigo de escenas deliciosas. La reina Margarita puso en él su pie caprichoso.

Junto al taburete de la autora del *Heptamerón*, se ve una estela de mármol griego arrancada a una tumba del Cerámico. Muy cerca una gárgola gótica gesticula, abriendo sus fauces de mons-

truo. Sobre la mesa, una máscara mortuoria cierra sus ojos ciegos... ¿Es Bonaparte?... ¿Es Lamartine?... ¿Es un amigo o un pariente?... En la sombra apenas se distingue un perfil puro y vago... En un armario una colección de dalmáticas brillan con sus oros y sus sedas, hablándonos de antiguas pompas sacerdotales. Luego, en los muros, se ven azulejos traídos de España, fayenzas de Túnez, porcelanas de Italia... De todas las épocas y de todos los países hay aquí algo. Aquel bronce debe ser florentino... Aquel fragmento de armadura de fijo es alemán... ¿Y aquellas sedas admirables que caen en armoniosos pliegues, ostentando sus ramajes de hilo de plata y sus incrustaciones de pedrerías? Yo me figuro que es el manto de alguna Virgen de Toledo o de Segovia, de esas que tienen más joyas que la bella Otero y más trajes que Cecilia Sorel... Sí; de seguro es un trapo divino. Aquellos encajes, en cambio, son mundanos y guardan todavía un aroma exquisito de galantería cortesana, de aventura amorosa, de intriga perversa... ¡Con cuánta voluptuosidad debe el buen maestro respirar sus emanaciones de recuerdo rubio!... ¿Y aquel brazalete?...

El ilustre escritor me sorprende en mi indiscreta inquisición.

—Venga usted por este lado, en donde hay más luz —exclama—. Venga usted para que charlemos de Buenos Aires... de esa Buenos Aires que tanta impaciencia tengo por ver...

Así hablando, siéntase en una butaca de tercio-

pelo encarnado y cruza los brazos como un buen abad que se prepara a oír una confesión.

—¡Esa Buenos Aires!—repite.

En seguida, entrando de lleno en el asunto que me interesa, diceme...

—Lo más indispensable es tranquilizar los espíritus... Yo soy enemigo del escándalo; ya usted lo sabe... Y, además, en el caso presente se trata de buena educación, pues al fin y al cabo cuando uno va a una casa ajena, lo primero es no decir malas palabras... Y le aseguro a usted que no las diré... Eso puede usted jurarlo en mi nombre... Nada indecente, nada escabroso, nada grosero... Antes de embarcarme expurgaré mi texto como los inquisidores expurgaban los Evangelios... No por eso ha de perder nuestro buen fraile ni sabor, ni color, ni olor. Lo único que perderá es obscenidad, o mejor dicho, grosería, ya que, realmente, más que un autor escabroso es un autor grosero, un gran decidor de bromas escatológicas... Perdiendo esto, ganará amigos y, sobre todo, amigas... Yo quiero que todas las damas puedan asistir a mis conferencias... El asunto, aunque en apariencia es monótono y estrecho, en realidad es amplio, ya que la influencia de Rabelais se encuentra en los más grandes libros de Francia, en los cuentos de La Fontaine, en las comedias de Molière, en los opúsculos de Voltaire, en...

—En el libro de los *Pinguins*—exclama un joven de rostro barbilampiño que acaba de entrar y que viene a sentarse junto a nosotros...

—Mi secretario, Juan Jacobo Brousson—dice el maestro presentándole—. El, aunque no conoce Buenos Aires, está tan relacionado con la colonia argentina de París, que no se encontrará *depayse* allá, adonde también va, conmigo, para dar conferencias sobre Rousseau.

—En efecto—contesta Brousson—, yo acompaño al maestro, y para no perder el tiempo, también hablaré... Sólo que, naturalmente, no tengo ninguna esperanza de que la gente acuda a oírme .. En el mismo mes de Junio tendrá Buenos Aires a mi patrón y a Blasco Ibáñez.

—¡Blasco Ibáñez!—exclama Anatole France—. ¡Blasco Ibáñez!... ¿No es el autor de una novela que se titula *Terres Maudites?*

El mismo...

—Es uno de los más admirables artistas de Europa... Me gustará conocerlo... ¡Lástima que yo no sepa bastante español para poder oír sus conferencias!... Si habla de Cervantes, sobre todo, me encantará saber lo que dice... ¿Hablará de Cervantes?... Si yo fuera español, en vez de hablar de Rabelais hablaría de Cervantes... Los clásicos españoles son interesantísimos, y nosotros les debemos toda una época de nuestra literatura y toda una familia de nuestros héroes... Ultimamente he visto, en un libro de Vezinet, lo que Moratín tomó de Molière; pero como Molière mismo se había pasado la vida pillando a los autores castellanos, el buen español vengó a sus abuelos. El mismísimo Tartufo, que tan nacional nos parece

en Francia, no es, en realidad, sino un tal Montúfar, de la novela tragicómica de Salas Barbadillo titulada *La hija de Celestina*, que fué impresa en Zaragoza en 1612. Este es un ejemplo como hay mil en nuestro siglo XVII... Mas claro está que cualquier español lo sabe mejor que yo... En América, sobre todo, según me han asegurado, los estudios relativos a la España antigua son muy interesantes...

Brousson, dirigiéndose a Anatole France, le dice:

—Yo soy quien le ha dicho eso a usted...

Luego, hablando conmigo:

—Lo que me hace ver que en la América española se cultivan mucho los estudios españoles antiguos, es la novela del Sr. Larreta titulada *La gloria de Don Ramiro*, y en la cual he encontrado la más admirable reconstitución de la vida avileña en tiempo de Felipe II. Mi amigo Remy de Gourmont, que está traduciendo al francés esa novela, cree lo mismo que yo. Y él conoce el asunto a fondo...

Anatole France sonríe con su buena sonrisa, que le arruga toda la cara. Sus blancos dientes no parecen tener tantos años como sus bigotes blancos.

—Aunque soy viejo—dice—, estoy impaciente por embarcarme, lo mismo que si fuese un niño... Los viajes son, tal vez, lo único que no cansa... Se va uno hacia tierras desconocidas con la vaga esperanza de encontrar, no diré la dicha, ya que

eso no existe sino en los libros de nuestro querido Finot, pero sí la ilusión de la dicha, de una dicha pasajera y vivaz, de algo como una nueva vida... Porque no hay duda de que, al hallarnos en una ciudad nunca vista, donde la gente no habla nuestra lengua, donde nadie anda como nosotros, donde ni siquiera hay un sol y un cielo como el de nuestra patria, sentimos de un modo vago y delicioso la impresión de una nueva existencia... Yo tengo recuerdos de todas mis excursiones, y más tarde haré tal vez con ellos un librito... Las cosas nimias son las que más nos impresionan. Nuestra propia vanidad se hace más infantil y, por ende, más contentadiza, más ingenua y menos hosca. Lo que aquí nos chocaría, allá lejos nos encanta... Así un día, en Atenas, yendo a poner un telegrama, vi que el empleado, después de leer mi firma, me examinó con gran atención. Luego me preguntó si aquel Anatole France era el mismo que escribía libros en francés. Cuando le hube dicho que sí, abrió un cajón de su mesa, sacó un ejemplar bastante sucio del *Lys Rouge*, y me dijo, con una humildad enternecedora, que no se atrevía a pedirme que le escribiera mi nombre en la primera página. Luego, malicioso, agregó: «Lo que voy a hacer, aunque me exponga a que me castiguen, es quedarme con el original del telegrama éste y no dejar más que una copia en la oficina.» Claro que le escribí una dedicatoria muy amistosa... Otro día, en Madrid, paseándome por una de esas grandes calles que están cerca

de la Puerta del Sol, encontré una vidriera de librero en la cual vi tantos libros franceses como españoles... Todos estábamos ahí... Y la tienda no era de ningún paisano nuestro, sino de un señor hidalgo que se llama, si mal no recuerdo, D. Fernando de la Fe... Con pretexto de comprar una guía de la ciudad, entré en la tienda y emprendí una larga charla con un dependiente que hablaba muy bien francés.

—¿Qué es lo último recibido de París?—preguntéle.

—Una novela de Georges Ohnet—contestóme.

—Ese—le dije yo—debe ser el francés más popular aquí.

—Popular es—terminó—, pero no tanto como Anatolio Francia.

Y yo no sé si me encontrarán ustedes demasiado inocente, pero aquella frase en la que mi nombre sonaba pomposamente traducido al español a la manera del Renacimiento, me causó más satisfacción que un elogio académico de Brunetière...

—En Buenos Aires—le dice Brousson—, no podrá usted andar así a caza de piropos, querido maestro, pues desde que llegue le llevarán a usted en andas, como los ingleses a madame Recamier. Además, nos faltará tiempo para el trabajo, para las fiestas, para los banquetes...

—Es cierto—exclama Anatole France, poniéndose serio y arrugando la frente—, es tristemente cierto... No quiero decir que sea cierto lo de las andas, pero sí que en seguida me conocerán y que

no podré ir como un buen burgués por las calles, curioso de todo... Ya en Roma y en Florencia, donde la gente es tan amable, el incógnito completo resulta imposible, y eso que ahí no hago conferencias... En la América española el carácter es entusiasta... Ya Moreno me ha prevenido que es preciso llegar con un estómago dispuesto a todos los excesos... Desde Lisboa comenzaremos a banquetear, según acaba de decirme el señor Carvalho... Al fin y al cabo, yendo en calidad de ministro de Pantagruel, nada pantagruélico puede espantarme...

El rostro del maestro ha tomado un aire malicioso y socarrón, que es el que conviene al historiador de Rabelais. Sus manos ya no se acarician, sino que se frotan una contra otra. Su nariz diríase que husmea voluptuosamente un rico plato de perdices con coles, como aquellos que, en la Taberna de la Reina Pedauque, sacaban de quicio al reverendísimo abate Coignard y a su discípulo Jacobo Tournebroche.

¡Tournebroche y Coignard! Apenas he pensado en estos dos seres, y ya me parece tenerlos presentes en las personas del gran novelista y de su vivaracho y cortés secretario. Cuando el maestro habla a su discípulo, lo hace con la misma suavidad paternal con que el buen abate daba lecciones de cosas humanas y divinas al hijo de su pupilera. Cuando es el discípulo quien se dirige al maestro, nótase en su palabra, en su mirada y en su sonrisa, una mezcla encantadora de venera-

ción y de familiaridad. Yo me figuro que más tarde, lo más tarde posible, el día que el ilustre gran señor de las letras francesas haya desaparecido de entre los hombres para ir a dialogar en los Campos Elíseos con sus amigos más íntimos, que son Rabelais, Montaigne, Voltaire y Renán, el joven secretario, entonces académico y comendador de la Legión de Honor, escribirá una historia que comenzará de esta guisa: «Mi maestro era un hombre lleno de ciencia y de conciencia. Si hubiera tenido el alma menos inquieta, habría igualado en virtudes al mismísimo cardenal arzobispo. Pero hoy es de justicia confesar que, agitado y todo, tuvo, entre las vicisitudes de su vida, la ventaja de no hacer nunca nada contrario a la piedad, lo que el cardenal arzobispo no logró. La grandeza de su espíritu era igual a la de su alma.»

—Volviendo a Rabelais—dice de pronto el maestro—, lo primero que trataré de hacer es excusarlo de sus enormidades de lenguaje, que, al fin y al cabo, son tan de su siglo como suyas. Tendré que estudiar, en mis conferencias, su estética, que es más noble de lo que se cree. Además tendré que estudiar mil problemas históricos muy interesantes. Así, por ejemplo, casi todos los biógrafos del gran autor le acusan de haber pecado contra la Iglesia mostrándose bastante hereje en sus discursos. Pues bien: este no es más que un error de perspectiva. Cuando escribió Rabelais sus libros, el Concilio de Trento no había aún legislado sobre ciertos casos, y no era peca-

do todavía lo que un siglo después lo fué... Sus chanzas contra los frailes son tan comunes en el siglo xv, que hasta los más ortodoxos las emplean... Nuestra buena tierra de Francia ha sido siempre irreverente en apariencia y muy respetuosa en el fondo. No hay, en realidad, en toda Europa un pueblo tan fácil de gobernarse como el nuestro, y al mismo tiempo no hay un pueblo en el mundo que más inquieto parezca. Nuestros partidos políticos...

El maestro se detiene antes de terminar la frase. Sus manos cardenalicias se crispan en los brazos de la butaca. Su frente se arruga.

—No hay que hablar de eso—exclama al fin.

Y su voz, al pronunciar estas palabras, me sorprende por su dureza y por su sequedad; su voz, por lo general tan profunda y tan velada, tan armoniosa y tan grave.

El joven secretario Brousson interviene de nuevo, diciendo:

—Hay admiradores del maestro convencidos de que al ir a hablar ante un pueblo joven, debiera llevarse sus odios y amores políticos. Estos le aconsejan que, en vez de hacer conferencias sobre Rabelais, complete sus discursos cívicos contra el clericalismo, contra la tiranía, contra el partido militar. Pero claro que ni siquiera un instante ha pensado en hacerles caso. Invitado por una ciudad elegante y culta, no quiere sino charlar de cosas gratas. ¿Qué les importan allá las luchas políticas de aquí? Además, cuando uno sale

de su hogar, lo mejor es dejar los rencores de cualquier clase que sean, y no llevar sino el eco de las labores de amor y de paz. No crea usted que han faltado tampoco los literatos empeñados en que las conferencias de Buenos Aires sean consagradas a propagar las nuevas ideas literarias. «Puesto que este hombre va a hablar en nombre de la Francia moderna, dicen, lo natural es que haga conocer los productos que hoy se fabrican y no los vejestorios...»

Anatole France, que sonríe de nuevo con su buena sonrisa, mueve la cabeza aprobativamente.

—¡Los jóvenes!—exclama al fin—. ¡Los jóvenes!... Pues claro que llevan razón al tratar de imponerse y al querer obligarnos a pensar en ellos... Pero yo no tengo ni tiempo ni humor para seguir paso a paso el desarrollo de los nuevos talentos. Por eso desde hace más de doce años abandoné mi puesto en las avanzadas de la crítica, después de proclamar el triunfo de Barrés y de Morèas, que entonces aún no habían triunfado. Ahora, los de la última generación vienen a pedirme consejos, y yo, que no doy gran importancia a las tendencias revolucionarias en literatura porque sé que al cabo de los lustros y de las canas todos llegan a hacerse conservadores, me contento con aconsejarles que cultiven con amor nuestra lengua. La lengua clara y rítmica, en efecto: he ahí lo único indispensable para comenzar. Yo, cuando veo que la juventud cuida su lengua, me regocijo, y cuando creo que la deforma,

me inquieto pensando en el porvenir, pensando en que un día nadie hablará bien nuestro dulce idioma. Porque, pese a Wells, quien nos asegura que el francés será siempre el habla predominante en el mundo entero y que a la larga se impondrá como medio de comunicación internacional, no estoy muy seguro de ello... Yo no estoy nunca muy seguro de nada... En esto, sobre todo, hay tan tristes ejemplos en la Historia, que toda presunción es loca. ¿No vemos, en efecto, cómo muere el latín?... Entre nosotros mismos, ¿no vemos cómo se transforma el francés a través de los siglos?... En la época en que la imprenta era de invención reciente, la variación es visible año por año. Luego, en la época en que hubo una especie de fiebre de cultura, cuando en cada esquina se fundaba una tertulia literaria, el cambio parece muy lento, casi invisible. Abra usted un libro del siglo XVII y verá que todo es igual o casi igual a lo de hoy. En cambio, la gente del siglo XVII apenas podía ya entender lo escrito en la primera mitad del siglo XVI. Algunos clásicos de tiempos de Luis XIV, notando esta diferencia de lenguas, creían que Rabelais había empleado de intento un habla arcaica.

Aprovechando la coyuntura, le pregunto a Anatole France si no teme que esta cuestión de la lengua haga poco comprensibles los pasajes de Rabelais que se propone leer en sus conferencias.

—Por mi parte—le confieso—yo no entiendo ni

una sola página de *Los cuatro libros de los dichos y hechos heroicos del noble Pantagruel.*

—Sin duda—me contesta—, sin duda es difícil no citar párrafos enteros; y al mismo tiempo es peligroso citar lo que la gente no comprende... Pero yo he notado que Rabelais es mucho más fácil de entenderse cuando se oye que cuando se lee. Gran parte de su obscuridad, en efecto, está en la ortografía de aquella época, tan llena de letras inútiles. Y por otra parte no tengo inconveniente en faltar al respeto a los señores tradicionalistas empedernidos poniendo palabras comprensibles en vez de palabras que ya nadie entiende, al leer algunas páginas de mi autor. Lo que yo quiero es explicar su espíritu y el espíritu de su obra, y no su lengua. Al fin y al cabo yo no voy a conferenciar como gramático, sino como historiador, como curioso de grandes acontecimientos literarios o sociales. Y Rabelais corresponde a una y otra cosa. En su tiempo, aparece cual un ser sobrenatural que encarna todos los defectos y todas las cualidades de la sociedad en que vive. Su tiempo es refinado, grosero y pedante. El es pedante, grosero y refinado, admirable y exquisitamente. Su genio es de los que desconciertan. Cuando uno busca defectos en su obra, encuentra todos los que quiere y aun todos los que no quiere. Es al mismo tiempo un gran cuerdo y un gran loco; es natural y artificioso; es fino y vulgar; está lleno de contradicciones, de caídas y de hallazgos. Su estilo es prodigioso y hace ver las

cosas agrandadas, enormizadas, mejor dicho. Escribe con una espontaneidad antes nunca vista. Escribe como nosotros andamos. Sabe todas las palabras y las enhebra en collares lucientes y sonoros que parecen hechos para adornar pechos de gigantas. Cuando uno de sus héroes insulta, su discurso es un diccionario de improperios. Antes que inventaran la *ivresse verbal* nuestros buenos simbolistas, ya se embriaga Rabelais con las frases como con un vino sutil y llega a hablar por hablar, juntando sonidos en alteraciones sin sentido. Pero como no es serio ni solemne, no pretende modificar la sintaxis, sino que, por el contrario, está lleno de buen humor y de alegría, y no quiere sino divertirse y divertirnos. Su filosofía es consoladora y natural. Cuando un personaje suyo pierde a su mujer, en vez de llorar piensa que la buena señora estará mejor en el Cielo que en la Tierra y que allá pide a Dios que lo bendiga, lo proteja, lo enriquezca y lo regocije... En cuanto a sus groserías, casi son infantiles de puro gordas. Pero ya le he dicho a usted que las velaré o las suprimiré, pues quiero que vayan a oírme las señoras y aun las señoritas y que no tengan por qué ruborizarse... No se olvide usted de decirlo...

En este mismo instante un reloj antiguo, que el maestro encontró sin duda en alguna sacristía de antigua iglesia lugareña, hace cantar diez veces a una paloma de marfil que sale de una puertecita ojival.

—No tardarán en venir los amigos—exclama el joven Brousson.

Y, en efecto, el primero que entra es un caballero muy menudo, muy sonriente.

—¡Buenos días, Finot!—dícele Anatole France.

Luego agrega:

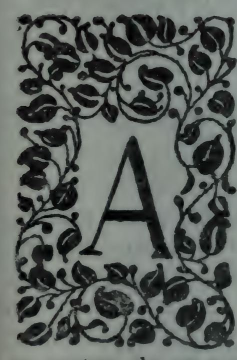
—¡Qué admirable libro ha publicado usted!... *¡La ciencia de la dicha!*... Eso sí que es una ciencia digna de estudio... Yo me voy a llevar el tomo para volverlo a leer en el mar...

Jean Finot le da las gracias.

Y entran otros, y otros, y otros caballeros. Para cada uno el maestro tiene una frase amable. A todos les habla de lo que más les puede interesar. Pero como la hora de Rabelais ha pasado, yo me marcho acompañado por Brousson, que me dice en la puerta:

—¡Tengo unas ganas de que llegue Junio!... Buenos Aires es para mí una tentación muy grande... ¡Son tan amables los argentinos!... ¡Y son tan lindas las argentinas... tan lindas!

MORÉAS, POETA GRIEGO


H, mi pobre gran amigo, helo ahí con los ojos cerrados para siempre, bajo los castaños en flor de Saint-Mandé! ¡Él, ayer tan activo, tan sonoro, helo ahí inmóvil y mudo! Contemplándole en su lecho de muerte, casi no le reconozco. Ese bigote blanco no es el suyo, ni esa nariz tan larga es la suya. Todo lo que había en su rostro de varonil y de pomposo, todo lo que sonreía en sus labios, todo lo que brillaba en su frente, se ha borrado en un minuto. La muerte le ha robado, con el alma, la belleza. ¡Oh, muerte horrible! ¡Oh, muerte ingrata! Sobre todo ingrata. Porque si hubo alguien en el mundo que no mereció recibir de ella ninguna injuria, fué Moréas, que, desde joven, supo cantarla y amarla. «En sus últimos días — dice un amigo que le ha cerra-

do los párpados con piadosas manos de hermano —, en sus últimos días no hablaba sino de la belleza serena de la muerte.» No sólo en sus últimos días. Desde que comenzó a cantar, amó a la pálida diosa coronada de asfodelos. Abrid las juveniles *Syrtes* y veréis que

> Son cœur repose ainsi qu'en un cercueil dierable
> dans la serenité.

Luego, en las *Cantilenes*, le oiréis pedir al carpintero de los difuntos un féretro y decirle sonriendo:

> Qu'il soit tendu de satin blanc,
> comme ses dents, comme ses dents,
> et mets ausi des rubans bleus
> comme ses yeux...

Pero es sobre todo en sus poesías de la madurez, en las sencillas y blancas *Estancias*, donde mejor se ve esa serenidad ante la muerte que le obliga al fin a decir:

> Les morts m'ecoutent seuls, j'habite les tombeaux,

En esto, en efecto, nunca fué parisiense, nunca fué occidental, nunca fué moderno. Su alma helénica, que el vulgo creía completamente afrancesada, conservó siempre la bella sonrisa de su raza.

—Los griegos — solía decir — no tienen supersticiones, y yo, en esto, soy griego.

A la verdad, en otras cosas también lo era, y si no temiera escandalizar a sus amigos, hasta agregaría que lo era en todo: hasta en su mismo amor de la bella Francia moderna. «Adoro a este país—escribió mil veces—porque me parece la continuación de la Grecia antigua.» Así, había que ver cuán especial y hasta cuán estrecha era su concepción de la nacionalidad francesa, en la que no quería ni podía ver sino lo que representa el espíritu tradicional y la disciplina greco-romana. En cuanto a las fuertes cualidades septentrionales que hay en el fondo original de Francia, ni siquiera las estimaba. Ante las catedrales góticas que encarnan todo el misterio de la Edad Media, permanecía indiferente. Esa profusión en el adorno y ese lujo en los detalles, no podían gustar al hijo de las Palas del Partenón. En cambio, la más insignificante flor de poesía antigua, con tal que tuviera un ligero aroma de helenismo o de latinismo, le entusiasmaba. En sus labios, ningún elogio era tan grande como decir:

—*C'etait un atique.*

En cuanto algo le parecía ático, ya todo estaba dicho. Racine, La Fontaine, Ronsard, du Bellay, Chénier, esos que fueron los grandes áticos, los grandes helénicos, componían su olimpo. En cambio Víctor Hugo, por no haber querido someterse a la tradición, nunca fué uno de sus dioses preferidos.

Me acuerdo de que, hace tres años, cuando yo me disponía a emprender un viaje a Grecia con

objeto de escribir los artículos que *La Nación* me había encargado y que mis lectores argentinos conocen, Moréas me dió dos encargos en los cuales puso toda su alma.

—El primero—me dijo—es que busque usted en la costa del Palero antiguo una capilla de pescadores consagrada a San Jorge, y que en mi nombre encienda en el único altar del humilde recinto un cirio labrado.

—¿Y lo segundo?

—Que le haga usted una visita a mi madre.

Yo comencé por el final, y antes de buscar el santuario de la costa fuí a llamar a la puerta de la familia del poeta. La anciana que me recibió tenía una dignidad tan campechana, que ni necesidad tuve de preguntarle si era la madre del poeta.

Todo en ella hacía pensar en él. Era el mismo porte, eran las mismas maneras, la misma mirada, hasta el mismo modo de hablar. Y, naturalmente, hablamos de lo único que a la pobre dama interesábale: hablamos del ausente, de la vida que llevan los poetas; hablamos de la gloria y de lo poco que la gloria vale; hablamos de París.

—Los parisienses—le dije—consideran a Moréas tan francés, que se figuran que ya su lengua natal ha olvidado.

—Ya lo sé—contestóme—; en Europa le creen más francés que griego... Y sin embargo... Porque un griego no deja nunca de ser más griego que todo...

Luego, la anciana levantóse de su butaca y pasó a su habitación contigua murmurando:

—Va usted a ver... Va usted a ver...

Al cabo de algunos minutos volvió con un libro que puso en mis manos, diciéndome:

—Le doy a usted esto para que vea cuán hondo es el amor de Juan por todo lo griego... Es su primer libro... De seguro ni siquiera sabe usted que existe... ¡Una obra escrita a los diez y ocho años!... Y escrita en griego... Porque eso que dicen por ahí de que mi hijo no despertó a la vida del arte sino una vez que leyó a los poetas franceses, no es cierto... Desde que tenía diez años escribía versos en una lengua tan pura, que sus profesores creyeron al principio que estaba copiada en los libros clásicos... ¡El pobrecito! No tiene usted una idea del fervor con el cual estudiaba. Todos los libros de la biblioteca familiar los sabía de memoria. Sobre lo que leía, escribía algunas notas... Lo malo es que no las conservaba. Lo único que logramos hacerle guardar fueron estas composiciones que usted ve reunidas en volumen y que hace treinta años, a raíz de su publicación, hicieron decir al más docto de nuestros críticos que la Grecia moderna acababa de encontrar a un poeta digno de la Grecia antigua... Ya usted verá cuando lea el libro.. Guárdelo usted... Es uno de los pocos ejemplares que me quedan...

A mi regreso de Atenas, hablando con Moréas en una de esas noches del Barrio Latino, tan pro-

picio a las confidencias, le repetí lo que su madre me había dicho.

—¿Tiene usted el libro?—preguntóme.

—Sí que lo tengo,.. ¿Quiere usted que lo mandemos buscar a casa?...

—Sí... sí... Es pura curiosidad... Figúrese usted, una obra casi infantil. Fué publicado en 1878, cuando yo andaba ya en mis veintidós años; pero casi todo había sido escrito en los pupitres del colegio en los bellos días de la adolescencia... ¡Mis pobres *Palomas y víboras!*... Ya usted ve que el título mismo es infantil...

Cuando un *chasseur* de café nos trajo el tomo griego, Moréas lo abrió con emoción y durante cerca de una hora estuvo leyéndolo en silencio. A veces una página parecía interesarle. Con su índice crispado marcaba un verso, en tanto que sus labios murmuraban muy quedo, muy quedo, los ritmos lejanos. Otras veces pasaba casi sin leerlos dos o tres poemas seguidos.

—Todo eso—exclamó al fin—es otra vida.

Y luego, con un enternecimiento raro en su carácter, continuó:

—Es otra vida, sí... Mas en el fondo no hay nada de cambiado en mi alma. Tocando otro instrumento, continúo con el mismo aire. Lo que comencé en griego, lo acabo en francés. La culpa, después de todo, la tienen mis compatriotas, que no se deciden a adoptar una lengua definitiva. Si a los veinte años yo hubiera encontrado un útil seguro en mi Grecia natal, no habría tenido que

venir a pedir el suyo a los obreros franceses. Los vulgaristas fueron los que me decidieron a cambiar de idioma. Usted que viene de allá, sabe sin duda lo que pasa. La lucha por la primacía de la lengua popular es una verdadera conflagración de la canalla triunfante. Yo en todas partes soy purista, y en mi tierra más que en ninguna otra, porque ser ahí purista significa continuar la tradición prosódica de Eurípides, de Tucídides, de Maleagro, de Luciano, de Plutarco. ¿Por qué, en efecto, durante los siglos que van desde la *Iliada* hasta las *Vidas paralelas* el idioma se conservó, si no idéntico en sus detalles, por lo menos igual en su esencia, mientras ahora parece que existiera una ruptura en la cadena del habla? Pues nada más que por la seriedad de los antiguos, que no trataban de ser originales ni de modificar nada, y se contentaban con seguir la tradición de un modo admirable. Hoy mismo los que quieren desoír los malos consejos de Pallis, de Psichari, de Palamas y de todos los vulgaristas, logran todavía producir armonías tan bellas cual los antiguos. El griego es una lengua sagrada. Yo creo en ella y estoy seguro de que dentro de medio siglo las locuras reformadoras habrán cesado y la pureza brillará de nuevo. Pero, ¡qué diablo!, yo no podía esperar tanto tiempo, y me decidí a escribir en francés... Vea usted en ese mismo libro griego mis primeros ensayos franceses... Los poemas griegos son mejores... Yo apenas sabía francés entonces... Y, sin embargo, ya en ellos

creo que se anuncia lo que había de hacer más tarde... ¿No lo cree usted? Aquí en París creo que sólo dos o tres amigos muy antiguos, como Barrés y Paúl Adam, conocen estos mis ensayos infantiles...

El tomo, impreso en griego en la imprenta del Erectevon y que lleva como epígrafe *J'ai des ailes pour le tempête et pour l'azur*, contiene treinta y tres composiciones, entre las cuales cinco están escritas en francés y se titulan: *Un souvenir*, *Ma muse*, *Spleen*, *Triolet* y *L'Amour quetue*. Ninguna de ellas es comparable a las *Estancias*, seguramente. Pero como son casi desconocidas y como representan el primer paso de un artista que acaba de morir lleno de gloria, creo curioso publicarlas en este artículo.

He aquí *Un souvenir*:

Dans un petit bois solitaire
ils allaient, la main dans la main;
plein de repos et de mystère
serpentait devant le chemin.

Ils allaient, goûtant la suprême,
l'exqui-e douceur des amours,
elle disait tout bas: «Je t'aime»,
et Lui répondait. «Pour toujours».

Dans un ciel pur et sans nuages
l'étoile de Venus brillait,
et sons le barçeau des feuillages
le rossignolet gazouillait.

Mais... soudain l'étoile amoureuse
palit au fond du firmament,
et dans la touffe ténèbreuse
se tut le doux gazouillement.

Ainsi cet amour illusoire
hors de leur cœur a pris son vol,
et s'est perdu dans leur mémoire,
comme le chant du rossignol.

Después de estas estrofas, que contienen lo que el mismo Moréas llamaba su contagio juvenil de la fiebre de Musset, encontramos, en *Spleen*, la influencia parnasiana, a la cual nadie, allá por los años de la juventud del poeta, supo resistir.

He aquí *Spleen:*

L'ennui sur mon front blème a planté son drapeau,
comme un vainqueur de sang et de massacre avide;
dans des près lumineux va paitre le troupeau
de mes illusions, et mont âme en est vide.

Un château s'élevait dans un ilôt lontain:
la de rubis et d'or resplendissaient les gréves...
mais il était bati de briques: un matin
s'ecroulà le château, le château de mes rèves.

Le cœur saignant, rongé par un dégout profond
perfide volunté, redoutable chimère,
j'ai bu, pour me guerir, dans ta coupe sans fond
j'ai bu jusqu'á l'ivresse, et j'ai la bouche amére.

Et je ne veux plus rien ni desirer, ni voir;
je meurs silencieux plongé dans les tenèbres,
ou le doute, l'ennui, le morne desepoir,
vomissent le paison par leurs gueules funébres...

Remy de Gourmont, que se asombra leyendo *Les Syrtes* de que a los treinta años Moréas haya hablado de sus «dolores automnales», verá cuando lea estas estrofas en *La Nación* que antes de salir de la adolescencia tenía la idea de que su alma estaba llena de cansancio y de desesperanza.

Después de *Spleen*, encontramos en el tomo griego un *triolet* en el cual ya está en germen algo de lo que más tarde hemos de admirar en *Les cantilènes:* la sutil y ligera galantería imitada de los poetas del siglo XV.

Helo aquí:

Qu'il était doux ce long baiser
qu'un soir j'ai cueilli sur ta lèvre,
promettant de ne pas jaser:
qu'il était doux ce long baiser,
je ne savais comment oser:
je frissonnais, j'avais la fièvre...
Qu'il était doux ce long baiser
qu'un soir j'ai cueilli sur ta lèvre.

Aquí, por primera vez, el poeta del porvenir aparece. Ese tono discreto, ese ritmo elegante, esa especie de dandismo en la voluptuosidad, no desaparecerán jamás por completo de su poesía. Aun en la plenitud de su genio, cuando componía las impecables y melancólicas *Estancias*, algo quedaba siempre en sus labios de aquel beso *qu'un soir il cueillit sur sa lèvre...*

En *Ma muse* el acento es distinto. Todo es én-

fasis en esta composición. Baudelaire le ha dado ya consejos al joven poeta. Oíd cómo canta:

Hier tu me disais, ó belle enchanteresse:
«Tu l'aimes donc beaucoup la Muse au front rêveur
tu te sens enivré par sa molle caresse,
sa lèvre á pour ta lèvre une éfrauge saveur?

Comme une fleur des champs mon souvenir se fane,
pour elle désormais et tes nuits et tes jours;
les charmes vénéneux de cette courtisane
te font perdre le goùt de nos chastes amours.»

—Certes, je l'aime bien ma Muse pàle et brune,
j'admire son cou mat et rond, son air vainqueur,
son long regard voilé, pareil au clair de lune,
et sa lèvre ou se jone un fin souris moqueur.

Mélange de beauté séraphique et mondaine
elle attire mon cœur par un charme nouveau
son beau sein rayounant m'affole, et son haleine
comme un âcre parfum me trouble le cerveau.

Mon but etant brumeux et ma vie incolore,
son baiser m'a rendu le courage et la foi.
Elle eut mon seul amour, et pourtant je t'adore
et je te suis constanti car ma Muse... c'est Toi!

Después de estas estrofas, ya muy sabias y muy sonoras, el poeta no compuso, antes de abandonar su dulce Atenas, sino un soneto: *L'amour quetue*. Es este:

L'amour que je ressens pour toi, pàle maîtresse,
me ronge l'âine ainsi qu'un etrange remord;

je m'éleins lentement, et sans qu'il y paraisse,
les charmes infernaux me roulent vers la mort.

Pourtant je viens encor implorer la caresse
de la griffe opaline et ton baiser qui mord;
laisse moi savourer la fascinante ivresse
qui coule de tes yeux comme un philtre âcre et fort.

Je sens se reveiller mes longs ennuis iniques;
amie enlace-moi de tes bras impudiques,
ballume le brasier de ton œil assassin.

Colle ta bouche ardente á mes lèvres avides,
pourque je rendre l'âme, étouffé sur ton sein,
le cœur plein du poison de tes baisers morbides.

Aquí, no hay duda, el poeta que ha querido cambiar su lengua por la de los poetas a quienes más ama, se yergue ya dueño de su nuevo instrumento de trabajo. Después de *L'amour quetue*, el francés le pertenece. ¿Para qué, pues, volver a emplear el griego, tan poco conocido, tan mal tratado por los vulgaristas, tan débilmente defendido por los puristas?

—Más tarde—díjome Moréas la tarde en que me habló de su niñez—, mucho más tarde, cuando ya no tenga nada que hacer en francés, volveré a cultivar mi lengua natal para probar a mis paisanos que todo es posible cuando se quiere. Pero esto será Dios sabe cuándo...

La muerte no ha querido que la voluntad del poeta se cumpla. Sintámoslo sin enfadarnos, sin indignarnos contra lo absurdo del Destino. Seamos, como lo era él, resignados y serenos.

LA APOTEOSIS DE MISTRAL



Hora por hora el telégrafo nos trae los detalles de las fiestas provenzales en honor, en gloria, mejor dicho, del patriarca Mistral. Como si se tratara de una revolución o de una huelga trágica, los periódicos consagran ediciones especiales a los ecos de la apoteosis poética. El más breve discurso pronunciado en lengua felibre, nos interesa como un acontecimiento. Cualquier estrofa arlesiana, nos encanta. Un nimio pormenor de la inauguración de la estatua, nos preocupa. Y en cuanto a las palabras del buen viejo poeta, todos las consideramos desde esta mañana como sagradas, a pesar de que nada tienen ni de solemnes ni de profundas. Porque si bien este momento es único en la historia de Francia, puesto que se trata de una verdadera canonización en

vida, el nuevo santo conserva su deliciosa bonachonería de campesino. Cuando sus adoradores le llevaron hasta la plaza en donde se alza el monumento que inmortaliza su figura, exclamó volviéndose hacia el escultor: «¡Muy joven y muy guapo me has puesto, camarada!» Luego, dando un abrazo al ministro de Bellas Artes, que le llevaba el saludo del Estado, murmuró: «Una estatua de poeta que aún vive debe ser un apuro para el discurso.» Todo eso, sazonado con francas, frescas y sencillas risas del país de las cigarras y de las galejadas.

—No porque tenemos un palacio vamos a dejar de ser campechanos—ha dicho uno de los homéridas del maestro.

No, en efecto. La grandeza misma del Palacio del Felibrismo está en la gracia con que fué ofrecido. Mistral lo compró con los doscientos mil francos que ganó en el Premio Nobel.

—¿Va usted a abandonar su quinta de Maillane? —preguntábanle sus amigos.

—No.

—¿Va usted a tener dos casas?

—No.

—Entonces, ¿para qué esa compra tan poco natural en quien no es rico?

—Para vosotros.

Y así fué realmente. Apenas en posesión definitiva del lindo palacio Laval Castellane, que es uno de los modelos de la arquitectura del renacimiento provenzal, apresuróse a brindarlo a los culti-

vadores del felibrismo con la misma gracia galante con que se brinda una flor. Luego dijo:

—Puesto que tenemos casa, vamos a llenarla. ¿No es la casa de nuestra poesía, de nuestras tradiciones, de nuestro gusto peculiar, de nuestros idilios, de nuestros ensueños? Pues pongamos en ella todo aquello que sirve para aumentar nuestras sensaciones y para evocar nuestra belleza. Hay que vivir entre nuestras reliquias.

Vivir entre sus reliquias: he ahí toda la existencia del glorioso autor de *Mirella*. Y si hoy eso no es ya raro en la bella Provenza, hay que remontarse a principios del siglo XIX para comprender el heroísmo de tal conducta. En aquella época la lengua de Oc no era sino un dialecto de campesinos, que parecía a los franceses en general inapto para toda manifestación. El propio Roumanille, que lo cultivaba, no creía en su magnífico renacimiento y apenas si se atrevía a poner a la colección de sus producciones el modesto título de *Obrillas*. Sólo Mistral tuvo la intuición de que su lengua natal, antaño noble y orgullosa, podía de nuevo alzarse armoniosamente gracias a milagro de la poesía. «Desde la edad de doce años—dice—sentíme devorado por el deseo de rehabilitar a mi casta rehabilitando su habla natural.» Y en el canto primero de su divino poema, exclama: «Celebro a una muchacha de Provenza y celebro sus amores juveniles a través de la Crau, en las riberas del mar, en los grandes campos de trigo. Aunque su frente no tenga más resplandor que el

de su frescura, aunque no lleve ni diadema de oro ni manto de seda tejido en Damasco, quiero que sea elevada a los honores como una reina y que sea cantada con amor en nuestra lengua, pues sólo para vosotros canto, ¡oh, pastores de las colinas de Provenza!, y también para vosotros, habitantes rústicos de nuestros *mos.*» Hay que notar, después de leer esta estrofa, que si Mistral se condenaba, desde un principio, a no ser comprendido sino por su región, no era, como lo aseguraron luego algunos críticos, por ignorancia de la lengua nacional, sino por adoración de su idioma provinciano. Antes de *Mirella*, efectivamente, escribió más de una composición en francés, de un modo impecable. Pero desde que se formó su bello ideal felibre, no volvió a emplear más que ese idioma que, según Roumanille, tiene la suavidad tersa del italiano y la magnífica sonoridad del español. «¡Provenzal, provenzal, lengua que Petrarca amó, lengua que cultivó el Dante, lengua de papas y de reyes y de trovadores, yo me consagro a ti en alma y cuerpo!» Así habló el poeta. Y París, que entonces era el emporio de aquel detestable ingenio de los Verón, de los Wolff, de los Privat d'Aglemont, comenzó a burlarse de las pretensiones del Midi. En todas las revistas de café concierto había un meridional barbudo que cantaba himnos grotescos a la lengua de papas y de reyes. En vano Lamartine había comparado a Mistral con Virgilio y con Homero. En vano Alfonso Daudet, recién llegado de su pueblo, tradu-

cía en las redacciones retazos del poema de *Mirella*. En vano Jules Janín, príncipe de la crítica, solía citar con elogio al poeta del país de las cigarras. La capital no le perdonaba a nadie que quisiera tener talento fuera de sus muros. Los extranjeros mismos estaban en la obligación de acudir al bulevar para pedir su consagración. ¿Por qué razones, pues, ese campesino épico había de pretender singularizarse, cantando en su aldea las historias de su región? Un escritor hoy olvidado, pero a la sazón famoso, Adolphe Dumas, propúsose explicar a París las razones del felibre. Día y noche hablaba de Mistral. Sus artículos eran todos sobre Mistral. En el café Tortoni, en el cónclave de los pontífices, sólo de Mistral permitía que se tratase... Naturalmente, los bulevarderos comenzaron por reírse de él. Mas él les contestaba: «Reíd, pero oíd.» Con paciencia recitábales las estrofas de *Calendat*, de las *Islas de Oro*, de *Mirella*. Luego, entusiasmado, exclamaba:

—Eso es dantesco, eso es homérico, eso es virgiliano... Eso tiene que sobreponerse a todo... Eso vivirá cuando vuestro Leconte de Lisle se haya sumido en el olvido... Yo lo veré y os recordaré vuestras risas, el día de la apoteosis...

* * *

El día de la apoteosis ha llegado para Mistral. Mas no nos figuremos por eso que la poesía provenzal es hoy mejor conocida que en la época de

Jules Janín. ¡Ah, no! Justamente ayer un crítico parisiense de los muy eminentes confesaba, hablando de las fiestas de Arlés, que la literatura de Oc le era menos familiar que la alemana o la inglesa. «Fuera de Mistral—decía—a quien, naturalmente, he leído, y de Roumanille, de quien he hojeado un libro, y de Aubanel, de quien conozco la *Granada Entreabierta*, nada o casi nada sé de los escritores de lengua de Oc.» Si los demás bulevarderos quisieran ser francos, es probable que tendrían necesidad de decir lo mismo. Y, sin embargo, apenas hay una literatura que, con relación a su estrechez, o mejor dicho, al escaso número de sus cultivadores, merezca ser estudiada con tanto amor cual ésta que, en un espacio de medio siglo, ha producido *Mirella* y *La Venus de Arlés*, y la *Maygra Entrepresa*. En efecto: hojeando la *Antología Provenzal* que Ernest Gaubert ha publicado últimamente, se nota la lozana frescura con la cual crecen siempre los retoños en el árbol de las trovas meridionales. Un soplo ardiente y perfumado anima todas las estrofas escritas en idioma de Oc. Aun los poetas de poca importancia tienen, gracias a cierta ingenuidad de la raza y a cierta inocencia de la lengua, un encanto extraño y penetrante, algo que nos sorprende por lo imprevisto, un poquito de gracia antigua y pagana, una gota de miel silvestre, una música deliciosa que es más española que francesa, y más que española provenzal, es decir, original, tierna y brusca a un tiempo mismo, con sus notas agudas de can-

ción de cigarra y sus graves orquestaciones de voces del mar y del bosque. Y lo extraordinario, lo increíble, es que en esta poesía ninguna literatura europea ejerce influencias visibles. Los románticos formidables que modificaron todo el modo de sentir y de expresarse del mundo, pasaron sin ser vistos por los felibres. En cuanto a los parnasianos y a los simbolistas, diríase que ni siquiera se tiene de ellos noticia en la tierra de Arlés. Pero, en cambio, los troveros sencillos y anónimos que cantaron antaño en lemosín los encantos del campo, las penas del amor y las alegrías del hogar aldeano, siguen sirviendo de maestros a los nuevos cultivadores de la poesía de Oc. Desde Mistral hasta Marius André, no hay un solo felibre que no cante con infinitas ternuras el poema deliciosamente monótono del *más* virgiliano en donde nacen, viven y mueren las generaciones meridionales a la sombra plateada de los olivos milenarios.

Lou mas sara bastí sus l'auturo agermido,
E la porto de frai virado vers l'Uba.
S'alargant tout l'estiéu i boufe de l'en-bas,
Flamejara, l'ivèr, dóu fió di regalido.

A man drecho e virant sa culato au vènt d'aut,
Plantaren pèr l'avé la grand jasso de sagno;
Pèr para lis agnéu dóu giscle e de l'eigagno,
Li pastre atenciouna tancaran lou pourtau.

A gaucho, mountaren la court pèr la manado,
L'estable entre-mitan garni de si coulas,
Mé si brèsso de paio ounte li ràfi, las
Entre soupa s'estiraran pèr la niuechado.

Pièl se'ncop tout es lèst e lou davans crespi,
Envujant lou vin cue, segound lis us de giori,
Sus lou cresten d'ou mas plantaren pèr memori
Un ramas de pin negre e de lausié flouri.

Estas estrofas de Joseph d'Arbaud contienen el ideal de toda la raza. Como Roumanille, como Aubanel, como Arene, como Arnavielle, como Palay, como Perbox, el poeta sueña en un *más* construído en una pradera, con sus ventanas abiertas al soplo tibio del campo, con su aprisco lleno de ovejas blancas, con su cuadra sonora de collares de cascabeles, con su cocina en la cual los jarros de vino añejo resplandecen acariciados por la llama del fogón... Y si escojo, entre todos, a Joseph d'Arbaud, como cantor del *más*, es porque me parece el más joven entre los consagrados. Sus paisanos le llaman el príncipe Benjamín. En realidad, mejor que un príncipe parece un pastor épico. Desde hace años, en efecto, vive la libre y fuerte existencia de sus antepasados los buenos ganaderos de la Camarga. Desdeñando los estudios universitarios a los cuales su familia le consagraba, montó un día a caballo con la pica en la diestra y se internó para siempre en sus pampas natales. De vez en cuando se le ve trajeando con pompa, cabalgando por los caminos

pedregosos durante días enteros, como si ignorase por completo que existe esa careta fulgurante que se llama ferrocarril. «Va sin duda a la feria de Arlés» —dicen los hacendados que le ven pasar. Y las muchachas morenas que meditan bajo los cipreses, murmuran, admirando su garbo: «¡Va de fijo a ver a su novia!» Pero, en realidad, no es ni el negocio ni el amor lo que aleja al ganadero de su cortijo. Es la poesía. Caballero a la moda antigua en su potro de la tierra, corre hacia Maillane para visitar a su maestro Mistral.

¡Mistral!... ¡Siempre Mistral!... No puede uno hablar de Provenza sin que en el acto la egregia silueta surja risueña y dominadora. Todos los poetas ven en él al patriarca, al padre aedo, al apóstol familiar. El es quien, como uno de aquellos budas adormecidos que protegen la paz de los templos asiáticos, hace perpetuamente, para su raza, el gesto de la bendición y de la enseñanza. El es, con su célebre *Diccionario*, la ciencia del verbo. El es, con su divina *Mirella*, el alma de las inspiraciones. El es, con su bondad casi centenaria, el pastor de las quimeras comunes.

—Cuando uno pasa unas cuantas horas en el *mas* de Maillane—decíame un día Jean Carrère—sale convencido de que, más o menos tarde, todo el Universo será conquistado por la Provenza.

Hay algo de tartarinesco, realmente, en el patriotismo de los provenzales. Ellos mismos lo reconocen sin dificultad. Pero al propio tiempo tienen tal fe, tal entusiasmo, tal amor y tal desinte-

rés, que no es posible reírse de ellos. Lo que quieren es la grandeza poética. Se acuerdan de haber tenido papas y emperadores. No pudiendo tenerlos de nuevo, se contentan con el viejo gran poeta en el cual ven a un monarca y a un pontífice.

¿Qué de extraño, pues, que los poetas ganaderos vayan hacia Maillane a través de los vastos campos como peregrinos de otras edades? Tras Joseph d'Arbaud, a no dudarlo, llegan cada año los demás felibres. Yo veo a Marius André, que viene desde los paisajes lejanos adonde lo lleva su deber consular; veo a Maurrás, que vuelve de Grecia; veo a Folco de Baroncelli, que abandona sus granjas; veo a Antonin Perbou, que huye de un sueño medieval con los ojos pesados de enormes visiones; veo a Simin Palay, el señor del Castel de Doat, saliendo de su ciudad por un puente levadizo; veo a Albert Arnavielle, siempre montado como si fuera a partir en guerra; veo a otros muchos, muchos, que acuden a la casa del gran anciano en busca de bendiciones... Y este espectáculo que puede hacer sonreír a los individualistas modernistas que han suprimido todas las veneraciones en París, en Roma, en Madrid, a mí me conmueve como un espectáculo de tiempos más bellos que los nuestros y de almas más puras que las de nuestros contemporáneos.

Toda la existencia de los felibres es como un poema vivo. Al lado del joven que por amor de la tierra se consagra a cuidar su ganado desdeñando la vida parisiense, encontramos al caballero

levantisco que para poder cantar a Dios y al rey lucha en el terreno político al lado de los católicos y de los monárquicos. Se llama Albert Arnavielle. En la prensa se le conoce por sus campañas federalistas. «Es el hombre que espera al rey de las Provincias Unidas de Francia»—exclaman los parlamentarios con ironía—. En realidad es algo más, puesto que es el poeta que se crea un universo fantástico para poder vivir a su guisa fuera de un tiempo que no le parece propicio para los grandes gestos. Lo importante, después de todo, es que sus visiones sean bellas y, eso sí, lo son. He aquí una de ellas, una obscura y admirable visión de porvenir:

—Ah! dequé vai sourti d'aquel semblant de mort?
L'esperit atentiéu, que l'impacienço mord,
Se demando, e, per fes destrio
De lamps coumo n'a l'iuèl de l'amour, quoro a set,
E de longs gèmes piée d'espaime e de plasé:
L'imen se coumplis e coungrio.

E lou sourne esta-siau duro uncaro e toujour.
Ah! veguen se leva l'aubo puro dau jour!...
Lour jourí Liuèn, de man senèstro,
Dequé clarejo à l'èr qu'aro se móu, boufänt?
Em soun mourré rousen, dequ'es aquel enfant
Que, matiniè, duerb la fenèstro?

Antonin Perbou también es un patriota exaltado de su tierra provenzal. Pero no es monárquico, ni es católico siquiera. Indiferente ante la po-

lítica y frío ante la Iglesia, conténtase con gozar del sol de su cielo, evocando voluptuosos cuadros de belleza antigua. En la playa de su Mediterráneo, ve a veces el vuelo púrpura de las velas de Cleopatra que cruzan el espacio amorosamente. Otras veces sus visiones son helénicas. Recordando que la Provenza es la Grecia del Occidente, vuelve sus ojos extasiados hacia el pasado y evoca las suaves figuras de las cortesanas de Corinto o de las hetairas de Tanagra. Su corazón de ardiente campesino, enamorado de bellezas muertas, es armonioso e inquieto y tiene algo de ingenuo y de fresco que no se encuentra en las ciudades.

Simón Palay, hijo de las landas arenosas de Montanerés, tiene un alma primitiva. Para él no hay Cleopatras ni Laises que valgan lo que vale su vaquera de negros cabellos rizosos y de ojos lánguidos. Sus héroes no llevan capas lucientes ni espadas áureas, sino que van activos por los caminos con un chuzo en la mano para hacer andar a los tardos bueyes de las carretas. «Mi ideal —dice una de sus muchachas—es casarme con el que vende leche en la Puerta del Auro.» Las demás no tienen ideales superiores. El poeta mismo no los tiene. No tiene sino uno que consiste en conservar el amor de su buena amiga la linda pastora.

«Me bello amigo, ivèr-estiéu
De toun gardian rèsto amourouso,
Car siés trop bravo, pér que iéu
Te vogue réndre malurouso.»

«¡Avés resoun, car moun gardian,
Fe de crestian!
¡L'autre diminche,
M'afourtigué que dins lou round
Traucara de soun ficheiroun
Quau que me guinche!»

Marius André es legendario. Le gustan las doncellas antiguas que en el puente de Aviñón encuéntranse con un príncipe lejano y lo seducen con sus mirares, y sus andares, y sus reíres. Le encantan los frailes guerreros que, para defender al rey, se ponen una coraza bajo el hábito y trepan, hacha en mano, por los abruptos peñones de las tierras enemigas. Hay una de sus baladas que es famosa en todos los países de lengua de Oc. Se titula *Danso d'amour*. Una reina, una reina de Provenza, naturalmente, sale de su castillo cierta tarde y va de paseo por las calles de Arlés. De pronto el rey de Irlanda, que pasa por allí llevando un séquito magnífico, la ve y se prenda de ella. Pero la reina tiene un paje de quien está enamorada, y desdeñando al monarca, inclínase y besa en los labios al paje. Los que conocen a fondo la lengua de Oc, consideran este poemita como una deliciosa obra maestra. Lo único que sus compatriotas, los verdaderos felibres, censuran en Marius André, es el exceso de cultura francesa. «Es demasiado parisiense», dicen hablando de él. Es, en efecto, el más parisiense de los provenzales, a menos que no sea el más provenzal de los pari-

sienses. Después de todo, ¿qué importancia puede tener esto? Paúl Arene, cuyos versos cita con tanto elogio Anatole France, fué también un exquisito felibre y no por esto dejó de vivir siempre en París.

El que ni siquiera parece saber que hay un París en el mundo, es el marqués Folco de Baroncelli, que vive en un magnífico palacio antiguo en el fondo de una pradera admirable, cultivando sus rosas y sus ensueños. Sus padres le dejaron una fortuna enorme, y en vez de gastarla en locuras urbanas la emplea en esplendores campesinos. Sus toros son los mejores de la Camarga. «Soy el Veraguas de mi tierra»—suele decir—. Y, en efecto, en las corridas provenzales, cuando el cartel anuncia «bichos» de la ganadería del «Marqués», la gente aplaude de antemano, gritando: «¡Tienen que ser bravos y nobles como su dueño!» Nobleza y bravura: he ahí las dos palabras que resumen el carácter de Folco de Baroncelli. Sus poemas, como sus toros, son nobles y bravos. Pasan con alegría de trompetas y expresan claros ideales.

Tales son los más notables compañeros actuales del divino Mistral, los poetas a quienes Adolphe Dumas hubiera llamado los homéridas del padre aedo.

* * *

¡Adolphe Dumas!

¡Cuánto habría gozado el pobre turiferario

asistiendo a la apoteosis de hoy! Pero la suerte no quiso darle esta suprema alegría. De tanto luchar en favor de su ídolo, contrajo una grave afección nerviosa y murió cuando aún París no había querido inclinarse ante el maestro provenzal. Porque esta vez los buenos parisienses no sólo no han impuesto al mundo su modo de pensar, sino que han esperado la impulsión de la corriente extranjera. Lo que ha dado, en efecto, a Mistral su fama, es la admiración que por él tienen los alemanes, sin contar la consagración del premio Nobel. «Habéis de saber, ¡oh, ignorantes paisanos míos!—dijo un día alguien—, que en la Universidad de Berlín existe una cátedra en la que se lee *Mirella* y se aprende la lengua provenzal.» En el acto París prestó atención. La poesía admirable del admirable patriarca de Maillane comenzó a hacerse popular. Un compositor ilustre prestó a *Mirella* el apoyo de una partitura que en el acto obtuvo el éxito más universal que se había hasta entonces visto. La misma Academia Francesa, olvidando que la lengua de Oc no es idioma oficial, ofreció al buen felibre un sillón vacante. Pero el felibre, siempre sencillo, contestó:

—No puedo aceptar... No es por mala voluntad... Es porque ya pertenezco a la Academia de Arlés...

Cuando M. Legouvé, entonces secretario perpetuo, según creo, de la ilustre compañía, recibió esta respuesta, estuvo a punto de desmayarse.

¡Comparar a la Academia con una sociedad provinciana!... En verdad era necesario que los tiempos fueran estupendos y que los poetas se hubieran vuelto locos.

—Es un hombre sencillo—díjole Coppée.

—Es un monstruo de orgullo—exclamó Theuriet.

En realidad era las dos cosas, pero de un modo inconsciente, sin preparación, y sobre todo sin *pose*. En su comarca, entre gente de su raza y de su lengua, considerando a Arlés como la verdadera capital del felibrismo y no estimando sino a los numerosos poetas que gracias a su ejemplo cultivan la poesía provenzal, nada extraño es que le diera a la Academia arlesiana tanta importancia como a la Academia Francesa. Al fin y al cabo, él no es poeta francés, sino poeta arlesiano. Arlés, capital de la Provenza poética, es la patria de su alma. Todos sus recursos los ha consagrado a reconstituir la antigua vida de la ciudad, a reunir las reliquias de su pasado, a consolidar su prestigio artístico, a resucitar viejas costumbres y viejos trajes.

—Si usted hubiera venido aquí hace veinte años—decíame un poeta que me servía ayer de guía por las calles arlesianas—no habría usted visto sino una ciudad burguesa y sin carácter. Los mismos vestidos locales habían desaparecido y nuestras muchachas se trajeaban a la moda de París. Mas gracias a Mistral, y a sus poemas, y a las fiestas que organiza, ya hemos recobrado algo de nuestro carácter tradicional. Su museo es como

una colección de cánones para no equivocarnos en cuanto se trata de gustos provenzales.

El museo Arlaten, efectivamente, contiene todo el pasado provenzal con sus poéticas enseñanzas y sus modelos armoniosos.

Ahí se ven, llenando una sala entera, las imágenes de las más bellas arlesianas del siglo pasado y del siglo antepasado, con sus trajes airosos y sus tocas picarescas.

—Vea usted, sobre todo, los retratos pintados por Boneventure Laurens y Jules Salles—decíame mi guía—, pues esos son tipos puros de aquí... Yo creo que uno de ellos representa a Mirella... Este... Véalo usted...

En un marco de oro desteñido, sonreía una suave muchacha morena de grandes ojos ojerosos y de labios de granada entreabierta.

—¿Esta es Mirella?—preguntéle.

—Sí... aquí todos creemos que ésta es... Mistral dice que no... Ya usted sabe que, según él, su heroína no existió nunca en la realidad... Sólo que, más o menos, no hay en Provenza quien no conozca alguna verdadera Mirella... Los tipos así, no se inventan... Para mí esta es la verdadera... Yo la conocí...

—¿Y esta otra?—preguntéle, deteniéndome ante una estatua de arlesiana gentil y garbosa, en cuyo zócalo leí: «Mireio per Gustave Charpentier.»

—Esa es una Mirella de París—contestóme con desdén.

Luego, ante dos figulinas de Tanagra:

—Más auténticas son éstas.

Una de ellas no era, empero, sino la reproducción de una de las estatuas diminutas que se encuentran en el Museo de Atenas; una dama esbelta, envuelta en un amplio chitón jónico desde la cabeza hasta los pies. La otra era una figura actual que imitaba la actitud de la primera. Pero, vistas así, juntas, no hay duda de que tenían un aire de familia.

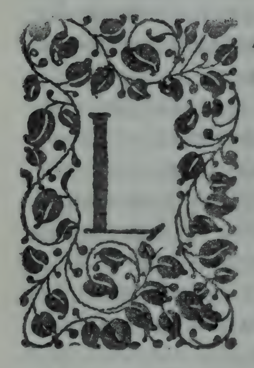
Además de los retratos de arlesianas, hay en el musea Arlatem libros impresos en provenzal, libros viejos y libros nuevos, libros de remotos trovadores, libros de sabios eruditos, libros de poetas. Allí están los poemas de Roumanille, los de Jazmín, los de Aubanel, los de otros muchos. Ahí está el monumental *Diccionario Provenzal* de Mistral, piedra angular de la lengua de Oc Y junto a lo grave, lo frívolo: las muñecas, los juguetes campesinos, los trajecillos, los adornos infantiles, las banderas de las fiestas. ¡Ah, la alegría de todos aquellos trapos! Hay los de colores casi españoles que parecen más españoles aún en cuanto uno ve que son oriflamas para plazas de toros y capas para pases atrevidos. Porque los provenzales no sólo en la lengua se parecen a los españoles. También en su afición a las corridas. Mistral ha reunido por eso, en su museo, todo lo relativo a la fiesta sangrienta: picas, banderillas, capotes, monturas.

—No quiero que falte nada de lo que es popular—ha dicho el buen maestro.

Por no faltar, ni la tarasca falta ahora: la antigua, la suntuosa tarasca de que Daudet hablaba con tan tierna ironía; la tarasca de Tarascón y de todos los pueblos provenzanos; la tarasca símbolo, emblema, juguete y espanto del alegre pueblo del sol y de las cigarras: de la Grecia francesa, como dice Moréas.

Cuando yo lo visité, el museo no tenía aún la suntuosidad de que hoy hablan los telegramas de Arlés. Tampoco estaba instalado en el palacio que Mistral compró con los doscientos mil francos del premio Nobel y que en éstos mismos momentos se está inaugurando con pompa nunca vista, al mismo tiempo que se descubre, en la plaza más céntrica de la ciudad, la estatua del donador. Pero a pesar de su modestia, ya era una de las colecciones más interesantes del mundo, puesto que encerraba en sus vidrieras toda la vida íntima de una raza, todo el color local de una tierra, toda el alma pintoresca de una poesía y todo el amor de un poeta: del gran poeta de la raza y de la tierra.

HUYSMANS EN EL CONVENTO



LA vida de Huysmans, antes de su conversión, todo el mundo la conoce. Con una paciencia resignada, el gran escritor es durante muchos años el más puntual de los oficinistas. Sus novelas están escritas en papel oficial. «Se trabaja muy bien aquí»—dice a menudo a los que van a verle al ministerio. Luego, fuera de la oficina, en su cuartito monacal de la rúe de Sevres, lo que prefiere es leer. Enemigo de las visitas, enemigo de las tertulias de café, enemigo del teatro y de las fiestas, no hace más que leer y escribir durante la semana, para pasearse el domingo en compañía de algún docto camarada por las calles venerables del antiguo París. Remy de Gourmont ha referido aquellos paseos, durante los cuales la charla es siempre literaria. «Pero—dice al termi-

nar su estudio —, de pronto desapareció y no volví a verle: supe que se había encerrado en un convento de trapenses.» Gourmont no fué el único en perder de vista al extraño escritor de *Le Bas*, convertido repentinamente en oblato. Su familia no vuelve a tener noticias suyas de ninguna clase. «El único a quien recibe, el único a quien le escribe—aseguran los iniciados—, es al abate Mugnier. Sus cartas son verdaderas confesiones. Desgraciadamente, el buen eclesiástico no las publicará nunca.» Los que así hablan estaban en lo cierto al asegurar que el abate Mugnier es el único que recibe cartas del recluso; pero se equivocan al creer que no las publicará nunca. Hoy, hasta los santos adoran la publicidad. Y el capellán de Huysmans no parece un santo. Más bien parece un abate a la antigua, muy estusiasta de las bellas letras, pero no muy seguro en materias de dogma. En sus notas que preceden a las «cartas», hay hasta su poquito de escepticismo: un escepticismo muy suave, naturalmente, un escepticismo casi beato. «Mi amigo —dice—ha visitado la Salette, que le impresionó más que la Gran Cartuja. Va a San Sulpicio, donde la voz de los niños de coro le embelesa. Le gusta oír cantar a los carmelitas, cuyos gemidos monótonos le parecen expresar de un modo perfecto el fondo de la vida. Ha descubierto que los que frecuentan las iglesias son los desgraciados, sobre todo los jorobados... Cree que la gran fuerza de la Iglesia está en la castidad. Todas las he-

rejías han sido contra el principio de la castidad. Va a menudo a la Magdalena para oír el *De profundis*. Me cita a Verlaine, diciéndome que es el «único» poeta católico que ha existido.» Así habla el abate de su penitente, que se prepara para entrar en un convento. Y, o mucho me equivoco, o hay en algunas de esas frases una suave ironía. «Es un loco»—parece decir el buen sacerdote. Verdad es que también parece agregar—: «¡Pero tiene tanto talento!» En gracia de su talento, hasta consiente en mentir por él. Para hacerlo aceptar entre los trapenses, en efecto, el abate oculta su nombre y lo presenta como un buen señor, muy devoto. Si hubiera escrito: «Ahí va el novelista de las misas negras», es probable que el superior de Igny no habría querido recibirle, ni aun para una novena de penitencia.

Lo primero que se nota en las «cartas del convento» es que Huysmans, triste por naturaleza, misógino por temperamento, misántropo por instinto, busca con un febril ardor el medio de ser feliz lejos del mundo y de vivir contento fuera de las tentaciones. Su conversión, más que un sacrificio, es un refugio. No encontrando en la vida ordinaria nada que le seduzca, va a ver si lo halla tras los altos muros del claustro. «¡La alegría—parece gritar—, la alegría del alma, dadme la alegría!» Mas, ¡ay!, lo mismo que el personaje de una de sus novelas, que corre en vano toda su vida en busca de un restaurante bueno y barato, su alma corre tras esa alegría espiritual sin encon-

trarla nunca. Ya instalado entre los trapenses, escribe a su confidente: «He comulgado esta mañana, y le escribo acongojado por una tristeza infinita, ante la idea de una indignidad absoluta. Mi alma vacila en una melancolía inmensa, cuando debiera estar llena de júbilo.» Todo le entristece. La lluvia le hace recordar su antiguo *spleen*. La comida conventual le parece escasa y detestable. Sin decirlo, deja ver que no está contento, que no está tranquilo, que su vocación no es aún bastante fuerte, que la visión de las comodidades mundanas no se ha borrado por completo de su retina. Y para consolarse, haciendo una de aquellas piruetas infantiles y diabólicas que tanto usaba Verlaine, escribe: «Después de todo, por lo menos he tenido la fortuna de no ver la Fiesta Nacional. ¡Qué suerte! El convento es dulce cuando uno piensa en el 14 de Julio en París.» Pocos días después, las tentaciones comienzan a atormentarle y los escrúpulos más extraños le torturan sin cesar. Así, el acto de comulgar «por su propio bien» y no «únicamente por Dios», parécele un pecado. Las influencias demoniacas le hacen pensar en el suicidio. Por fortuna, la fecha de su *liberation* se acerca. Los nueve días de penitencia inicial, durante los cuales trata de probar si el método del claustro podrá más adelante convenir de un modo definitivo a su carácter, van a terminar. Sin valor para ocultar la verdad, confiesa que el régimen de los trapenses es demasiado duro. Ser monje, sin duda será monje. Pero

no será trapense. No. Ese silencio y esa austeridad, le enferman. Además, la cuestión de la comida es una grave cuestión. No en vano se ha sido el invitado semanal de los Goncourt, el compañero de mesa de Zola, el parroquiano de las buenas hostelerías clericales del barrio de San Sulpicio. «A pesar de todo—escribe—, el problema de los alimentos es terrible. Por fortuna, he hecho lo que usted me aconsejó y he traído un poco de carne y de chocolate para combatir de noche las debilidades de mi estómago. A este propósito, admire usted que, siendo en París capaz de digerir ese albayalde desleído que nos venden por leche, aquí no soporto la leche pura y natural. Estoy tan bien intoxicado, que no puedo digerir un alimento sano. Es el castigo de *A Rebours*.

Poco después de escribir esta carta, habiendo cumplido los días de «prueba» y sintiendo que su salud no es bastante fuerte para soportar la vida de los rudos monjes trapenses, abandona el convento de Igny decidido a no volver nunca a entrar en él. La devoción parécele, al salir del claustro, muy compatible con la existencia libre Una casita provinciana a la sombra de una iglesia gótica, una casita con un jardín lleno de rosas y una cocinera de esas que saben callar perpetuamente una cocinera vieja y un gato blanco: he ahí poco más o menos su ideal beato al encaminarse, solo y triste, hacia Reims. Pero apenas ha pasado algunos días en un buen hotel eclesiás-

tico, en plena libertad, en pleno bienestar material, cuando su nostalgia conventual empieza a atormentarle. «Me siento tan bien en los monasterios—escribe—, que en verdad he nacido para vivir entre frailes y no para andar suelto por las ciudades.» Para satisfacer este deseo de vida frailuna y para oír, al mismo tiempo, el canto gregoriano en toda su austera pureza, abandona la capital de la Champaña y refúgiase en Solesme, junto a un convento de carmelitas. La superiora, que es una mujer de gran inteligencia, acoge sin escándalo la solicitud del novelista místico cuando, sin recomendación de ninguna especie, preséntase a pedirla que le deje asistir a un oficio nocturno en la capilla del claustro. «La abadesa—escribe—ha sido exquisita para conmigo. Anoche asistí, gracias a ella, a los maitines, sin velos, con una buena linterna, que me sirvió para ver todos los oficios. ¡Inolvidable! Las monjas tienen voces seráficas y viriles. Nada de femenino, ni de gorjeante, sino una gracia inexplicable y angélica en la fuerza. Son voces que toman el cielo de asalto. El que no las ha oído, no sabe lo que es el canto llano.» Esta es la última carta de Huysmans laico. Al salir de la casa de los carmelitas, su voluntad de hacerse fraile es inquebrantable. El abate Mugnier no vuelve a saber de él hasta que una mañana el cartero le entrega un pliego marcado con el sello de la Abadía de los Benedictinos de Ligugé. Esa es la primera carta del novicio, del «oblato», mejor dicho.

El oblato, según la Academia Española, es el que, al abrazar el estado monástico, hace donación de todos sus bienes a la comunidad. Pero Julien de Narion, corrigiendo a Larrouse, dice que «l'oblat est une sorte de demi moine qui sans aliéner absolument son indépendance pratique les vertus monacales et suit la règle d'un ordre». De este modo, es decir, sintiéndose medio fraile y guardando siempre algo de su independencia, es como el gran novelista entra al convento. En cuanto a hacer donación de sus bienes, como no los tiene sino espirituales y artísticos, nada puede dar a los benedictinos de Ligugé. Los benedictinos tampoco le piden nada: ni siquiera una obediencia absoluta, ni siquiera un abandono completo del mundo, ni siquiera un renunciamiento total a los placeres. La primera carta escrita en el convento nos lo prueba. El voluptuoso artista de *A Rebours* aparece de nuevo entre las líneas de esa épitre, con su amor de las flores raras y su fe en las leyendas macabras. «Mi jardincillo—escribe—se llena de belleza. Como tengo un respeto muy grande por todo lo que vive, dejo crecer las plantas llamadas malas, y esas lindas salvajes han llegado a formar encantadores ramilletes. Imagínese usted un fuego artificial de amapolas y de mostazas. La tal mostaza es una planta tenaz y mal apreciada. Se desarrolla, furiosa, con sus hojas de un verde casi negro, de sabor acre, y agita, de los extremos de las ramas, sus florecillas amarillas adornadas de líneas rojas. Pero las

más agradables de esas flores espontáneas son las adormideras, que han invadido el jardín, magníficas, con sus corolas como copas rosadas y sus hojas de encaje.» ¿No es algo chocante en un novicio esta voluptuosidad enteramente profana? Los místicos, por lo general, no se atreven a expresar con exaltación sino los goces que reciben de Dios. La misma Santa Gertrudis, que como una nueva Magdalena sintió la embriaguez de las caricias de Jesús hecho hombre y que compuso con la diversidad de sus éxtasis poemas en los cuales todos los sentidos tienen su parte de placer; la misma santa amorosa y entre todas voluptuosa, huyó siempre del deleite tentador de las flores. Porque las flores, con sus perfumes, son grandes consejeras de pecado.

El propio Huysmans, en otra de sus cartas al padre Mugnier, dice: «Algunas de mis flores me hacen soñar en las plantas de la Edad Media, como, por ejemplo, la celidonia peluda, de tirsos de oro, que canta cuando se la coloca sobre la cabeza de un agonizante. Otras flores, aquí reunidas, me evocan deliciosas siluetas de monjes ancianos y de novicias jóvenes, que las cuidan pensando en el sentido divino que ellas representan.» Esto, en efecto, ésto y mucho más es lo que dicen las flores, tan enemigas del encierro y del silencio; tan llenas de vida, de alegría, de amor y de lujuria; tan frescas en sus libres amores; tan amigas de los faunos antiguos. Y, por lo mismo, los frailes no se atreven a acercar sus corolas a sus

labios. Pero Huysmans, buen hermano de Baudelaire y de Barbey d'Aurrevilly, es de los que se complacen en jugar con las tentaciones, en aproximarse hasta el borde del pecado, en rebelarse contra las santas disciplinas. Además, no sé por qué, me parece que el novelista no puede nunca acostumbrarse con toda sinceridad a la idea de ser un muerto para el mundo. Sin duda la vida social, tal como hoy existe, le es odiosa; sin duda su deseo de orar y de meditar en silencio era grande; sin duda su entusiasmo por el claustro es sincero. Mas hay en su alma tal amargura y tal desprecio por los hombres, que bajo cada capucha ve pronto la vanidad de las ilusiones. Aquellos monjes no son los que él busca. El busca a San Francisco de Asís y a San Juan de la Cruz, a San Buenaventura y a San Vicente de Paúl, a San Agustín de Inglaterra y Santo Tomás. El busca corazones ardientes, labios incendiados por los besos místicos, manos ensangrentadas de estigmas, voluntades de martirio, cerebros de poetas. El persigue, en la realidad, un ideal de imposibles realizaciones. El va en pos de fantasmas sublimes, y no encuentra sino seres vulgares. Sus cartas están llenas de frases de desesperanza y aun de desesperación. El fastidio le persigue y las decepciones le atormentan.

El 21 de Noviembre de 1900, es decir, tres años después de haber abrazado el estado monacal, escribe a su confidente: «Las noches son de tinta. Hay que llevar linternas para andar por los claus-

tros. Y llega uno a la iglesia sin fuego, con un alma que es algo así como un harapo mojado. Por fortuna, tenemos el cordial del canto llano que cae gota a gota en nuestro vaso turbio y que nos reconforta vagamente.» Y algo más tarde: «La terrible semana de la confesión ha pasado sin duda para usted. Los pecados están secos. Durante algunos días podrá usted descansar antes de ponerse a rascarlos de nuevo. Aquí nadamos en los oficios pontificales. No hay tiempo para nada. Los salmos caen como paletadas de tierra sobre mi pobre cabeza. ¡Oh! ¡Las duchas de las tinieblas!» Para consolarse de estas penas y de estos fastidios, Huysmans pide un poco de dulzura a la cocina conventual y un poco de tranquilidad al sueño. «En suma—dice , me levanto a las cuatro y media, lo que es de un buen sibaritismo; tengo un huevo de suplemento en el almuerzo y no me veo ya obligado a comer pastas pesadas. El abad me ha ofrecido carne y hasta café.» Esto hace que el oblato perdone un momento la «mediocridad» espiritual de los frailes. Porque en el temperamento complicadísimo de aquel místico, hay, a la vez que un exaltado que evoca a cada paso los esplendores extáticos de una Santa Lidwina, un buen canónigo de Flandes que piensa sin cesar en comer bien y en no dormir sobre una tabla.

—¿Cómo se explica usted eso?—preguntaban un día al padre Mugnier.

—Me lo explico—contestó este buen sacerdote—

recordando lo que sobre la vida material dijo San Juan de la Cruz.

Para el amigo de Santa Teresa, en efecto, el místico cae primero en un estado que le hace despreciar todo lo humano y le obliga a no comer ni beber; pero luego comprende que no hay necesidad de dar importancia a tales cosas, y se hace más perfecto en las operaciones humanas.

A decir verdad, no es probable que Huysmans haya tenido jamás esta idea que su buen amigo le atribuye. Instintivo y hasta impulsivo, va, sin darse cuenta de ello, de los apetitos más vulgares a los más sublimes ensueños. Pero como su fondo es nostálgico, ni en uno ni en otro extremo halla nunca las satisfacciones deseadas. Su estómago delicado no soporta los platos que su gusto apetece. Su misticismo idealista hallábase fuera de su centro entre frailes sin locura santa. Así, cuando en 1901 la ley obliga a los benedictinos de Ligugé a abandonar su vieja abadía para irse a Bélgica y a España en busca de un nuevo asilo, el oblato novelista no se siente con fuerzas para seguir a los hermanos de su Orden.

Su carta de 28 de Agosto denota su estado de alma. Hela aquí: «Ahora se arreglan los equipajes, se clavan las cajas de libros y se prepara el éxodo de una parte del convento hacia Erque-la-Ville, en Bélgica, y de la otra parte hacia España. Yo voy a ocuparme de encontrar una habitación de París, después de arreglar mis libros. A fines de Septiembre, Ligugé estará vacío. La perspectiva

de pasar aquí el invierno sin un oficio, me decide. Las combinaciones que he tratado de arreglar con el abad, no han resultado. Es la gran derrota. Como lo he dicho, el celeste Ebanista no fabrica ya sino muebles que se rompen desde que uno se sienta en ellos. Hay que sentarse en el vacío. Me consuelo algo pensando en las benedictinas de la rúe Monsieur, en cuya iglesia iré a hacer mis devociones.» Así lo hace, en efecto. Con una melancolía muy honda, establécese en un barrio obscuro del París antiguo y abre las cajas de sus libros. Por la ventana de su cuarto de estudio ve un jardincillo monacal. La madre del abate Mugnier proporciónale una excelente cocinera que sin duda ha sido ama de un canónigo. Y ahí, sólo, sin vecindades molestas, sin una disciplina cruel, puede acabar su vida creyéndose siempre monje y sintiéndose siempre libre.

EL ALMA LAMENTABLE DE VERLAINE



PARA completar la suma necesaria a la erección del monumento proyectado, los amigos, los admiradores y los discípulos de Paul Verlaine se proponen publicar, en volumen, las cartas del gran poeta.

Todo el mundo no aprobará esta publicación. La correspondencia del pobre maestro, que vivió de hospital en hospital, que estuvo en el destierro y en la cárcel, que tuvo hambre, que sufrió de frío, que cambió de ideas, de principios, de amistades, que fué un loco divino, en suma, tiene que desagradar a los escritores que, desde hace algunos años, trabajan sin descanso en la tarea de destruir la leyenda bohemia del poeta. «En realidad—dice M. Edmond Lepelletier —, el pobre Lelian no traspasó jamás los linderos de la estricta moral burguesa.»

Pero otros que no tienen empeño en desfigurar las imágenes reales, por lamentables que sean, aplaudirán a esta nueva publicación, que va a mostrarnos un poco más del alma dolorosa del maestro.

Ya las cartas que conocemos—y que no son muchas—constituyen un tesoro histórico, pues nos permiten reconstituir el estado de ánimo del hombre en los momentos en que compuso algunas de sus obras, en el momento en que cambió de ideal sobre todo.

¿Queréis que hojeemos las cartas ya publicadas en libros, revistas y periódicos? Yo las conservo como reliquias.

* * *

Una de ellas, sin fecha, escrita en la cárcel de Mons, donde Verlaine purgó en 1873, según su propia expresión, «una violencia contra Arthur Rimbau», nos refiere, en términos muy breves, la historia hasta hoy muy discutida de su conversión: «No sé qué o quién—dice—levantóme de pronto y me precipitó fuera de mi lecho. Sin tiempo para vestirme, me arrodillé, llorando, sollozando, a los pies de un crucifijo. Cuando, dos horas más tarde, sonó el momento de levantarnos, el guardián me encontró arrodillado aún. A su rigurosa pregunta de «¿todo va bien?», contestéle diciéndole que llamase al capellán. Pocos minutos más tarde di a éste cuenta de mi conversión. ¡Y

sí que lo era! Yo creía, yo veía, yo estaba iluminado. En verdad, habría ido al martirio lleno de júbilo.» Luego, otra carta de la misma semana dice que se ha confesado, y agrega: «Esta confesión fué larga, detallada hasta lo infinito. Figúrate que es la primera después de aquella de la víspera de mi primera comunión. Pecados sensuales, sobre todo; pecados de cólera y de intemperancia; pecados de mentira, de vagos e inconscientes engaños; pecados sensuales, insisto en ello...» En esta época Verlaine, lleno de alegría infantil, llega hasta el punto de celebrar la tranquilidad de la cárcel, propicia al ensueño y a la oración. Algo más tarde, en 1875, otro tribunal le condenó a un mes de presidio. ¿Sabéis por qué? Por «amenazas condicionales a su propia madre.» Al salir del segundo calabozo, lo único que pide al Cielo es la profunda paz del campo.

Sin embargo, lejos de encontrar la «aldea divina», tuvo que aceptar un puesto de profesor en un colegio de Londres, en plena *city*. De esta época no existe carta ninguna. En cambio, hay una, escrita algo más tarde, que nos hace ver al poeta convertido al fin en campesino: «Mi más antiguo deseo era vivir en un verdadero campo, en una granja que fuese mía, en la cual yo trabajase a pesar de mi pereza. Pues bien: he realizado mi deseo. He conocido, practicado, apreciado los menudos quehaceres campestres...»

Estas cartas, utilísimas como documentos biográficos, no tienen, en realidad, gran importancia

sentimental. Son breves y secas. Las verdaderas «epístolas del alma» son posteriores. La primera, fechada en 1881, dice: «Heme aquí, sombrío ciudadano, en una ciudad antes y ahora abdicada, moviéndome para ganar el pan y la manteca en esta discordia de intereses ficticios, de placeres locos, sin valientes ilusiones, cargado de inútil experiencia.» Ya esto es del pobre Lelian.

* * *

El tono mismo de las cartas va a cambiar. Las frases redondas y serias van a desaparecer. Las cartas futuras serán más sencillas, más ingenuas, menos literarias, más funambulescas, más sinceras. He aquí una página muy íntima dirigida del «Hospital Broussais—cama núm. 6—sala Follin», el 13 de Enero de 1887 al editor Vanier. «Le envío adjuntos dos poemas—dice—: uno, para *Amor;* otro, para *Paralelamente.* Sírvase usted clasificarlos. En cuanto haya escrito otros doscientos versos, estos libros, de los cuales espero tanto, estarán terminados. Usted podría anunciarlos en sus catálogos. Mis *Cuentos y memorias* adelantan. ¿Y *Madame Aubín?* ¿Y *Los unos y los otros?* Si se representase este último pronto, sería excelente para mí. Mi salud mejora. Hace tres semanas me hablaban de tres meses de cama; pero he aquí a un nuevo médico que no sé si me tendrá tanto tiempo. Si me encontrase tranquilo desde el punto de vista «financiero», preferiría

salir pronto y curarme en casa. Mi régimen sería muy sencillo y muy barato. Pero necesito estar seguro. La vida va a ser dura. Y, sin embargo, como la desgracia me deje tranquilo, podré salir adelante con dignidad. La pobreza no me espanta con salud continuaré mi obra literaria con valor, garantizando, si es posible, mi vejez. De 1875 a 1880 he sido muy serio con dineros. ¿Por qué no he de volver a serlo, puesto que todo me lo aconseja: interés, gloria y afectos naturales tan dulces? Para esto necesito que me ayuden. Cuento con usted, librero y amigo. ¿No es cierto? ¡Y ya verá usted qué hombre puedo ser: neto, orgulloso y todo!» En otra carta, de igual fecha, dice al mismo Vanier: «Vamos a ver: ¿Estamos para hacer negocio? Así como le pedía a usted que fuese mi amigo como editor y mi editor como amigo, así le ofrezco ser su amigo como autor y su autor como amigo. Mi nombre comienza a «ser bueno». Aprovechemos esto para que yo no me muera «demasiado» de miseria de aquí a algún tiempo. ¡Dios sabe! Tal vez ganaremos mucho dinero.» En otras cartas la misma preocupación material, la misma inquietud ante lo porvenir, el mismo deseo de apoyo, de piedad, de socorro, aparecen. A veces hace la cuenta de lo que heredó y de lo que gastó, y termina diciendo: «Me parece que aún debiera quedarme algo. ¡Pero nada!»

Todas las cartas de Verlaine están fechadas en el hospital o en la puerta del hospital. En 1887, después de haber salido de Broussais, escribe a

Vanier: «Pienso entrar en un hospicio, y voy a ocuparme del asunto mañana. En cuanto sepa dónde, se lo diré. Pero deseo parecer respetable al «constituirme». Así, un par de calcetines y un sombrero, no estarían de más en este triste paisaje.» La carta termina diciendo: «¡Al fin voy a poder trabajar!»

El hospital era, en efecto, su mansión de reposo y de labor. En una esquela que me escribió a mí, mucho más tarde, en 1891, me decía: «Venga usted a verme a mi palacio de invierno.» ¡Y si no hubiera sido más que de invierno! En el espacio de quince años le vemos, en estaciones muy diferentes, diez y seis veces en el hospicio. En 1887 le encontramos primero en Broussais, luego en Cochín, en seguida en Vincennes. Su primera preocupación, al meterse en el lecho que la asistencia pública tenía siempre a su disposición, era escribir a Vanier preguntándole en qué estado se hallaban sus negocios. He aquí una muestra del género: «Cuando tengamos tiempo, haremos un contrato para la publicación de *Paralelamente.* Yo soy partidario de que las reglas estén en regla. En cuanto a las biografías para los *Hommes d'Anjourd'hui*, aún hay algunas inéditas. Ahora escribo la de France (Anatole). ¿Si nos ocupásemos de las de Merat, Cros, Ricard? En cuanto a las de Lafenestre, Theuriet, Lemoyne, querría conocer algunos de sus libros. Entre tanto, versifico siempre de *paupertate.*

Las contradicciones, los cambios de ideas, las

esperanzas, las vanidades, las alegrías, mezcladas a las humildades, a las tristezas y a las lágrimas, abundan en toda la correspondencia del maestro. En un solo día escribe a un periodista que le ataca, diciéndole: «No tengo bajo el sol sino mi miseria y quiero que sea respetada»; a Vainier pidiéndole «un pantalón de a tres francos» para poder levantarse, y a Gustave Konh preguntándole si no conoce alguna asociación misericordiosa que pueda socorrerle.

* * *

Cartas literarias en el verdadero sentido de la palabra, casi no hay ninguna en la correspondencia de Verlaine. Cuando habla a algún poeta joven de sus obras, es después de haberle hablado de los «apuros financieros». Así, entre dos o tres párrafos prácticos, encuentro, en una carta a Gustave Khon, las siguientes líneas: «Adoro muchas de las estrofas de usted, por su modo de «mandar a paseo» las rimas minuciosas y las medidas contadas con los dedos. Una vez esto dicho, debo repetir que soy siempre partidario de las reglas. Pero esto no me obliga a enfadarme contra usted. Lo que es bello y bueno, lo es porque y a pesar de todo. Esta es una fórmula que no molesta a nadie. Es la mía.»

¿Os extraña esta profesión de fe retórica y gramática en el dulce viejo bohemio que hizo la gran revolución rítmica? Pues he aquí, en una carta a Henry de Regnier, la misma antífona en otros tér-

minos: «El último libro de usted marca una evolución muy notable en su manera. La bella serenidad juvenil ha desaparecido. Virilizándose cada vez más, su talento de usted cobra acentos profundos y amargos que una forma «irreprochable» sabe magistralmente «contener» en el tono.»

Pero su «arte poético» está expresado en estas líneas de otra carta: «He meditado sobre la solicitud de Griffin relativa a una «exposición» de principios del arte de los versos. Lo único que logro sacar de mi alma es ésto: todo lo que es bello y bueno, es bueno y bello, venga de donde venga y sea cual sea el procedimiento que lo produce. Clásicos, románticos, decadentes, simbolistas, asonanteros o—¿cómo decir?—«expresos de lo obscuro», me parecen muy bien, con tal que me impresionen o que por lo menos me cautiven. Vamos, poetas que somos, amémonos los unos a los otros. Esta máxima no es más tonta en arte que en moral y creo que a ella debemos atenernos. Tal es mi teoría, maduramente deliberada.»

El gran poeta no era un sutil razonador, como su hermano Mallarmé. Las teorías, el mecanismo cerebral, la relojería psicológica, le interesaban poquísimo. Lo único que pedía era acciones, almas, voluntades, pasiones, entusiasmos, obras, en fin, y no juicios. Así, en sus cartas no es el crítico familiar que elogia a los amigos el que nos interesa, sino el pobre bohemio que cuenta su miseria en pedazos de papel escritos en el hospital y que lloran... y que hacen llorar.

ÍNDICE

Páginas